3 1761 07802873 5

LS
A9774c

EL CANCIONERO DEL PUEBLO,

COLECCION

de novelas, cuentos y canciones originales en prosa y verso.

Escrita y dedicada al pueblo español

POR

D. Wenceslao Ayguals de Izco y D. Juan Martinez Villergas.

TOMO III.

377836
29.3.40

MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1844.

Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco.

Es propiedad de Don Wenceslao Ayguals de Izco.

APUESTAS.

CUENTO ORIGINAL

POR

Juan Martinez Villergas.

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/elcancionerodel3v4aygu

APUESTAS.

Dicen que apostaron dos,
uno ganó y otro perdió.
El que perdió no ganó
y el que ganó no perdió.
LUIS FELIPE.

I.

En un lugar de Castilla la Vieja, tan viejo como Castilla, habia un convento de frailes y otro de monjas, antes de venir á España D. Juan Alvarez y Mendizabal, que entre muchas cosas buenas que hizo ninguna fué tan recomendable á mis ojos como quitar los nidos á estas aves de mal agüero. En el lugar donde pasó la historia que voy á contar, habia un zapatero muy pillo, que hallándo-

APUESTAS.

Dicen que apostaron dos,
uno ganó y otro perdió.
El que perdió no ganó
y el que ganó no perdió.
LUIS FELIPE.

I.

En un lugar de Castilla la Vieja, tan viejo como Castilla, habia un convento de frailes y otro de monjas, antes de venir á España D. Juan Alvarez y Mendizabal, que entre muchas cosas buenas que hizo ninguna fué tan recomendable á mis ojos como quitar los nidos á estas aves de mal agüero. En el lugar donde pasó la historia que voy á contar, habia un zapatero muy pillo, que hallándo-

se cara á cara cierto dia con el demandadero de las monjas, sostuvo una polémica acalorada concluyendo por hacer una apuesta de consideracion.

El asunto era peliagudo. Habia pasado por el pueblo un vagamundo jesuita, misionero de la propaganda, hombre estúpido y maligno, amigo de embaucar á los crédulos con noticias sorprendentes y estraordinarias á falta de recursos oratorios. En un sermon que predicó á los sencillos aldeanos del lugar, no podia, por mas que se esforzaba, arrancar lágrimas á sus oyentes que recibian con frialdad inusitada las palabras del misionero jesuita. ¿Qué hizo entonces su paternidad? recurrió al costal de las mentiras y sacando las mas gordas que encontró, empezó á gritar como un desaforado de este modo.

—¡Señores! Hoy estamos á principios del mes; dentro de quince dias estaremos á mediados.

—¡ Qué talento ! esclamaron algunos devotos.

—¡A mediados de este mes van á ocurrir cosas estraordinarias en España ! ¡Cosas estu-

pendas, señores! Madrid se trasladará á Andalucía y Cádiz á Galicia!

—¡Jesus y qué fraile tan sábio! dijeron los oyentes un si es no es enternecidos. El jesuita continuó.

—La luna desaparecerá del universo, pero en cambio el sol nos alumbrará de noche.

—¡Jesus qué fraile tan sábio! ¡Es un fenómeno!

—Y por último, señores: en este pueblo mismo ocurrirán sucesos lamentables.

Las lágrimas se iban asomando á los ojos de los devotos. El fraile todavía no habia pensado en los sucesos que habian de ocurrir en el pueblo, pero echando mano de nuevo al saco de las mentiras volvió á gritar.

—¡Sucesos estraños, amados oyentes mios! Aquí tenemos dos conventos de religiosos de ambos sexos cada uno, pues bien, dentro de quince dias las monjas van á volverse frailes y los frailes van á volverse monjas.

El fraile no pudo continuar. Un grito de dolor resonó unánime en el templo, y hombres y mugeres empezaron á llorar amargamente.

Solo habia un hombre que no lloraba y era el zapatero que dos dias despues apostaba con el demandadero de las monjas doble contra sencillo á que la prediccion no se verificaba.

—Yo apuesto á que sí, decia el demandadero.

—Yo apuesto á que no, replicaba el maestro de obra prima.

El demandadero era un poco tretero y dijo:

—¿Cuánto va á que no sube usted donde yo suba?

—¿A que sí? respondió el zapatero que tenia bastante agilidad.

—¿A que no? ¿va un duro?

—Vaya un duro.

Y tan pronto como se designó esta suma cogió carrera el lego y se plantó de un brinco sobre los hombros del zapatero.

—Me has ganado, dijo este convencido de que le era imposible subirse sobre sus hombros; pero, añadió, ¿á que no pasas tú por donde yo pase?

—¿A que sí?

—¿A que no? ¿vá el duro que me has ganado?

—Vaya el duro.

No necesitó el zapatero tomar carrera como el otro; bajó la cabeza y metiéndose por entre las piernas del demandadero, salió por detrás gritando:

—¡Venga mi duro! ¡venga mi duro!

Y el lego le dió el duro convencido de que le era tan imposible meterse por entre sus piernas como al otro subirse sobre sus hombros.

—¿A que no aciertas, dijo el zapatero, qué es lo primero que hace el buey cuando sale al sol?

—¿Cuánto va á que sí?

—Una peseta.

—Vaya. ¿Con que has dicho que qué es lo primero que hace el buey cuando sale al sol?

—Sí.

—¿Lamerse el hocico?

—No.

—¿Tumbarse?

—No.

—¿Rascarse el espinazo con los cuernos?

—No.

—¿ Pues qué hace ?

—¡Bárbaro ! esclamó el zapatero, lo primero que el buey hace cuando sale al sol, es... sombra!

—Mira qué embajada.

—Sí, pero venga una peseta y te iré proponiendo cuestiones parecidas.

—Pues vaya una peseta en cada cuestion, yo discurriré.

El zapatero sabia una porcion de equivoquillos y fué proponiendo los siguientes al lego que tuvo que aflojar una peseta por cada uno.

—¿A que no aciertas dónde puso Dios la mano al hombre?

—En el corazon.

—No es eso.

—En la cabeza ?

—Tampoco.

—Pues me doy por vencido ¿dónde se la puso ?

—En la muñeca.

—Otra embajada.

—Otra peseta digo yo.

—Cuidado con el zapatero, esclamó el lego, que todo se le vuelve tretas ; pero venga otra pregunta aunque me cueste una peseta.

—Allá va, contestó el zapatero, allá va otra pregunta. ¿A que no aciertas qué es lo primero que se necesita para echar un burro de una cuadra?

—Toma, eso es muy fácil.

—Pues dilo.

—¿Una vara de fresno ?

—¡ Quiá !

—¿Un empujon acompañado de un terno?

—¡ Quiá !

—Pues no comprendo lo que pueda ser.

—¡ Zopenco ! gritó el zapatero, lo primero que se necesita para echar un burro de la cuadra es.... que esté dentro.

—Eso ya lo sabia yo.

—¿Pues por qué no lo digiste ?

—Vaya, vaya ; no quiero mas preguntas que me vas llevando los cuartos á las mil maravillas. Sigamos con otras apuestas. ¿ Tú, eres miedoso ?

—Yo no.

—¿A que sí?

—¿A que no?

—¿A que no te atreves á ir esta noche á dar una vuelta en cueros al rededor de la iglesia?

—¿A que sí? ¿Va un duro?

—Vaya un duro.

Llegó la noche y el zapatero y el lego se citaron á un punto, cada cual convencido de ganar un duro aquella noche. El zapatero era impávido y valiente, creia poco en sombras y apariciones; pero no por eso dejaba de estar agitado, porque todos los dias oia decir que en la iglesia de las monjas se habia aparecido un duende con los ojos brillantes como dos centellas y que de cuando en cuando sonaba un ruido destemplado é incomprensible en el templo. Cuando buscaban al duende en la sacristía sonaba el ruido en el coro, y cuando andaba la gente por el coro se estremecian las bóvedas del centro de la iglesia al prolongado son de las cadenas que arrastraba el duende, y mas que todo á la detonacion con que terminaba el ruido de los hierros, parecida al estampido de un cañon de á veinte y cuatro.

El lego era muy zorro y se aprovechó de esta ocurrencia feliz para desanimar al zapatero. Hizo dos agujeros en la tripa de un puchero y dos rayas, perpendicular la una sobre la otra, de modo que figuraba con los cuatro signos los ojos, boca y nariz de una persona: cubrió los huecos de los ojos con papel colorado y los de la boca y nariz con papel amarillo, y metiendo dentro del puchero una cerilla encendida, le colgó en una de las fachadas laterales del edificio. Hecha esta operacion se fué á buscar al zapatero que vivia enfrente de la iglesia.

El pobre zapatero á medida que se acercaba la hora se iba arrepintiendo de la apuesta fatal, le temblaban las carnes á la idea de dar una vuelta en cueros al rededor de la iglesia; estaba vacilante cuando llegó el demandadero gritando:

—¡Señor maestro, ya es hora! ¡A la prueba si es usted valiente!

Esto de poner en duda el valor decidió al zapatero y ¡zás! se quitó la chaqueta, se desabrochó los pantalones, sacudió la camisa y en un periquete se halló á la puerta de la

calle como su madre le dió á luz.

—Vamos, atrévete! gritó el lego, seguro de que el zapatero se volveria atrás en cuanto divisara la feroz y lúgubre fisonomía que presentaba el puchero con la luz trasparentándose por entre los papeles de colores, en una noche siniestra, oscura y nublada que apenas dejaba ver los dedos de la mano.

—¡ Atrévete cobarde !

—Voy allá, dijo el zapatero, y á poco de echar á correr se volvió precipitadamente.

—No te atreves, dijo con alegría el demandadero.

—Sí que me atrevo esclamó el zapatero; pero he descubierto una porcion de mugeres que sin duda van al baile esta noche en casa de la tia Simona, cuya hija se ha casado hoy.

Efectivamente, pasaron las mugeres. El lego dijo.

—Vamos, valiente. ¡ Atrévete ! ¡ A la una! ¡á las dos! ¡ á las tres!.....

El zapatero echó á correr y el lego iba detrás á corta distancia esperando un resultado favorable de su invencion diabólica.

II.

Habia en el pueblo á la sazon, que era á mediados del año 1834, un alcalde mas enamorado que un cupido; no habia en todo el pueblo hombre tan enamorado como el alcalde á no ser el sacristan, jóven como de veinte años, de buena estatura, pocas carnes, temperamento nervioso y de consiguiente voraz por las faldas. El alcalde era jóven tambien, alto como un Goliat, hombre de mas puños que inteligencia. Los dos habian apostado un mes antes del sermon, una peseta al que antes se casara, lo cual daba á entender que el alcalde y el sacristan tenian el matrimonio en poco, ó una peseta en mucho. Los dos estaban enamorados de dos hermanas llamadas por apodo las Simonetas por ser hijas del tio Simon y de la tia Simona, y si hemos de atender al mérito personal y al pecuniario, que vale algo mas, todas las probabilidades estaban en favor del alcalde.

Pero es preciso convencernos de que ya nada significa el mérito personal, ni las buenas prendas morales, y que si ahora escribiera Quevedo no diria como en el siglo XVII:

Poderoso caballero
es D. Dinero.

Todo esto ha caducado ya ante un poder sultánico que todo lo mina y todo lo avasalla con la fuerza de la astucia y de la intriga; el sacristan como miembro aunque demasiado subalterno de ese poder aterrador tenia mil medios de ganar la peseta al alcalde, que fiado en su buen cuerpo y en sus recomendables cualidades obraba con sencillez como un pobre aldeano, castellano viejo por añadidura. Y tenia motivos para creer que ganaria la peseta sin trampas ni estratagemas indignas de un hombre honrado; porque ademas de las prendas que le garantizaban la victoria, sabia que su muchacha le amaba con entrañable cariño, con delirio poético, con frenesí romántico. Ella le habia dado palabra de casarse con él, jurando por lo mas sagrado no quebrantarla aunque á su resolucion se opusiera el niño de la bola. Con

todas estas seguridades, mas la de la vara de la justicia que empuñaba entonces, se presentó á los padres de la novia que apenas pudieron dar crédito á la declaracion del alcalde: tan ventajosa les pareció la posicion de este respecto de Sinforosa, que este era el nombre de la muchacha, que dieron á Dios mil gracias, y al alcalde tantas gracias como á Dios, por dignarse admitir por esposa á su hija, que si bien era talcualeja y de una conducta ejemplar, no tenia mas bienes que sus virtudes y su cuerpo. Quedaron conformes el alcalde y los padres de Sinforosa, y decididos á llevar á cabo el increible enlace en que no hubieran soñado algunos dias antes.

—¡Ah, necio sacristan! dijo para sí el alcalde viendo la ganancia al ojo ¿creerás ahora ganarme la peseta? responde, responde, donde quiera que estés, á mi pregunta.

No bien hubo acabado de decir estas palabras el alcalde, cuando sonaron tres campanadas en la torre de la colegial, que parecia que habian dicho por lo claro ¡sí! ¡sí! ¡sí! El alcalde, quedó trémulo y pensativo con esta fúnebre é inesperada respuesta del sacris-

tan. La tia Simona se levantó repentinamente, y tomando la mantilla echó á correr como una desesperada gritando.

—¡El deber me llama! quede usted con Dios señor alcalde; ea, hijas mias venid que tocan al rosario, primero es la devocion que la obligacion.

Y salieron como cohetes dejando al alcalde estupefacto no tanto por el temor de quedarse sin novia, como por el empeño de ganar una peseta al sacristan.

Entraron en la iglesia las hijas y la madre santiguándose como de costumbre; se arrodillaron y rezaron el rosario con gran devocion. Concluido el rosario dejó la tia Simona á sus hijas donde estaban y se retiró á rezar las estaciones, permaneciendo cinco minutos arrodillada delante de cada altar. Al llegar á una recóndita capilla hizo una respetuosa reverencia á S. Ignacio de Loyola y se arrodilló para rogarle que su hija se casara con el alcalde.

—Santo bendito, dijo la tia Simona con devota contricion; rogad á Dios porque mi hija empuñe la vara antes y con antes, y co-

mo si el santo fuera interesado añadió: yo os ofrezco diez años adelantado el diezmo de mis ovejas.

Con gran admiracion creyó haber oido una voz que parecia haber salido de la boca del santo; insistió en sus oraciones y sus ofertas, y volvió á oir aquella voz misteriosa de un modo imperceptible.

—¡Gracias á Dios! esclamó la tia Simona. Santo bendito, no tengo duda ninguna de que me habeis contestado; dignaos decirme claramente si se casará mi hija con el alcalde.

—¡No!.....

Dijo la voz misteriosa fuertemente. La tia Simona creyó estar soñando, á la negativa del santo se estremeció la infeliz y empezó á llorar amargamente su desgracia. Ella no queria bienes de fortuna, no apetecia mas felicidad que ser suegra de la justicia, y así volvió á decir con el corazon oprimido por el dolor que la causaba la negativa del santo.

—Santo bendito, el casamiento de mi hija ofrece algun inconveniente?

—¡Sí!...

Respondió la misma voz con tal energía que se echaba de ver la hostilidad del que la pronunciaba.

—Pero, santo bendito, replicó la tia Simona, ¿será porque mi hija es indigna del alcalde? Ella es pobre pero virtuosa y honrada.

—Me opongo porque el alcalde es indigno de vuestra hija, dijo la voz; y no porque el alcalde sea un tarambana, ó un hombre de malas costumbres, sino porque primero que el alcalde es Dios.

—¿Qué me quereis decir santo bendito?

—Quiero decir, que vuestra hija está destinada á ser esposa del Señor. Si quereis conservar mi gracia, si no quereis desconfiar enteramente de la salvacion que estais próxima á alcanzar, antes de un mes debe haber profesado vuestra hija en el convento de las Claras.

—Cúmplase vuestra voluntad, santo bendito, dijo llorando la tia Simona; ahora mismo voy á la sacristía á informarme del sacristan, á fin de que me instruya de los pasos que debo dar para cumplir las órdenes del Señor.

—No, no vayais ahora á interrumpir al sa-

cristan, dijo la voz. Rezad primero una salve á la vírgen de los Dolores y despues podreis entrar en la sacristía.

La tia Simona se levantó, echó á andar hácia la iglesia y como acordándose de algo que tenia que decir al santo, volvió á entrar precipitadamente en la capilla á tiempo que vió moverse y tambalearse todo el altar. Era el sacristan que estaba oculto detrás del santo el que habia contestado á la tia Simona: en el momento de salir la muger de la capilla con el piadoso objeto de rezar una salve á la vírgen de los Dolores, se habia bajado el sacristan para ir á la sacristía á fin de que la tia Simona no le echára de menos y sospechara. Por su desgracia volvió á entrar la tia Simona cuando habia descubierto todo el cuerpo; pero como la buena muger estaba tan preocupada y tenia los ojos hechos un estanque de lágrimas, no pudo advertir la trampa y achacó el ruido y el movimiento del altar á la irritacion que habia producido en el santo la proposicion temeraria de casar á su hija con el alcalde.

—Santo bendito, volvió á decir la tia Si-

mona; vuelvo á implorar vuestra misericordia.

—Habla, habla; dijo la voz.

—Tengo otra hija que tambien desea casarse. Me concedereis esta gracia?

—Segun y conforme.

—¡Oh! yo os suplico que me concedais lo que os voy á pedir. El marido que yo la destino es un hombre de bien que vive en opinion de santo.

—Mirad no os engañen las apariencias.

—Estoy segura de ello.

—¿Y quién es el predilecto?

—Es el sacristan; ¿no os parece que la eleccion es acertada?

—Sí; muy acertada.

—El sacristan es un santo.

—Un bendito.

—Es un ángel.

—Un arcángel.

—Un serafin.

—Un querubin.

—¡Os doy las gracias, santo bendito, por el favor que me dispensais! dijo la tia Simona haciendo una profunda reverencia, y salió

de la capilla con direccion al altar de la vírgen de los Dolores.

Media hora despues estaban disputando el tio Simon y la tia Simona sobre el partido que debian tomar con la muchacha. Todo era peligroso; si complacian al alcalde ofendian á Dios desobedeciendo sus mandatos; si cumplian con Dios se hacian enemigos del alcalde, que por cualquier cosa los meteria en la cárcel y los sacaria una multa. Los dos esposos eran demasiado cristianos para que vacilaran mucho tiempo en su resolucion, y así fué que al dia siguiente ya estaba la Simoneta cumpliendo el sacrificio que Dios la imponia en el convento de las Claras.

III.

Escusado será decir que el baile que se celebraba en casa de la tia Simona la noche en que el zapatero apostaba á dar una vuelta en cueros al rededor del templo, que era el convento de las Claras, era á consecuencia de la boda celebrada aquel dia, de la Simoneta pequeña con el sacristan del pueblo. Volvamos á ocuparnos del zapatero, y su competidor en picardías, el demandadero de las monjas. Ya hemos dicho que el primero echó á correr al rededor de la iglesia de las monjas y el segundo le seguia á muy corta distancia. El zapatero corria como un gamo, sin que se le pusiera nada por delante; nunca habia creido menos que entonces en los duendes y fantasmas que eran el coco de la poblacion; se reia de las preocupaciones rancias de sus conciudadanos y llegó á desafiar al autor de la naturaleza á que le presentara alguna sombra, vision ó espectro, capaz de contenerle

en su impávida carrera. Al dar fin á la fachada del templo que estaba accesoria á una de las paredes del jardin paróse el zapatero de pronto; sintió un fatal escalofrio que paralizó las funciones de sus ágiles piernas y fijó sus ojos en un bulto negro que habia sobre la tapia. Aunque la noche era obscura advirtió que el bulto misterioso tenia forma humana y con acento firme le dijo.

—¿Qué pretendes miserable mortal?

El bulto por toda contestacion se incorporó sobre la tapia movediza, estendió sus piernas y brazos colosales y con la facilidad de una araña empezó á subir á la torre del templo agarrándose á los salientes ladrillos de una esquina, ó bien á los agujeros de la pared donde tenian sus nidos los cernícalos y las lechuzas. Cuando el hombre de estatura gigantesca llegó á las campanas dió unos cuantos dobles á muerto y deslizándose luego por entre la siniestra bóveda del templo empezó sus operaciones fantásticas de un modo tan inusitado que el zapatero tembló y sus cabellos se erizaron como lesnas á la vista de aquel fenómeno incomprensible.

—¡Qué diablo! puede que sea ilusion, dijo el maestro, y prosiguió su marcha recobrando en parte su serenidad.

Pero entonces sintió un ruido desagradable, infernal, en todos los ángulos del edificio. Habia empezado por un sonido sordo de metal, como si una cuerda de presidiarios arrastrara sus gruesas cadenas sobre el débil maderámen de la torre; aquel ruido fué prolongándose y recobrando alguna armonía siniestra, cada vez mas bronco y complicado, de modo que parecia una orquesta de tambores, cuernos y cornetas, queriendo imitar el ronco bramido de los huracanes. El sonido era cada vez mas triste, mas prolongado hasta que llegó á confundirse con aquellos truenos de verano que asemejan desde lejos el monótono son de una carraca, y á medida que atraviesan veloces el horizonte crecen progresivamente hasta confundirse con el disparo de un cañon. El zapatero estaba sin aliento; creyó desmayarse, y al querer seguir su camino parecia que un poder irresistible le detenia con diabólica mágia. Cerró los ojos, tapóse las orejas con las manos y como aquel que dice

salga el sol por Antequera, apretó el paso ansioso de llegar al fin de su jornada. Pero la casualidad hizo que el pobre zapatero tropezara con una piedra que encontró, y el infeliz abrió los ojos para ver el terreno que pisaba. Entonces llegaba casualmente al sitio en que el demandadero de las monjas habia colocado su puchero con las luces de colores. Difícil nos seria pintar el miedo, el asombro, el atortolamiento del zapatero a la vista de aquella cara cuyos ojos resplandecientes brillaban mas cuanto era la noche mas lóbrega y nebulosa; con la nariz chata y remangada; la boca larga, abierta de par en par, dejando ver unos dientes deformes, parecia que se estaba riendo del zapatero y que con sarcástico encono pronunciaba su sentencia. El demandadero que iba detrás tuvo el mismo miedo al ver su obra, que creyó ver modificada por algun espíritu maligno. El viento zumbó con imponente magestad, los árboles del jardin, meciéndose al impulso del viento, produjeron un ruido sordo que fué aumentando progresivamente hasta asemejarse á las cadenas de la torre: entonces empe-

zó en las bóvedas del templo un ruido estrepitoso que parecia salir del otro mundo, y las paredes y el pavimento retemblaron por algunos instantes. El zapatero quiso volverse atrás; pero ya era tarde; por otra parte habia visto que detrás de él venia un bulto negro, que era el demandadero, y uno y otro, creyendo ver desplomarse el edificio sobre ellos, al feroz é irresistible soplo del cierzo que zumbaba entre las ventanas del templo y los árboles del jardin, y al ruido inconcebible que retumbaba en la concavidad sombría y solitaria de las bóvedas, rompieron á correr haciéndose miedo mútuamente hasta que cayéndoles el sudor que inundaba sus cuerpos, á pesar del frio de la noche, se encontraron libres de todo susto en casa del zapatero.

—¡He triunfado! dijo este entrando en su casa con muestras de singular alegría.

—¡Has perdido la apuesta! gritó el tuno demandadero con una sonrisa feroz que estremeció al zapatero por lo que tenia de comun con la de la cara misteriosa que en el oscuro callejon del templo habia visto con ojos

saltones, y animados de un brillo fantásticamente aterrador.

—¿Cómo que he perdido? preguntó el zapatero con impaciencia.

—Que has perdido un duro y me le tienes que aprontar.

—Tú eres el que tiene que aflojar el duro mas pronto que la vista. Y si no ¿cuál ha sido nuestra apuesta?

—La apuesta fué, dijo el demandadero, que habias de dar una vuelta al rededor de la iglesia *en cueros*.

—Pues bien está, ¿no me has visto tú mismo darla, como mi madre me echó al mundo?

—Eso es cierto y por lo mismo has perdido la apuesta.

—¿Estás loco?

—Cueros es plural, dijo el demandadero, y tú no has ido en cueros, sino en cuero.

—Esa es una salida de pié de banco, dijo incomodado el zapatero, y tú me pagarás el duro ó veremos quién es mas guapo de los dos.

—Coriente; vamos á casa del alcalde y

que decida quién tiene razon. Yo estoy seguro de que he ganado la apuesta, añadió el pícaro demandadero sonriendo maliciosamente, y para otra vez te voy á revelar el secreto. Si hubieras llevado los zapatos puestos, tuyo era el duro, porque indudablemente ibas en cueros, pero.....

—Déjate de patrañas, dijo el zapatero acabando de vestirse, y vamos á buscar al alcalde.

—Vamos á buscar al alcalde.

Y los dos hombres partieron veloces como el rayo, no por los veinte reales sino por el empeño de probar quién de los dos tenia mas razon y mas astucia.

Pero el alcalde no estaba en casa ni parecia por ninguna parte vivo ni muerto. El pueblo se hallaba consternado por los acontecimientos de España, pues parecia que las predicciones del misionero empezaban á cumplirse de una manera espantosa. Acababa de llegar una partida de soldados en busca del misionero con órden de prenderle y fusilarle donde quiera que le encontraran; pero nadie daba razon del paradero del fraile que

parecia haberse escondido en las entrañas de la tierra. El alcalde era el hombre mas necesario en tal situacion y todos los habitantes del pueblo andaban esparcidos por las calles, por las tertulias y hasta por los campos en busca de su autoridad. En casa de la tia Simona dejaron de bailar, porque aquella noche era de luto, de espanto y de dolor para todos. Las noticias no podian ser mas tristes: el cólera acababa de invadir el territorio español, y en Madrid, en Zaragoza y otras capitales apenas bastaban los vivos para enterrar á los muertos. Por otra parte, las pasiones políticas, desenvueltas con el cambio repentino de las instituciones, daban un colorido mas lúgubre á la desolacion producida por la sangrienta epidemia. Habia muchas atrocidades que vengar y muchas justicias que cumplir, y los frailes acababan de ser en toda España víctimas del encono y resentimiento del partido vencedor. Por todas partes la guadaña de la revolucion segaba las cabezas de los frailes: unos perecian en las calles á cuchilladas, otros eran arrojados vivos por las ventanas de los conventos. La pro-

fecía del misionero se habia verificado en parte.

Los soldados, mas obstinados cada vez en buscar al fraile de las misiones, sitiaron los dos conventos del pueblo y empezaron á examinarlos escrupulosamente. No quedó rincon que no registraran; sin embargo, el fraile no pareció. Pero el registro fué mas minucioso en el convento de las monjas, porque como llegó á oido de los soldados la aparicion del duende que hacia tanto ruido en las bóvedas del templo, y la tropa nunca ha tenido miedo á los duendes, se apoderaron del edificio á tiempo que en las alturas estalló con eco prolongado y pavoroso la mas terrible detonacion. Hallaron á las pobres monjas en el coro; porque con el miedo no se habian atrevido á recogerse y estaban rogando al Dios de las misericordias para que las librara de los espíritus infernales que habian invadido el templo.

Lo mismo habian hecho otras noches todas ellas, menos la hija de la tia Simona que como menos miedosa se acostaba y cerraba su celda sin permitir la menor comunicacion

á sus hermanas. Pero el duende no habia cesado de atormentar á las monjas á pesar de sus oraciones, y fué necesario para hacerle callar la aparicion de los soldados, á los cuales manifestó mas temor y respeto. Andaban los soldados por las bóvedas, por el templo, por la sacristía, por la torre, por detrás del órgano inútilmente, porque el duende no parecia.

—¿Qué puerta es esta, preguntó un sargento?

—Es la de la hermana Sinforosa la Simoneta, contestaron las monjas.

—Abajo con ella, gritaron los soldados.

—No, por Dios, contestaron las caritativas monjas, no queriendo incomodar á su hermana.

—Abajo esa puerta, dijo el sargento, y en dos empujones cayó la puerta causando un ruido estrepitoso que puso en conflicto á toda la hermandad.

En el momento de caer la puerta creyeron los maliciosos soldados haber visto un bulto deslizarse por la ventana de la celda que caia al jardin, y todos se lanzaron por ella

sin hacer caso de los ruegos y lágrimas de la Simoneta que hincada de rodillas en el suelo imploraba la piedad de los soldados.

—No pueden ustedes pasar, dijo la abadesa, sin permiso de la autoridad.

—Pues que venga el alcalde, dijeron los soldados.

—El alcalde no parece por todo el lugar, gritó la gente que habia entrado en el convento entre la tropa.

Y los soldados que tenian poca paciencia se precipitaron al jardin, sin decir oste ni moste. Pero en el jardin nada encontraron por mas que registraban todos los rincones. La noche era oscura y no les favorecia demasiado para hallar lo que solicitaban; sin embargo entre las descarnadas ramas de una higuera divisaron un bulto.

—Aquí está el duende! gritaron los soldados.

—Aquí está! que venga el alcalde, dijeron á un tiempo soldados y paisanos.

Y el hombre de la higuera que vió que los soldados le apuntaban con los fusiles se echó á tierra diciendo.

—¡Aqui estoy yo! ¿qué quieren al alcalde?

—¡Es el alcalde! esclamaron todos asombrados.

—Sí señores, dijo este; soy yo que anheloso por la tranquilidad de mi pueblo he venido á pasar una mala noche en este jardin con objeto de prender al duende si le encontraba.

Todos conocieron que el alcalde era el verdadero duende, pero como ninguno tenia autoridad para prenderle ni aun para reprenderle, se dieron por satisfechos con la contestacion y se retiraron pacíficamente diciendo.

—¡Válgame Dios qué cosas pasan en el mundo! No hay como tener autoridad para burlarse de las leyes. ¡Qué egemplos, señor, qué egemplos!

En adelante jamás volvió á oirse el menor ruido en el convento de las Claras.

IV.

A la mañana siguiente, los soldados se habian marchado del pueblo en busca del fraile que segun noticias habia andado ya muchas leguas. El alcalde se estaba paseando á la puerta de la iglesia, pensando en el lance ocurrido y prometiendo para sí no volver á usar tales estratagemas como habia empleado para lograr sus fines, asustando á las monjas y á todos los habitantes del lugar. En estas reflexiones se hallaba sumergido cuando llegaron á él haciendo cumplimientos y reverencias el zapatero y el demandadero de las monjas.

—¡Hola! dijo el alcalde al verlos tan resueltos, esto va de veras. ¿Qué se ofrece?

—Señor alcalde, dijo el zapatero; nosotros venimos á que nos haga usted justicia. Yo me avengo á lo que usted resuelva y punto concluido.

—Sepamos qué quereis, hablad.

Habló el demandadero esponiendo todo lo que habia pasado, con toda exactitud, de modo que el zapatero no viendo mala intencion en el modo de referir las cosas se conformó diciendo.

—Todo eso es verdad, señor alcalde, ahora usted dirá quién tiene razon.

—Pues amigo, dijo el alcalde, si nada tienes que decir á la relacion del que acaba de hablar, y los hechos han pasado como él los ha referido, lo siento mucho, pero has perdido la apuesta.

—¿Cómo es eso? ¿le da usted la razon?

—No solo le doy la razon sino que si no le pagas el duro, te meto de cabeza en la cárcel; yo soy amigo de dar á cada uno lo que es suyo. No quiero parcialidad sino justicia. justicia.

—Sí, esclamó el zapatero ¡justicia.... y no para mi casa!

—¿Qué? ¿qué dices? Preguntó el alcalde sintiendo la pulla que le habia herido en lo mas vivo.

—Nada, nada, contestó el zapatero, y alargando un duro al demandadero se despidió

murmurando entre dientes ¡Justicia y no para mi casa! bien dice el refran. Pero ese pícaro demandadero, añadió, me las ha de pagar; cuando no le cueste la torta un pan. Si viviera cien años no cederia mi rencor.

Esto iba diciendo para sí cuando se encontró al sacristan.

—Abur tio Andrés, dijo este sonriendo.

—Hola chico ¿qué tal has pasado la noche?

—Figúrese usted si la habré pasado bien de recien casado. No puede decir lo mismo el alcalde á quien se la he jugado de puño. Sabrá usted como apostamos cierto dia una peseta á que yo me casaba antes que él y él á que se casaba antes que yo. Llevaba muy adelantado el negocio, pero influí para que su muchacha se metiera monja y se fastidió porque le quité la novia y le gané los treinta y cuatro cuartos.

—Me alegro chico, dijo el zapatero, porque acaba de hacerme una injusticia notoria y le deseo todo el mal posible; tú me has vengado.

—¿Qué ha sido eso? preguntó el sacristan.

Contó el zapatero lo sucedido y el sacristan lo celebró mucho.

—Ahora me alegro mas de habérsela pegado de puño al alcalde, dijo, es una picardía lo que ha hecho con usted. Pero ya que le veo á usted tan inclinado á las apuestas, cosa que á mí me gusta tanto ¿cuándo quiere usted que los dos hagamos una de provecho?

—Yo á todas horas estoy dispuesto, dijo el zapatero.

—¿Con que no ha escarmentado usted?

—Jamás; genio y figura hasta la sepultura. ¿Y qué te atreves á proponerme que no sea yo capaz de ejecutar.

—Una cosa muy terrible, una empresa muy peliaguda, contestó el sacristan.

—Veamos qué empresa es esa, dijo el zapatero.

El sacristan, despues de pensarlo bien, dijo.

—¿A que no se atreve usted á velar al primer muerto que haya en el pueblo?

El zapatero paróse á reflexionar lo arriesgado de la empresa y no halló el menor in-

conveniente. Creyó que el sacristan le hacia tal proposicion para asustarle, porque como se habia generalizado tanto la idea de los duendes y fantasmas era imponente encerrarse un hombre en la iglesia toda una noche á velar un difunto. Pero el zapatero que nunca fué miedoso, lo era mucho menos entonces que se habia descubierto el verdadero duende, y asi contestó.

—¿A que sí?

—¿Cuánto vá á que no?

—Un duro, dijo el zapatero con intencion de desquitarse de la pérdida última.

—Está apostado el duro.

Despidiéronse en seguida y cada uno marchó á su obligacion, el zapatero á hacer zapatos, y el sacristan á repicar las campanas. Cuando el alcalde, que todavía estaba en conversacion con el demandadero, divisó al sacristan, su mortal enemigo, se retiró de la iglesia sin decir esta boca es mia, lo cual le vino al sacristan de perilla para sus planes. Encontróse, pues, el sacristan cara á cara con el demandadero de las monjas su mejor amigo y en seguida tramaron conversacion.

—¿Con que has ganado un duro al zapatero?

—Sí por cierto.

—Pues yo me he empeñado en ganarle otro duro.

—¿De qué manera?

—Hemos hecho una apuesta y es la siguiente. Yo á que no es hombre para velar al primero que muera en el lugar, toda la noche en la iglesia, y él á que sí.

—Magnífica idea, si le podemos urdir alguna trama para que el susto no se le vaya del cuerpo mientras viva.

—Ya tengo yo pensado lo que podemos hacer; escucha. ¿Te atreves tú á hacer bien el muerto?

—A las mil maravillas.

—Pues bien, te pondremos en un ataud, te llevaremos á la iglesia donde pasarás toda la noche. Allá, á una hora avanzada te levantas pronunciando un discurso en latin para que el diablo no te entienda. Estiendes los brazos en ademan de abrazar al zapatero; á él le dá un accidente y mientras tanto te escapas dejando la puerta abierta. Cuando el

pobre vuelva en sí, lo que procurará será escapar de la iglesia; le sacamos el duro y lo celebramos con una buena merienda.

—Divinamente urdido.

—Quedamos en eso?

—No hay mas que hablar.

El demandadero se largó á su obligacion y el sacristan se metió en la iglesia, sin volver á hablar del asunto en una porcion de dias, al cabo de los cuales el sacristan oyó decir que el demandadero estaba enfermo. El mal á nadie pareció cosa de cuidado el primer dia, pero al siguiente alarmó real y verdaderamente á cuantos visitaron al demandadero. Tenia el pulso bastante agitado, los ojos querian saltarse de las órbitas, el semblante estaba enjuto, lánguido, cadavérico; la respiracion salia con dificultad de la garganta, haciendo una especie de ronquido como si tuviera anginas. Pasó un dia cruel, terrible, infernal en el concepto del pueblo; difícilmente podria el demandadero salir de su peligrosa enfermedad. Sin embargo, los lugareños estaban cada uno en su cocina, sin acordarse del enfermo, preparándose á cenar

despues de anochecer cuando oyeron tocar á muerto.

—¡Pobre demandadero! dijeron á un tiempo todos los habitantes del lugar, menos el zapatero que al oir el fatídico clamor de la campana esclamó.

—¡Ya tengo un duro mas!

Tiró las hormas y el martillo y se fué á casa del muerto donde encontró al sacristan.

—¿Está usted dispuesto? le dijo este.

—Yo siempre lo estoy, ya lo sabes.

—Pues al avío.

—Al avío.

Condujeron al demandadero á la iglesia dentro de su caja, y el zapatero no queriendo perder enteramente la noche, se llevó de paso los materiales para hacer zapatos. Marchóse la gente, cerraron la iglesia y quedaron en un silencio profundo. La escena era verdaderamente romántica; solo una lámpara iluminaba la iglesia, con un resplandor lúgubre, interceptado por las gruesas y multiplicadas columnas que sostenian el edificio. Las lechuzas revoloteaban al rededor de la lámpara sepulcral ansiosas de beberse el po-

co accite que tenia: el demandadero tendido sobre la caja tenia cruzadas las manos sobre el pecho sosteniendo entre los dedos una pequeña cruz. El zapatero á su lado se entretenia en cortar suela y remachar baqueta para hacer un par de zapatos aquella noche. Concluida esta operacion encendió una vela, plantóse el tirapié, empuñó la lesna y se puso á coser con tan poca aprension como si estuviera en su casa á las doce del dia. No bien habria dado cuatro puntadas cuando oyó un estraño ronquido que salió de las narices del demandadero.

—¡Hola! dijo para sí, y tendió la vista en derredor para indagar la causa de aquel ruido. Pero nada vió, y sin apurarse por lo que pudiera ser, siguió cosiendo sus zapatos y meditando en las cosas que le habian pasado.—El alcalde me hizo una injusticia, decia, pero el sacristan me ha vengado debidamente; este pícaro demandadero me llevó un duro mal ganado; pero ese duro le ha costado.....

Y al decir esto sintió otra vez aquel lúgubre ronquido que tanto le habia llamado la

atencion. Fijó sus ojos en el muerto por algunos instantes y nada pudo descubrir, porque el demandadero estaba quieto, tranquilo, inalterable..... como un difunto.

—¿Qué demonio de ruido será ese, dijo el zapatero, temiendo que el muerto resucitara?

Y colocándose la piedra sobre los muslos, la suela sobre la piedra y el martillo en la mano empezó á machacar suela sin volver á acordarse de lo que habia oido. Pero el ronquido volvió á sentirse aunque no con tanta fuerza; el muerto movió la cabeza y la fué levantando poco á poco, sin apartar la vista del que le estaba velando. El zapatero que vió que el muerto se incorporaba y no habia mas remedio que apelar á sus armas, alzó el martillo y sin decir oste ni moste le descargó sobre la frente del demandadero haciéndole la cabeza una tortilla.

—Toma, pícaro, dijo el zapatero; ya me he vengado, y el demandadero cayó entonces sobre la caja verdaderamente difunto, y fué enterrado al dia siguiente con gran asombro del sacristan que habia creido que el supuesto difunto estaba sano y bueno.

Por decontado el sacristan tuvo que dar un duro al zapatero que ganó la apuesta. Respecto á la apuesta de que hablamos en el primer capítulo, sobre si se verificarian ó no las predicciones del misionero, como el demandadero murió de un martillazo se quedó la cosa en tal estado. Por lo demas Madrid no se ha movido de donde estaba el año 34, y Cádiz y Galicia continúan en los mismos puntos tambien. En cuanto á lo que se dijo de que los frailes se volverian monjas y las monjas frailes, si no se verificó del todo fué poco lo que faltó. Por lo menos podremos decir que en adelante fueron conventos anfibios ó hermafroditas, porque en ambos hubo pantalones y en ninguno faltaron sayas.

Algun literato intruso.
me dirá, ya me hago cargo,
que he sido largo y difuso;
es decir dos veces largo.
Mas cállese el zarramplin
que ya ha llegado el momento
de dar á mi largo cuento
el indispensable.....

FIN.

La casa del Duende.

LEYENDA

POR

Juan Martinez Villergas.

LA CASA DEL DUENDE.

I.

En un lugar estupendo
que no nombraré jamás,
pues de puro revesado
no se puede pronunciar,
Habia una casa antigua
de fama tradicional,
tal, que causara pavor
á Oliveros y á Roldan.
No recuerdo si la casa
tenia un piso no mas,
ó si tenia entresuelo
con segundo y principal.

Ni si era su arquitectura
de gusto y de calidad
toscana, corintia, jónica,
ó compuesta..... ó lo demás.
Ni si era larga ó cuadrada
y con arcos al entrar
sostenidos por columnas
en forma piramidal.
Ni si era grande ó pequeña,
ni he llegado á averiguar
si era de barro y adobe
ó si era de canto y cal.
Porque no sé si la casa
la mandaron fabricar
despues del año presente
ó antes que naciera Adan.
Aun diré mas, me he cansado
de leer y examinar
toda la geografía
que llaman universal,
Y no he podido saber,
como soy Martinez Juan,
si el pueblo y la casa estaban
en la tierra ó en la mar.
Si era provincia de España.

de Inglaterra ó Portugal,
de Lombardía, de Irlanda,
de Alemania ó Tetuan.
Ni he sabido ni sabré,
aunque me mate á pensar,
si era una aldea pequeña
ó una soberbia ciudad.
Pero esto no importa un bledo;
diré lo mas esencial,
que el que mas habla mas yerra
como dice aquel refran.
Vamos á hablar de la casa,
la casa de aquel lugar
que no vieron los nacidos
ni los ciegos lo verán.
Era una casa sencilla
donde pudiera habitar
cualquiera que despreciara
las iras de Barrabás.
Y no mas, porque la gente
dió en decir y en murmurar
que la casa inhabitada
era mansion infernal.
Que allí habia apariciones
de forma particular

mas feas que el cocodrilo
y mas que el orangutan;
Que al que entrara en dicha casa
le darian que rascar,
si algun insensato habia
de entrar en ella capaz.
Fué cada vez en aumento
la aprension original
y desde el ducho letrado
al testarudo gañan,
Llegaron á persuadirse
que la tradicion fatal
no era invencion de los necios
sino pura realidad.
Tanto cundió esta creencia
que el que menos y el que mas
fué inventando una mentira
pensando que era verdad.
Uno decia: yo he visto
por la ventana bailar
á la bruja Marizápalos
con el mismo Satanás;
Y otro afirmando añadia
que estaba bailando wals
un mochuelo que llevaba

grandes botas de montar.
Y así fué el miedo á la casa
de todos tan colosal
que aunque la dieran de balde,
nadie la quiso habitar.
El que menos se pensaba
que pasando del umbral
iban con su pobre cuerpo
los diablos á merendar.
La casa estuvo cerrada
doscientos años quizá
sin que ni sus mismos dueños
la quisieran visitar.
Y era fundado el temor,
pues llegándose á acercar
la hora en que canta el gallo,
que es de noche á la mitad,
Se oia dentro una orquesta
sin armonia y compás
de mas de cien instrumentos
que tocaban á la par.

II.

La justicia del lugar
cuyo nombre nada importa,
pues no se trata del nombre
sino de saber la historia,
Hallábase en descubierto
de utensilios y otras cosas,
con que alimentan los pueblos
el brillo de las coronas.
Que esta es del pueblo infeliz
la suerte dura y penosa,
sostener á los que mandan
con la vida y con la bolsa.
Ellos mandan á las córtes
inteligentes personas,
que con celo infatigable
charlan, gritan y peroran.
Sobre si el progreso es bueno,
si conviene la reforma,
si el pueblo exige derechos,
y el trono esplendor y gloria.

Y pasan dias y dias
en estas y en otras bromas,
y al cabo y al fin lo pagan
las clases trabajadoras.
¿Qué les importa á los hombres
que pasean en carroza,
que el buen labrador arando
vierta el sudor gota á gota?
Mientras el pueblo lo paga
ellos viven y ellos gozan,
y lluevan bailes y orgías
y haya brindis y arda Troya.
Pero esto no viene al caso
en la crísis azarosa
que un escritor atraviesa
en la nacion española.
Volvamos á la justicia
del pueblo que no se nombra,
donde existió aquella casa
endiablada y misteriosa.
Yo no sé por qué razones
la justicia del lugar
ha dejado de pagar
sus muchas contribuciones.
Mas segun las gentes duchas

con quienes he consultado,
tal vez no las ha pagado
por lo mismo que son muchas.
La verdad es que las debe
y que sin gastar parola,
ha mandado el intendente
un comisionado en forma,
Con cuatro duros de sueldo
mientras el total no aflojan,
y la noticia se estiende
corriendo de boca en boca.
Esprime la bolsa el pueblo,
la suma pedida apronta,
temiendo que ascienda tanto
el total como las costas.
Y el pobre comisionado
marcha de allí con zozobra
de haber disfrutado poco
una pension tan golosa.
Antes perdices comia
del pobre lugar á costa,
y esto le duele dejarlo
aunque razon no le sobra;
Porque es muy triste que un pueblo
á tantos vagos socorra,

y que unos coman perdices
mientras otros comen sopas.
La bolsa queda esprimida,
mas la gente se alboroza;
el pueblo queda contento
y la justicia en sus glorias.
Y entregándose al jaleo
la juventud bulliciosa;
uno grita: ¡viva Pravia!
y el otro: ¡viva Piloña!
Junto á la casa del duende
hay una plaza espaciosa,
que no se ha visto mas grande
diez leguas á la redonda.
Y allí concurren los mozos
y allí concurren las mozas,
y allí cantando y bailando
el cotarro se alborota.
La dulzaina con salero
unas boleras entona,
tras de boleras fandango,
tras del fandango la jota.
Mas ¡oh poder del destino!
la gente que está en sus glorias
pronto verá oscurecerse

de su contento la antorcha.
Que de la casa del duende
salió una voz lastimosa
diciendo: ¡calle la gente!
¡cesen sus necias cabriolas!
¡Si algun mentecato juzga
que su suerte es venturosa,
ya se lo dirán de misas
para mañana á estas horas!
Y oyendo la triste voz
que estas noticias pregona,
la gente tomó soleta
pacífica y silenciosa.

III.

La noche oscura y terrible
es tan fria que acobarda,
y tanto sube el canguelo
como el termómetro baja.
Y pasan los habitantes
con el rigor de la escarcha
mas miedo que el viajero
que atraviesa el Guadarrama.
La luna que está en creciente
por el horizonte pasa
sin que en el pueblo perciban
su luz trémula y opaca.
Porque las espesas nubes
se confunden apiñadas
todas en monton formando
una impenetrable capa.
Nadie ronda aquella noche
silenciosa y solitaria,

solo entre sueños platican
los galanes y las damas.
Y así el que vela esperando
el suspirado «mañana»,
cuenta las horas fatales
que hasta ver el sol le faltan.
Sin que atruene sus oidos
alguna vision estraña,
ni el eco de alma viviente
ni el ruido de una ventana.
Ni otra cosa que el reloj
que como las horas pasan,
así las va repitiendo
con triste voz la campana.
Y es imponente el silencio
porque ni los perros ladran
ni los pollinos rebuznan,
y hasta los gallos no cantan.
La alcaldesa que es muy linda
ni sosiega ni descansa,
y la luz del claro dia
llena de impaciencia aguarda.

—

El alcalde testarudo
hecho el corazon pavesa,

dicen que dormir no pudo,
y por Dios que no lo dudo
si era linda la alcaldesa.

—

Por fin las horas transcurren
aunque con terrible pausa
para quien del sol espera
la luz matutina y clara.
Ya el bello sol que en el pueblo
hubo gente que pensaba
que le habian desterrado
á Manila ó á Canarias,
Su raudo curso siguiendo
del otro hemisferio avanza,
y á nuestro cenit soberbio
su altivo vuelo levanta.
Su luz la apacible aurora
por el espacio derrama,
dando al pueblo de los duendes
con su resplandor la calma.
Ya es de dia, los vecinos
abandonando la cama,
despues de dormir el susto
á las calles se avalanzan.
Allí es de ver á la gente

saludándose en la plaza;
entorpecida la lengua,
descoloridas las caras.
Y es de algun mocito insulso
tal la agitacion seráfica,
que de su miedo al impulso
ha conocido en su pulso
celeridad taquigráfica.
Cada cual cuenta asustado
los duendes y los fantasmas
que han afligido su mente
con ferocidad estraña.
Uno dice que el demonio
le ha llevado en cuerpo y alma,
en menos que canta un pollo,
quinientas leguas de España.
Que allí le encerraron dentro
de una anchurosa tinaja,
y sin saber cuando y cómo
ha amanecido en su casa.
Otro cuenta que las brujas
daban brincos en su sala,
y no entraron en la alcoba
porque el olor lo estorbaba.
Quién añade que un difunto

con su cruz y su mortaja,
vino á ajustarle una cuenta
de mucho tiempo atrasada,
Y quién que ha visto á su padre
que en el purgatorio brama,
y ruega le digan misas
por lograr de Dios la gracia.
El cual muerto presentóse
por la boca echando llamas,
con el cuerpo de alcornoque
y la cabeza de cabra.
Solamente el escribano
que pasea con cachaza,
cruza impávido y sereno
sin decir una palabra.
De todos escucha atento
las relaciones estrañas,
y en esta escena curiosa
se pasan dos horas largas.
Cada cual una mentira
forja y al punto la encaja,
los unos escuchan trémulos
otros se cubren la cara,
Pensando ver las figuras
que sus amigos retratan

tan feas y tan feroces
que al mas impávido espantan.
Entre tanto el escribano,
atrincherado en su capa,
arriba y abajo cruza
y escucha y observa y calla.

IV.

Dan las ocho, dan las nueve,
dan las diez y dan las once,
dan las doce y aun darian
las trece y media ó catorce,
Sin que cesen en la plaza
los cuentos de apariciones
que los crédulos escuchan
concibiendo mil temores.
Los grupos no se disipan,
prosiguen las relaciones
y acuden con mas noticias
los lugareños atrozes.
Unos de puro mentir
se quejan de los pulmones,
mientras inmóviles otros
las grandes mentiras oyen:
Y tales cual me figuro
los oyentes y oradores
parecen santos de yeso
mejor que estátuas de bronce.

El alcalde escucha absorto
y firme en sus opiniones
de brujería y de mágia
de este modo esclama á voces.

—

Señores : yo vi cabales
veinticinco regimientos
de figuras infernales
con sus cabos y sargentos
y banderas y oficiales.

Y observé en el trance aquel
con alma agitada , inquieta ,
que á la voz del coronel
los soldados en tropel
calaron la bayoneta.

Temí que me hicieran rajas,
viendo que, de muerte el sello,
caminaban con mortajas
al son de las tristes cajas
que tocaban á degüello.....

—

Y esto diciendo el alcalde
todo se puso en desórden
de unos tambores oyendo
el prolongado redoble.

—¿Habeis oido? esclamó—
y el viento zumbando entonces
repitió con eco horrísono
el ruido de los tambores.
Todos estaban atónitos,
y con fieros trasudores
hácia su casa medrosos
quieren emprender el trote.
Cuando por un callejon
que está á la parte del Norte
asoma en marcial aspecto
un capitan con cien hombres.
El capitan es feroz,
fogoso, valiente y jóven,
y adelantándose al grupo
que tiembla como el azogue:
—Mi visita no es en balde
les dijo sin sonreir:
¿quieren ustedes decir
dónde encontraré al alcalde?—
Y esto el alcalde escuchando
temiendo el riesgo que corre
embozado hasta las cejas
entre la turba se esconde.
Con el color de albayalde

de cólera el capitan,
volvió á decir —«¿me dirán,
dónde encontraré al alcalde?»—
Entonces el escribano
que la amistad no conoce
cogió al alcalde del brazo
sin decir oste ni moste.
—Pues no hay quien la cuenta salde,
dijo con sangriento afan,
no os enfadeis capitan:
aqui teneis al alcalde.
El capitan le contempla
con ira de tres bemoles
y el alcalde dice atento:
—Señor: estoy á sus órdenes.
El capitan muy corriente
respondió tambien cumplido:
—Señor alcalde, he venido
per órden del intendente.
—No comprendo qué razones
tenga ese señor á fé
justamente ayer pagué
todas las contribuciones.
—Se han descubierto las salsas
de este pueblo sin pudor;

usted pagó, sí señor;
pero fué en monedas falsas.
—¡Cómo!
—A mí nadie me gruñe
—Podrá ser, pero prevengo
que yo la culpa no tengo,
y aquí no hay quien las acuñe.
—Pues yo con toda certeza
decir al alcalde puedo
que si no aclara el enredo
pagará con su cabeza.
—Señor, mire usted que es falso.
—En menos que canta un pollo
averigüe usté el embrollo
porque le espera un cadalso.
—Estas son urdidas tretas
de algun perverso capricho.
—Alcalde, lo dicho dicho,
y á repartir las boletas.

—

Entonces el escribano
impávido adelantóse
y dijo, venid conmigo
que eso á mí me corresponde.

V.

Vamos, señor escribano,
el oficial dijo terne,
deme usté un alojamiento
de esos que dicen comedme;
Donde yo pueda dormir
ó rezar el miserere
sin que de dia ó de noche
me incomode mi asistente;
Casa grande y amueblada
que tenga buen gabinete;
en fin, la mejor del pueblo
ya que no pago alquileres.
El escribano escribió
recostado en su bufete:
«Don Lucas Perez del Campo»
—¿Quién es el don Lucas Perez?
—Es un hombre poderoso
que tiene viñas en Yepes,
y jardines en Valencia,
y en Andalucia aceite;
y en tierra de Campos trigo

y en el Occeano bajeles.
¿Le gusta á usted?
—No señor.
—Por eso poco se pierde;
y escribió en otro papel
«Don Melquiades Turuleque
alojará á un capitan
con caballo y asistente.»
—¿Dónde vive don Melquiades?
—En la calle de San Lesmes,
frente á la posada nueva,
número cuarenta y siete.
¿Le gusta á usted?
—No señor.
—Pues voto al chápiro verde
que si esto no le acomoda
no hallo cosa que le pete.
—¿Quiere usted que yo le indique
mi alojamiento?
—Corriente.
Esto el capitan oyendo
abrió las ventanas breve
y dijo ¿quién vive allí?
—¿Dónde?
—En la casa de enfrente.

—¡Señor! gritó el escribano.
¿No ve usted esas paredes
capaces de amedrentar
al ejército de Jerjes?
Hace treinta años señor
(ó lo menos veintinueve)
que en esa casa maldita
no penetra alma viviente.
—¿Con que está deshabitada?
por vida de San Silvestre
que me viene de perilla
para estar tranquilamente.
—¿Quiere usted entrar en ella?
—Sí señor, sin detenerme.
—Mire usted lo que se dice
antes que luego le pese.
Esa casa es el infierno;
tan pronto como anochece
se escucha un ruido espantoso
de calderas y sartenes.
Y luego arrastran cadenas
panderos y cascabeles,
á cuyo son los demonios
entonan á coro el *requiem*.
En fin, para hablar mas claro,

ya que usted no se convence,
baste saber que á esa casa
la llaman *casa del duende*!!!
El capitan que esto oyó
se levantó de repente
y al fatigado escribano
dijo en acento solemne.
—¿Con que en efecto eso pasa,
y hace treinta años cabales
que nadie habita esa casa
donde hay furias infernales
que á todos causan pavor?
—Lo dicho, dicho, señor.
—¿Las paredes que estoy viendo
están de demonios llenas,
que arrastran anocheciendo
tantas y tantas cadenas,
con espantoso furor?
—Lo dicho, dicho, señor,
—Temo que sea una treta;
señor mio, ¿usted lo entiende?
deme pronto una boleta
para la casa del duende.
—¿Tendrá usted tan mal capricho?
—Sí señor, lo dicho dicho.

Por vida de San Antonio:
desde que usaba manteos
que tengo vivos deseos
de conocer al demonio.
Esto colma mi delicia;
en ir á la casa insisto;
no esperaba vive Cristo
tan halagüeña noticia.
La boleta prontamente,
que tengo, de veras hablo,
ganas de tratar al diablo
dos minutos frente á frente.
Veré que tal es el bicho.
—¿Con que insiste usted en ver
las uñas á Lucifer?
—Sí señor, lo dicho dicho.
Y el escribano agoviado
frunciendo un poco la frente
tomó la pluma y papel
y escribió sobre el bufete.
«El alcalde está encargado
de abrir la casa del duende
para el señor capitan
con uno ó dos asistentes.»
—Alto, señor escribano,

eche usted ahí un borron ;
lo de asistente es en vano ,
con que sobra ese renglon.
—Pero.....
—Ya sé lo que pasa ,
aquí no hay trampa , no hay dolo ;
he dicho á usted que esa casa
la quiero para mí solo.
—Señor capitan , yo siento
que vaya sin compañía
donde el diablo acabaria
con todo su regimiento.
—No sea usted tan bolonio
que no necesito amigos:
si yo he de ver al demonio
le quiero ver sin testigos.
Y el capitan y escribano
salieron incontinenti
en busca del pobre alcalde
para que la casa abriese.
Y los dos van disputando ,
y los dos van en sus trece:
el uno dale que dale,
y el otro erre que erre.

VI.

Hácia la *casa del duende*
uno mústio y otro grave,
el alcalde va detrás
y el capitan va delante.
El uno marcha despacio
y el otro á paso de ataque,
que uno va de buena gana
y el otro de mal talante.
El uno desea huir
del demonio á todo trance,
y el otro abatir desea
las visiones infernales.
Y el uno á paso de topo
y otro á pasos de gigante,
uno canta de contento
y otro bufa de corage.
Y ambos á dos animados
por gustos tan desiguales
cuando uno grita ¡despacio!
el otro responde ¡avancen!

Cuando la casa descubren
¡qué portentoso contraste!
brinca el capitan de gozo,
tiembla de miedo el alcalde.
Abrió el alcalde la puerta
con indecision cobarde,
tiritándole las manos,
desencajado el semblante.
Y echándola de cortés,
pues yo sé que en casos tales
todos de bien educados
saben dar pruebas palpables,
—Adelante caballero,
dijo el síncero gañan.
—No, no, esclamó el capitan
malicioso, usted primero.
—Aunque es muy corta mi ciencia,
buen amigo, he calculado
que siendo usté el alojado
tiene aquí la preferencia.
—No venga usted con idilios;
entre usted, y no haya brega,
para que me haga la entrega
de todos los utensilios.
—Respeto la dignidad.

que es de humildad buen presagio.
—Yo, como dice el adagio,
«los mayores en edad.....»
No crea usted que me espante,
no tema usted que me asuste
—Capitan, cuando usted guste.
—Señor alcalde... adelante.
Así estuvieron los dos
cinco minutos cabales,
uno «pase usted» diciendo,
y otro diciendo «usted pase.»
El alcalde que evadirse
queria en tan duro trance,
pensaba tomar soleta
cuando el capitan entrase.
Pero este que no era lerdo
y comprendió en el instante
del alcalde socarron
el premeditado lance:
—Venga usté acá, bribonazo,
que si hay duendes ó difuntos
hemos de observarlo juntos.»
Dijo y le cogió del brazo.
Entró el capitan cantando
y mirando á todas partes,

como el que presume hallar
cosas sobrenaturales.
Y el alcalde, tiritando
(triste como agonizante)
entró tambien en la casa
sin dejar de santiguarse.
Apenas los dos pasaron
los misteriosos umbrales.
cuando la puerta encantada
quedó cerrada con llave.
—Huyamos de aqui al momento
que se ha cerrado la puerta.
—No es estraño, estaba abierta
y la habrá empujado el viento.
—Estos son negocios graves;
el viento, y hablo de veras,
podrá empujar las maderas,
pero no cerrar las llaves.
—¡Calle usted, qué bobería!
¿estará usted afligido,
cuando viene protegido
por tan buena compañía?
Y esto el capitan diciendo
sacó veloz como el aire,
dos pistolas martilladas

como trabucos de grandes.
Ni el menor ruido notaron,
ni vieron atrás ó alante
sombra, rastro ni reliquia
de espectros ó de cadáveres.
Pero hallaron con asombro
un escelente mueblage,
todo barrido y compuesto
como si alguien habitase.
Hay una mesa en la sala
de caoba y piedra jaspe,
y en la pared muchos cuadros
con sus marcos y cristales.
En la alcoba, que está abierta,
se ostenta un hermoso catre,
con cama de seis colchones
que está diciendo ¡descansen!
Y hay una silla al rincon
ancha, mullida, flamante,
con respaldo de baqueta
del tiempo de los Adanes:
Sobre la cual el soldado
puso parte de su trage;
dejó el sombrero y casaca,
y las pistolas y el sable.

Y despues siguió impertérrito
sin que nada le arredrase,
visitando de la casa
los mas oscuros lugares.
Hay una hermosa cocina
cuyas paredes iguales
son rivales de la nieve,
reverso del azabache.
Grandes sarmientos y teas
arden, arden y mas arden,
sin que nadie las atice
y sin que las sople nadie.
Y es lo mas raro de todo
ver al fogon calentarse,
una sarten con tortilla
y un puchero con potage.
—¡Bravo! dijo el capitan;
veamos qué pieza es esta:
¡hola! está la mesa puesta
con platos, cubierto y pan!
—¿Se ha enterado usted, amigo?
yo me voy.
—Está usted loco?
aguárdese usted un poco
y comerá usted conmigo.

—No quiero ser importuno.
—Mi intencion es la mas sana.
—Comiera de buena gana
pero es el caso que ayuno.
—Pues yo lo siento infinito;
marche usted si le interesa
que yo me siento á la mesa;
¡traigo tan buen apetito!
—Si usted me da su licencia.
—Vaya usted con Dios, compadre.

—

Salió el alcalde corriendo
metió con prisa la llave,
abrió, salió, respiró
cuando se encontró en la calle;
y mas cuando vió al salir
que sin que soplara el aire,
sin llave ni otro resorte
la puerta volvió á cerrarse.

VII.

Son las nueve de la noche
y el capitan se apresura
á descansar en la casa
que del duende se titula.
Encolerizado el viento
por los callejones zumba,
con tan horrendo bramido
que al mundo causa pavura.
En la casa de los duendes
ningun acento se escucha,
reina en todos sus rincones
el silencio de las tumbas.
Es el capitan impávido,
de tan singular bravura,
que ni de muertos recela
ni de los vivos se asusta.
A los difuntos desprecia,
pues fundadamente juzga
que ningun muerto se mueve
:

de la fatal sepultura.
Y mas desprecia á los vivos
por que sabe, y bien se funda,
que ante el poder de una bala
no hay mortal que no sucumba.
Las visiones y los diablos
ni le arredran ni le apuran,
ni tampoco le da un pito
de fantasmas ó de brujas.
Y así se acuesta tranquilo
dispuesto á volver tarumba
al primer bicho viviente
que su silencio interrumpa.
La vela deja encendida
recelando alguna burla,
que en tal caso el mas valiente
no debe quedarse á oscuras.

—

Dan las once de la noche
sin que alma viviente alguna
le interrumpa de canguelo
ó por ser pronto sin duda.
El capitan que impaciente
como un gavilan escucha,
siente que el duende no venga

y colérico murmura.
Cansado está de esperar
y así dormirse procura,
que el que espera desespera
y el otro no llega nunca.
De pronto un ruido se siente
que aquel silencio perturba:
se estremecen los cimientos
y las paredes retumban.
El capitan oye atento,
guarda la misma postura,
y mientras dura el estruendo
enciende un cigarro y fuma.
El ruido se va aplacando
y el capitan refunfuña,
cuando aparece en la alcoba
una siniestra figura.
Siete piés tiene de talla,
entre sábanas se oculta,
resguardando la cabeza
con una enorme capucha;
Entre la cual escondida
una luz, triste fulgura,
cual lámpara de sepulcro
que mas espanta que alumbra.

El capitan diligente
trabar queriendo la lucha,
sobre la cama se sienta
y ambas pistolas empuña.
—¿Dí quién eres, voto va,
ó de compasion no entiendo!—
Y la fantasma riendo
solo contestó: ¡ja, ja!
El capitan se enardece
viendo la pesada burla,
y con pulso inalterable
al duende inmóvil apunta.
Sale el tiro, el capitan
de asombro patea y bufa,
viendo que el duende siniestro
ni se altera ni se inmuta.
A la puerta de la sala
prosigue el fantasma horrendo,
y ¡ja, ja! siempre riendo
vuelve al soldado su bala.
El capitan al ataque
vuelve otra vez con bravura,
y le apunta á la cabeza
con la pistola segunda.
Salió el tiro, pero ¡quiá!

el duende impío y soez
volvió lo bala otra vez
siempre riendo ¡ja, ja!
Brama el capitan entonces;
se arroja al sable con furia,
y al duende se va, que rie,
con mas empeño que nunca.
—Duende ó fantasma ¿qué quieres?
dame aquí satisfaccion
de todo, dime quién eres,
ó te parto el corazon!
Entonces el duende calla,
de su trage se desnuda,
y lanzándose al soldado
entre sus brazos le estruja.
A la sala le conduce
con fuerza gigante, hercúlea,
y rechinando los dientes
da una patada y se tumba.
Abrese el suelo á este golpe,
se queda la casa á oscuras,
parece que un huracan
el pueblo entero sepulta.
Pero el pueblo está tranquilo
ni perros ladran ni aullan,

y solo da miedo el viento
que en los callejones zumba.
Tambien la casa del duende
queda tranquila y segura
despues que aquellos dos hombres,
que fieros la muerte buscan
al hundirse el pavimento
diciéndose mil injurias;
como sombras se deslizan
por una cueva profunda.

VIII.

Todo en la cueva profunda
es silencio y lobreguez,
el capitan admirado
ni siente, ni oye, ni ve.
A pesar de su osadía
viendo el siniestro revés,
marcada lleva en su frente
una mortal palidez.
Nadie á sus gritos responde;
¡qué soledad tan cruel!
parece que le ha tragado
la casa de Lucifer.
En vano llama y vocea,
sepultado en un amen,
dentro de la fria tierra
lo menos cuarenta piés.
Feroz se levanta entonces
gritando como un Luzbel,
y reconociendo el sitio

va de pared en pared.
—Duende impío, no me pasmas,
esclamó como un leon,
no me batais á traicion
y vengan veinte fantasmas.
¿A qué á esta mansion oscura
me echais con torpes manejos?—
Y una voz gritó á lo lejos:
—¡A darte la sepultura!!—
—¡Voto al Hacedor eterno!
¿dónde me hallo? ¿dónde estoy?
—Pronto á decírtelo voy:
camino vas del infierno.
El capitan asombrado
sintió temblarle los piés,
y el suelo donde pisaba
empezó á hundirse otra vez.
Y fué el capitan bajando
derecho como un cordel,
por la profunda vereda
con atroz impavidez.
No siente su triste suerte,
siente la traicion infiel
y estrellarse en el camino,
sin sus enemigos ver.

—Con esta trama estoy frito,
dijo á voces fuertemente,
no por miedo, soy valiente
y el morir me importa un pito.
Yo ante ningun ser me postro;
siento un ardor temerario
de ver cerca á mi contrario
para escupirle en el rostro.
El suelo entonces paró
sin que el capitan saber
pudiera en firme terreno
dónde estaba ni por qué.
Entonces hubo un estruendo
tan espantoso, pardiez,
que el bravo soldado acaso
tembló por primera vez.
—Por el que murió en la cruz:
una luz, gritó feroz.—
Y lejos dijo una voz:
— ¿Para qué quieres la luz?
El capitan brevemente
cuando escuchó el eco aquel,
cobró valor y firmeza
y no tardó en responder:
—Esa pregunta me enfada,

duende, diablo ó lo que seas,
si conocerme deseas
dame una luz y una espada.

El resplandor de una hoguera
se dejó al momento ver
en el piso y en el techo
y en las paredes tambien.

Siendo tan viva la llama
que el hombre llegó á creer,
que las tapias de la cueva
eran de cera ó de pez.

Estaba el recinto lúgubre
adornado todo él
por colosales estátuas
inmóviles mas de cien.

Quedó el capitan parado
sin distinguir ni saber
si estaba en el purgatorio,
en la gloria ó en Belen.

IX.

Asombrado el capitan
de la terrible esplosion
que hizo temblar las paredes
y la tierra estremeció,
Y tal vez mas asombrado
del siniestro resplandor
que el aposento alumbraba
triste, fatídico, atroz;
Quedó estático un momento
contemplando con pavor
el espectáculo horrísono
que le helaba el corazon.
Tendió la vista al costado
y el hombre se horrorizó
de no encontrar una espada
en tan crítica ocasion.
Pero dispuesto á luchar
brazo á brazo contra dos,
á provocar una riña

fu rioso se decidió.
Era el capitan impávido
hombre sin temor de Dios,
y á examinar las estátuas
curioso se encaminó.
Llegándose á la primera
que era arrogante y feroz
con el cuerpo de elefante
y cabeza de leon
—Pareces, dijo, la efijie
de Nabucodonosor—
y sin contestar palabra
la estátua se levantó.
El capitan al fantasma
fogoso se abalanzó
y arrojándolo en el suelo
dijo con solemne voz.
—Habla; que si no, te mato;
me quieres amedrentar,
pero has venido á encontrar
la horma de tu zapato.—
Púsola un pié en el pescuezo
con indecible rencor
y echando ternos y votos
con arrogancia añadió:

—En este lance cruel
conocerá el mas bolonio
que ó yo soy un San Miguel
ó tú no eres el demonio.
El fantasma que en el suelo
vencido se contempló
—¡Animas del otro mundo,
dijo, prestadme favor!!!
Los ojos en las estátuas
el buen soldado fijó
y observándolas inmóviles
como santos de carton,
Llegó á pensar que no habia
mas gente en la habitacion
y en la trabada contienda
se contempló vencedor.
Entre tanto que el soldado
con prudente discrecion
el encantado lugar
observaba en derredor,
El duende entre su ropaje
metió la mano y sacó
una espada que ocultaba
mas larga que un asador.
—¡Infeliz!! gritó enojado

el capitan que esto vió,
y agarrándose á la espada
que al duende arrancó veloz,
—Muere!! brujo, diablo ó duende
ardiendo en ira esclamó,
y el duende gritó de nuevo
—¡Socorro! ¡amparo! ¡favor!!
Tomó el capitan la espada
con indecible rencor
y en el pecho del vencido
la aguda punta fijó;
Cuando otra horrenda figura
presentóse con valor,
y otra vino detrás de esta
y tras estotra un monton.
Viendo venir hasta mil
el héroe, con rostro fijo
la espada esgrimiendo dijo
—Paso atrás, canalla vil
Entonces al capitan
cada duende se lanzó
y le hubieran echo trizas
si una magnánima voz
que salió de los cimientos
y el eco fiel repitió

no digera estas palabras
—¡perdon, hermanos, perdon!
El duende que fué vencido
levantóse y contestó:
—¡No hay perdon para el profano
que invade nuestra mansion.
Al oir la voz del duende
nada el capitan habló,
pero para sus adentros
dijo el bravo ¡vive Dios!
—Me parece que á este hermano
en otra ocasion he visto;
milagro será por Cristo
que no sea el escribano.
De entre el disfraz por los poros
uñas le vió de garduñas,
y esclamó al verle las uñas
¡él es, ciertos son los toros!
Volvió á sonar allá dentro
la melancólica voz
que dijo —¡venga el profano!
y el capitan acudió.
Abrióse una puerta falsa,
pasó el bravo sin temor
y un hombre de carne y hueso

sin disfraces encontró.
—Si algo quiere usted de mí,
dijo el capitan al hombre,
puede que aunque no le asombre
le pese; ya estoy aquí.
—Siéntese usted lo primero
y hablemos en buen amor.
—Primero será mejor
que sepa usted si yo quiero.
El hombre no misterioso
mostrando satisfaccion,
dió al capitan una silla
y en seguida se sentó.
—Yo no trato de reñir,
dijo, si prisa no tiene,
siéntese que le conviene
mis espresiones oir.
Ha dado usted testimonios;
sí, testimonios muy ciertos
de no temer á los muertos,
brujas, duendes ó demonios.
Viendo pruebas suficientes
quiero hacerle una merced
soy valiente como usted
y respeto á los valientes.

Le brindo con mi amistad
y si no basta con esto,
probaré que estoy dispuesto
á confesar la verdad.

Para las gentes cartujas
fantasmas es nuestro nombre,
pero á los ojos del hombre
ni somos duendes ni brujas.

Somos monederos falsos
para alimentar los vicios,
y usamos mil artificios
por temor á los cadalsos.

Cuando alguna alma atrevida
entra en nuestra habitacion
con culpable indiscrecion,
suele pagar con la vida.

Usted saldrá, lo prometo,
por ser hombre de valor,
si da palabra de honor
de guardar este secreto.

Se levantó el capitan
y con audacia esclamó:
—yo puedo salir de aqui,
le pese ó le plazca á vos.

—No es verdad, replicó el hombre.

—Dejaré de ser quien soy
si no salgo: ¿quién aquí
podrá impedírmelo?
—Yo.
Y esto contestando el hombre
cogió al capitan veloz,
y cual si fuera una guinda
de un brazo le levantó.
Convencióse el capitan
de que aquel hombre era atroz,
y calculó que con mucho
era su fuerza inferior.
Entonces tomó el partido
de callar y se calló;
y el hombre de la caverna
prosiguió su relacion.
—No me juzgue un mequetrefe
porque manda granaderos,
que hay terribles monederos
y de todos soy el gefe.
Por eso á mi compañía,
cuando á tan bravo soldado
pudo haber asesinado,
dí mi pregon de amnistía.
Y pues que salvarlo puedo,

retírese el capitan:
ya sabe usted nuestro afan;
lo demás importa un bledo.
—Acepto, dijo el soldado
cuando ya se convenció
del objeto de los duendes
en la lúgubre mansion.
Mas si no hay de encanto galas
si en nada hay de magia el sello,
¿cómo esplica usted aquello
de no pasarle mis balas?
—Voto al mismo Lucifer,
¿quién le mandó dejar solas
en la alcoba las pistolas
mientras se puso á comer?
—Ya lo comprendo; quizás
cuando descargué, á fé mia,
que la pistola tenia.....
—La pólvora y nada mas.
Lo demás de ningun modo
le sorprenda desde luego,
el ruido estraño y el fuego
juego de pólvora es todo.
Con que adios, amigo mio.
—Hombre generoso, adios.

—¿Me prometeis el secreto?
—Doy mi palabra de honor.
Tiró el hombre de la cueva
de un misterioso cordon,
y todo quedó en tinieblas,
dando al capitan pavor.
Entonces con violencia
le dieron un empujon,
cayó el capitan en tierra
y aletargado quedó.
Siendo mayor su estrañeza
cuando al despuntar el sol
en la alcoba de la casa
el capitan dispertó.
Tendido se vió en la cama
descansando á su sabor,
y su sable y sus pistolas
estaban en el sillon.

X.

En casa del escribano
entró el bravo capitan,
á las diez de la mañana
minuto menos ó mas.
Iba el capitan fogoso
con imponente ademan,
del alcalde acompañado
y otras gentes del lugar.
El escribano que estaba
recostado en un sofá,
se puso en pie saludando
con atencion y humildad.
Y al capitan, cuyo aspecto
le empezaba á amedrentar,
dijo quitándose el gorro
en muestra de urbanidad.
Pues tengo el gusto de verle
y mi acento dirigirle
sin ánimo de ofenderle,
diga en qué puedo servirle

si yo puedo complacerle.
El capitan respondió :
«los dos tenemos que hablar :»
y entonces el escribano
le dijo : «venga usté acá.»
Salieron del aposento
uno y otro sin chistar,
y cuando estuvieron solos
así dijo el capitan.
—Usted de servirme trata,
y por Dios que esto no es malo ;
yo tambien, hablando en plata,
le quiero hacer un regalo.
—¿Un regalo?
—En eso estoy.
Por eso traigo al alcalde;
quiero dar á usted desde hoy
casa segura y de balde.
—Mi bolsillo lo desea
porque esto á nadie le ofende;
es decir, como no sea
irme á la casa del duende.
Que ni de balde la quiero
por no sufrir un revés ;
aunque me dieran dinero

no pusiera allí los piés.
¿Es segura?
—Y tan segura
que aunque tenga mil doblones,
ni en la noche mas oscura
podrá temer los ladrones.
—Esto de raya se pasa,
será fuerte la pared;
mas ¿cuál es tan buena casa?
—La cárcel.
—¿Qué dice usted
—Cuando agradarle procuro
veo cesar su alborozo;
¿dónde está usted mas seguro
que dentro de un calabozo?—
El escribano afligido
volvió los ojos atrás,
no por huir las miradas
del guerrero capitan.
En un llamador que el aire
meneaba sin cesar,
sus desgracias barruntando
lanzó una mirada audaz.
La mano llevó al cordon
inspirado por Caifás,

y así estuvo silencioso
sin atreverse á llamar.
Quizá de alcanzar socorro
tuviera seguridad ;
pero al capitan temblaba
por su fuerza colosal.
Y volvió á soltar la mano
de aquel cordon singular,
recelando de su arrojo
un desenlace fatal.
Volvió al capitan los ojos
y aunque amedrentado ya ,
le dirigió la palabra
fingiendo serenidad.
—Que se me brinda concibo
con una amarga prision ;
usted tendrá su motivo,
mas no alcanzó la razon.
Yo que recuerdo un refran
obedezco con paciencia,
que á la fuerza , capitan,
dicen que no hay resistencia.
Este castigo inclemente
por Dios me tiene en Belen,
mi capitan, francamente,

¿ usted me conoce bien ?
—Escribano , con certeza
le respondo á usted que sí;
mas dígame con franqueza,
¿usted me conoce á mí ?
—Yo , sí.
—Yo tambien , por Dios.
—¿Pues ya qué duda tenemos ?
Si los dos nos conocemos...
—Nos conocemos los dos.
—Cuando entre tales garduñas
le ví á usted anoche , hermano ,
dige observando sus uñas;
«este me huele á escribano.»
Tal vez , dije yo, de aquí
ni el mismo diablo me saque;
pero sin embargo, allí
formaba mi plan de ataque.
Mañana, esclamaba ufano,
oh! de mañana no pasa,
iré á ver al escribano,
le registraré la casa.
—¡Mi capitan por favor!
¿y la palabra de honor?
—Si no hallo nada, está en paz ;

mas si hay algo, sin rebozo
le castigaré tenaz,
le meto en un calabozo.
—Mi capitan por favor,
¿y la palabra de honor?
—No ofenderé á sus consocios
pero él quedará ¡qué risa!
sin dinero, sin negocios,
sin calzones, sin camisa.
—Mi capitan, por favor,
¿y la palabra de honor?
—Capital buscaba inquieto
en tráfico criminal;
yo capital le prometo,
pero es pena capital.
—Mi capitan por favor
¿y la palabra de honor?
—Yo la solté y no es en vano,
mas sepa usted, caballero,
que si la dí al monedero
no se la dí al escribano.
¡Hoia, soldados, adentro!
gritó el bravo capitan,
y por la casa empezaron
un registro general.

Halláronse mil monedas
acabadas de acuñar;
duros, onzas, ochentines
y pesetas y demás.
Vino toda la justicia,
acudió la vecindad
al escribano amagando
con un arma cada cual.
—¡Pícaro, ladron! decian,
pagarás tu falsedad,
uno mostrando una espada
otro blandiendo un puñal.
Hasta que el vil escribano
temiendo la tempestad,
—Yo soy criminal, gritó;
mi crímen quiero purgar,
pero si me dais licencia
descubriré á los demás.
—Sí, sí, sepamos los cómplices
de ese crímen inmoral.
—Venid conmigo.
—Partamos.
—¿A dónde?
—Venid acá.
Y el escribano seguido

de casi todo el lugar,
y de todos los soldados
y del bravo capitan,
Hácia la casa del duende
en confusion infernal,
se dirigieron furiosos
para descubrir el plan.
Hubo miedo en los vecinos
de atravesar el umbral,
donde los duendes vivian
guiados de Satanás.
Pero viendo á los soldados
entrar con sangriento afan,
los vecinos indignados
tambien quisieron entrar.
El escribano taimado,
que era de todo capaz,
cuando vió la casa llena
desde la sala al corral;
Dió un silbido, y se cerró
con estrépito infernal
la puerta que estaba entonces
abierta de par en par.
Sacó el capitan el sable
y hácia el escribano audaz

se dirigió; pero este hombre
solo contestó ¡ja, ja!
Y pegando una patada
en una losa fatal,
estalló en toda la casa
una horrible tempestad.
El pavimento se hundió
con estruendo singular,
llevándose las paredes
y las personas detrás.
Desde entonces nadie quiere
acercarse á aquel lugar
donde reina por el dia
un silencio sepulcral.
Y por la noche los diablos
suelen salir á danzar,
con música de morteros
que vomitan alquitran.
Y entre el humo que despiden
como el humo de un tejar,
vaga la sombra fatídica
del escribano fatal.
Que ora se encoge y recoge
ora crece mas y mas,
hasta cubrir con su sombra

la tierra, el cielo y el mar.
Y cruza de nube en nube
imágen de Satanás,
siempre horrorizando al vulgo
con el terrible ¡ja, ja!

—

Personas habrá que duden
de esta historia la verdad,
y otras habrá que lo crean;
á mí lo mismo me da.

TIC-TAC.

NOVELA ORIGINAL

Su auto.

Wenceslao Ayguals de Izco.

8

PRIMERA PARTE.

I.

En un magnífico salon lujosamente amueblado, aparece un hombre de mediana edad, vestido de negro, precedido de un criado que le suplica aguarde en aquella sala á su señor, á quien va á entrar el recado.

Preséntase á poco rato el señor conde de Monteflor, hombre de la misma edad, pero de un carácter estremadamente jovial.

—Oh señor médico! esclamó el conde frotándose las manos. Aunque las visitas de los que egercen la profesion de usted no son muy apetecibles, que digamos, agradezco la puntualidad. Siéntese usted.

Se sientan los dos personages y el conde continúa:

—El asunto es bastante delicado, y no para tratarse así como quiera; de consiguiente, si tiene usted que prestar algun auxilio interesante, no haga usted el menor cumplimiento por mí. No le conduzco á la otra sala donde tengo varias damas de visita, amigas de mi pupila; porque quiero hablar á solas con usted.

—Estoy enteramente á las órdenes de vuecencia, respondió el facultativo.

—Déjese usted de tratamientos, por Dios, que aunque conde, me rio yo de las necedades de la alta aristocracia. Yo soy muy amigo del pueblo, para que vea usted que tambien en nuestra clase hay personas que tienen sentido comun, si bien es preciso confesar que son muy pocas. Aquí donde usted me ve, dijo el conde, bajando la voz y mirando en derre-

dor, soy republicano como el primero, con que ya puede usted considerar si me sentará bien la mogiganga del tratamiento. Nada de eso, ya que por desgracia no estamos en el caso de tutearnos, como los franceses del gorro colorado, hablaremos á lo menos con el síncero lenguage de la amistad. Le necesito á usted largamente, pues se trata nada menos que de la salud de mi hijo.

—Está enfermó? preguntó el médico.

—Y tanto, respondió el conde con afliccion, que no creo se haya jamás egercido el arte de usted en una enfermedad tan rara como la que padece mi hijo. En primer lugar será muy del caso hacer un bosquejo de las cualidades del paciente, para que pueda usted formar acertado concepto de sus dolencias. Perdone usted si en la descripcion que voy á esponer de sus prendas parezco escederme en su elogio; pero debe ser así, aunque me esté mal el decirlo, pues tal vez depende de mi franqueza la vida de mi querido hijo y la felicidad de la mia.

—Una pregunta suelta, señor conde, esclamó el médico, y disimule usted mi llane-

za. Penetra usted bastante en lo interior del condesito para poder dar acertadas instrucciones al facultativo? Digo esto porque en la clase de usted hay ciertas etiquetas...

—Ciertas tonterías, dirá usted mejor, repuso el conde, que yo detesto en el alma. Ya se lo he dicho á usted antes. Bien sé que muchos, engreidos tal vez de la nobleza, á que les elevó mas que el mérito el acaso, creen envilecerse si abandonan cierta prosopopeya fastidiosa que les arrebata hasta las dulces conmociones del cariño paternal. Yo, el primer amigo de mi hijo, le he educado republicanamente; he procurado que la síncera franqueza de la amistad reine en nuestro trato, y me lisonjeo de no haberle dado jamás el menor motivo de reserva. Crea usted que los privilegios de mi linage, lejos de producir orgullo en mí, nunca borrarán de mi corazon los virtuosos principios de la democracia; únicos, en mi concepto, para obtener la felicidad doméstica y el aprecio de la gente sensata. Los que llaman *plebe* al honrado pueblo, se reirán de mí, me insultarán cuando yo no esté presente... porque son co-

bardes; pero los insultos de los malvados y de los tontos, honran al que tiene la dicha de merecerlos.

—Viva! esclamó con entusiasmo el médico. Viva, señor conde, viva! Esa es la verdadera nobleza. Un grande orgulloso es el ente mas pequeño de la sociedad. Usted sigue la recta senda de la moral.

—Así parece habérmelo manifestado el cielo, continuó el conde, dándome un hijo, cuyas bellas prendas me hacen el padre mas dichoso del mundo. Desde su infancia empezó ya á dar las mas lisonjeras esperanzas. Su tierna madre, sin aquel mimo vicioso tan perjudicial á la niñez, tributóle todos los desvelos del verdadero cariño maternal..... mientras su padre procuraba infundirle los sentimientos de honor que agitan su corazon republicano, y darle una educacion escogida. Venturosamente no fueron sembrados nuestros afanes en un terreno ingrato; pues ya en los primeros años de su juventud, vemos que ha correspondido el éxito á nuestros deseos. Es liberal como su padre... amante y protector de los hijos del pueblo... siempre amable,

vivaracho, robusto, cada dia nos hace concebir mas lisonjeras esperanzas.... Mas ay! apenas cumple los veinte y dos años de su edad, cuando cierta melancolía...

—Habia adolecido otras veces de ella? preguntó el facultativo.

—Jamás, respondió el conde, ha estado sujeto á mas dolencias que las que son inevitables á la niñez; pero aun en estas conservaba siempre la misma jovialidad que en el estado de salud.

—Y cuál es ahora su conducta?

—Madruga muchísimo, busca los paseos mas solitarios, habla únicamente cuando es indispensable, se rie rara vez como por fuerza... exhala hondos suspiros... y lo mas particular es que jamás se queja... Sus ojos miran con languidez, pierde el color... en suma, solo se puede contar entre los vivientes porque no está enterrado.

—Pésimo estado, esclamó el médico tomando un polvo; pero nada nuevo.

—Lo peor de todo, añadió el conde, es que no quiere pasar por enfermo. Ha resuelto sin embargo mudar de clima..... ya lo tiene to-

do pronto para un largo viaje, pero yo he deseado hacer esta última tentativa, y ha condescendido á mis deseos retardando su partida que estaba señalada para hoy.

—Es muy antiguo su mal?

—De unos dos meses.

—Y no habia manifestado otras veces melancolía?

—Parece que usted no me ha entendido. Un jóven segun la descripcion que acabo de hacer, robusto, fuerte, buena figura, talento despejado, noble..... y esto es lo de menos, muy rico... y esto es lo mas importante, dueño de sus acciones, y con un padre amoroso por amigo, dónde podria hallar motivos para semejante melancolía?

—Y dónde los halla ahora, sin embargo de mediar todas esas mismas circunstancias?

—Qué sé yo!...

—Pues á mí se me antoja que he dado ya con el busilis del asunto.

—Cómo así?

—Como que á veces una pasion...

—Quite usted allá por Dios!... Qué pasion ni qué calabaza, si no ha conocido mi hijo

en su vida mas que la pasion de la beneficencia, como hija de un alma virtuosa....

—Tambien es hija de un alma virtuosa la pasion del amor.

—Amor... sí... amor!... apuradamente es eso lo que deseo yo con mas ahinco, y no puede él dudar de la satisfaccion que yo tendria en este caso. Mil veces le he dicho que escoja una jóven de la clase, edad y condicion que quiera, mientras sea virtuosa; pues con tal de que llene su gusto llenará todos mis deseos.

—Y sabe el señorito esos sentimientos de usted?

—No ha de saberlos, santo varon, si repito que se lo he dicho mil veces, y continuamente le estoy suplicando que se enamore en gracia de Dios... pero nada... me deja con mis eternas súplicas, por manera... que solo por ver si le animo con el egemplo... he resuelto enamorarme yo de una linda muchacha..... y.....

—Pues dígole á usted que no está malo el arbitrio.

—Si viera usted qué ojillos!... yo estoy lo-

co por ella..... ya se vé.... qué sacrificios no hace un padre por sus hijos! Mil veces me ha dicho, «papá mio, por qué no vuelve usted á casarse? Su edad de usted... (43 años cabales) su estado..... su dicha lo exige.....» Yo... qué habia de hacer?... me enamoré por complacer á mi hijo.

—Lindamente.

—Y no le parezca á usted que anduve á ciegas en la eleccion. Busqué una novia, y hallé una enamorada con todos los atractivos de la juventud y de la hermosura.

—Oigan!

—De modo que solo espero que usted vuelva á mi hijo su antigua jovialidad para efectuar mi casamiento.

—Pues manos á la obra. Cuándo podré ver al enfermo?

—Ahora mismo; pero quiero prevenirle antes, porque como ha dado en la manía de no querer estar malo... Voy, voy á convencerle. Metámosle una vez en la danza y luego dará de sí el negocio..... verdad usted, señor doctor?

—Así lo espero.

Marchóse el conde frotándose las manos, y el médico dijo para sí:

—Qué señor tan amable y jovial!... Pero lo que acaba de decirme relativamente al estado de salud de su hijo no es suficiente. Tal vez sacaré mejor partido de algun criado de entera confianza.

En esto vió atravesar la sala inmediata al óven que le habia ido á buscar y le llamó.

II.

—Qué manda usted? dijo presentándose el criado.

—No podia hablar con algun criado de la entera confianza del señor conde el jóven?

—Del amo jóven? repuso el criado. Perdone usted mis dudas, pues no carecen de fundamento. En esta casa tenemos la costumbre, entre la familia, de llamar jóven al viejo, y viejo al jóven.

—Hablo del hijo, añadió el facultativo.

—Ah! sí, del amo viejo. Yo mismo tengo el honor de ser su mayordomo.

—Desde cuando acá?

—Desde que existe en el mundo.

—Pues amigo tienes razon en llamarle el amo viejo.

—Somos de una misma edad. Tuve la desgracia de perder á mi padre... Fué fusilado con el valiente Torrijos. Mi padre era muy liberal, añadió el jóven con orgullo, y algunas lágrimas saltaron de sus ojos..... despues de una breve pausa contínuó:

—Quedé huérfano, y el conde jóven, esto es, el padre, movido de la generosidad de su corazon, me recogió y me ha mirado siempre mas como amigo que como criado del amo viejo, que es el condesito.

—Qué gerigonza es esa? preguntó el médico aturdido. No se puede saber á qué viene esa revolucion de edades?

—Silencio, señor, respondió el criado; pues esto es moneda falsa que solo tiene curso entre los criados, sin que los amos lo sepan. Sabe usted de qué proviene todo ello? De que el hijo piensa y hace lo propio que un señoron de respeto, mientras su papá salta y brinca, siempre vivaracho y alegre como

un jovenzuelo de quince abriles, á pesar de tener sus cincuenta diciembres largos de talle; pues hace mas de siete años que le oigo decir que tiene 43. El primero aborrece á las mugeres de corazon, mientras el otro va á casarse con una niña como unas perlas.

—El padre? repuso el médico.

—Como suena, prosiguió el criado. Una niña que está tambien en esta casa por la generosidad del buen conde papá. Huérfana como yo: por haberle fusilado á su padre los carlistas, la recogió el señor conde; pero la hizo educar como correspondia á su clase. Al cabo era hija de un honrado escultor... y digole á usted que si todas las obras de este artista guardan tan bellas proporciones, bien adquirida era su celebridad. Vienen á visitarla otras señoritas tan lindas como ella... Vaya, la baba se me cae hablando de estos angelitos de Dios. Ay señor, poco sabe usted lo que yo padezco contemplando á estas avecillas del Paraiso! Que delicia es ver mientras uno reparte el refresco, las blandas palpitaciones de aquellos cándidos pechuelos, cuya blancura da vergüenza á la misma leche de

los vasos y á la nieve de los sorbetes! Pero lo mas particular de todo es, que entre esta encantadora reunion de hermosas ninfas, cuyos atractivos son capaces de hacer volver el juicio al ente mas insensible, ni una sola puede vanagloriarse de haber causado la menor impresion en mi amo. No obstante (añadió el criado dando una palmada despues de haber estado un breve instante pensativo) digo mal ahora que me acuerdo, pues.... oiga usted... oiga usted... aquí para entre nosotros. El otro dia creyéndose solo, se asomó á la ventana que da al jardin, y dirigiéndo su vista hácia la callejuela de los naranjos, que es el paseo de las gentes del gran tono, hizo mil gestos cariñosos, y hasta echó un tierno beso que á buen seguro no iba dirigido al jardinero.

—No pudo usted traslucir el blanco de este amoroso tiro?

—No por cierto. Ya se ve, como iban pasando varias señoritas, no era operacion tan fácil como parece á primera vista.

—Y frecuentan esas señoritas la casa?

—Vaya si la frecuentan! Apuradamente son de las que mas sobresalen en los repetidos

bailes y conciertos que da el amo jóven, esto es, el padre. Como que son las amigas íntimas de su futura.

—Y hace mucho que sucedió eso?

—Lo del beso?.... calle usted.... habrá.... qué sé yo?... Solo me acuerdo que fué en uno de los primeros dias de la melancolía del amo viejo.

—Del hijo?

—Eso es... ya veo que entiende usted nuestro lenguaje.

—Basta, basta, amigo mio, mil gracias.

—Tiene usted algo mas que mandarme?

—No, querido; te agradezco cuanto acabas de decirme.

El criado se retiró, diciendo para si:

—Qué amabilidad!... Quisiera que me diese un tabardillo pintado, para tener el consuelo de verme asistido por un sugeto tan apreciable.

El médico quedó solo sumergido en profundas reflexiones.

—Está visto, decia para sí, el pobre condesito está perdidamente enamorado; pero de quién? Aquí está el intríngulis de la di-

ficultad. A la verdad que no sé yo si semejante curacion corresponde á todo un médico de fama, porque eso de meterle á uno á faraute dudo que sea decente en un señor de borla. Lindo reparo por cierto! tratemos de salvar á este jóven de la inquietud que padece, y diga el mundo lo que quiera. Ello es enredadillo el asunto; y á fé, á fé, que no sé yo cómo llegar á puerto de salvacion. Si me dirijo al mismo paciente para arrancarle una confesion sincera, intento un imposible, segun la descripcion que de su genio me ha hecho el padre, y si voy por otras sendas, van á oponérseme mil obstáculos al paso. De esta hecha ya veo yo que no hay ingredientes para el recipe.

En esto apareció el conde de Monteflor.

III.

—Albricias, albricias, señor facultativo! dijo el conde, siempre frotándose las manos. Mi hijo está malo, muy malo!..... Qué alegría!... Mucho me ha costado hacérselo confesar; pero al cabo se logró mi intento y le tenemos ya metido en la danza. Quiere hablar con usted... Va á llegar al instante; con que ya puede usted aguzar el talento en su curacion. Usted es mi amigo, el médico de la casa desde hoy en adelante con 50,000 reales anuales y dos caballos á su disposicion en la cuadra.

—Señor conde...

—Y si mi hijo se restablece, queda á mi cargo la fortuna de usted, pues, á Dios gracias, me concedió el cielo bastantes riquezas para... Pero cuánto podrá durar la curacion? ocho?... diez dias?

—Primero es preciso ver cuando se puede empezar. Sabiendo esto, es obra de breve tiempo... asunto de una hora.

—De una hora! esclamó el conde saltando de alegría como un chiquillo; y abrazando al médico, añadió: oh médico insigne! Es decir, que mañana podré ya celebrar mi casamiento? Cómo diablos se maneja usted para hacer tales prodigios?

—Sigo un método particular, que muchas veces parece cosa de juego, respondió el facultativo, y despues de tomar un polvo añadió; pero yo solo exijo que se atienda á los resultados.

—Ya tengo noticias de eso, repuso el conde, y lo cierto es que hace usted curas estupendas. En mi concepto es usted el mejor médico del mundo.

—Ese concepto de los hombres de talento,

es el que mas me conviene. Pues señor, manos á la obra. Es indispensable para mis proyectos que durante mi conversacion con su hijo de usted, todas las damas que frecuentan diariamente esta casa, pasen atravesando este salon una despues de otra.

—Este salon?

—O el que se me destine para el careo con el enfermo.

—Qué rareza! Y pertenece esta procesion á la cura?

—Tal vez; pero debe hacerse la cosa de modo que nadie llegue á sospechar que hay en ello intencion...

—Pues dígole á usted que no ofrece poca dificultad semejante morondanga! esclamó el conde; y despues de haber estado largo rato meditabundo, añadió: no obstante..... todas esas damas se hallan precisamente en casa y... calle!..... feliz idea! En esa otra pieza tengo varias joyas preciosas para escoger el regalo de boda que quiero ofrecer á mi futura; diré á las señoras que pasen á verlas para que me aconsejen con franqueza sobre cuales debe recaer mi eleccion, advirtiéndolas

que deben ir entrando una despues de otra en el espresado gabinete, para que cada una me dé su voto sin la influencia de ageno parecer, y pueda yo dar la preferencia á las que reunan mas sufragios. Supongo que nada importará que yo las acompañe?

—Escelente pensamiento! Sobre todo es menester que no haya la menor esclusion... hasta la novia debe dar su parecer.

—Y debe tambien pasar como las otras.... Bueno será colocarla la tercera.

—Se entiende.

—Bravo!..... número tres..... Vaya que el lance es gracioso! Sabe usted que tiene usted un modo de curar muy divertido? Número tres eh?... Corriente. Pero amigo, perdone usted mi franqueza, yo creo que usted ha calificado la enfermedad de mi hijo de amor. Si así fuese, hubiera usted errado el tiro de medio á medio. Cuando uno ama y tiene en su mano todos los medios de satisfacer su pasion, no puede esto inspirar mas que jovialidad. Apuradamente tiene usted en mí el mejor espejo. Tengo yo trazas de enfermo?

—No por cierto.

—Con que ya ve usted que el amor no enferma. Ay, ay, que llega! añadió el conde viendo que su hijo se aproximaba. Voy á hacer mi papel en esta farsa. Ah! ya entiendo... Quiere usted divertir por este medio al paciente. Si logra usted hacerle reir una sola vez, pleito ganado.

El conde se retira y aparece su hijo.

IV.

El hijo del conde de Monteflor se llamaba Cárlos. Tenia 18 años de edad, bella figura, y vestia con elegancia sin afectacion. Su pelo ensortijado era negro y lustroso, sus ojos tambien negros espresaban melancólica languidez, y el color moreno amarillento de su rostro hacia mas interesante sus agraciadas facciones.

—Siento mucho, señor médico, dijo saludando con amabilidad al facultativo; que se le moleste á usted por mi causa.

—Es obligacion, no molestia, señor con-

desito, respondió el médico. Crea usted que daré por bien empleados mis desvelos, si logro con ellos el restablecimiento de la salud de usted.

—Qué devaneo! esclamó Cárlos. Es fuerza que usted se desengañe, amigo mio, mi padre, el mejor del universo, desde poco tiempo á esta parte ha dado en el tema de que yo estoy enfermo. Y por qué? porque no tengo el genio alegre como en otro tiempo.

—Cómo! tenia usted en otro tiempo el genio alegre y ahora no? preguntó el facultativo.

—Qué hay en esto de particular? Sin estar uno enfermo, los años hacen mil mudanzas en nuestro modo de obrar y sentir.

—Con todo, permítame usted decirle que semejantes mudanzas no suelen acontecer con tanta frecuencia como usted supone, y particularmente el genio no se altera sin motivos poderosos. Genio y figura...

—Hasta la sepultura, dicen las viejas; pero ya ve usted que el refran es muy vulgar...

—Pero no por eso es menos cierto. El que es naturalmente melancólico, solo al impul-

so de alguna sensacion estremadamente agradable se rie, así como el que es jovial jamás pierde su alegría si una amargura vehemente no se la arrebata. Yo me acuerdo muy bien, señor condesito, de haberle visto á usted pocos meses hace, y en su afable aspecto brillaban todos los atractivos de la juventud y de la robustez.

—Y ahora no, eh? Es natural, añadió Cárlos cansado ya de aquella conversacion que aumentaba su mal humor... de lo contrario no tendria necesidad de ponerme en manos del facultativo.

—La aspereza de esas espresiones pertenece al *status morbi*, y en casos como este, es preciso que el médico lleve con paciencia el mal humor del enfermo.

—Qué rígido es usted! replicó el condesito como ruborizado.

—Es preciso ir con mucho pulso para habérselas con un médico, dijo este sonriéndose. Pero no nos separemos de la cuestion. Usted está enfermo, y en vano pretende ocultar lo que la sincera naturaleza hace ostensible. La perspicacia de un padre, puede fá-

cilmente dejarse llevar de ilusiones ficticias, pero no la del médico, y á la verdad que esa aversion en no querer confesar la veracidad de los males de usted, es muy perjudicial. Ese disimulo, esa obstinacion en querer ahogar unos sentimientos que la naturaleza produce, van á destruir enteramente esa máquina...

—Quiero suponer que así sea, dijo Cárlos interrumpiendo al facultativo... Qué importa la mera destruccion de esta máquina?

—Entre los filósofos, replicó el médico, nada; pero esta raza de mentecatos no existe ya en el dia... con que es preciso no andarse con repulgos de empanada, como suele decirse, y buscar el remedio al mal.

En este instante una dama á quien el conde conduce de la mano, atraviesa el salon. El médico pulsa al enfermo.

—Qué encuentra usted? dice el condesito.

—Nada de particular; pero yo tengo la costumbre de pulsar muy amenudo. Tal vez le parecerá á usted pesada esta ceremonia, indispensable á mis observaciones.

El conde solo, frotándose las manos con

aire de alegría, pasa en busca de otra dama.

Entre tanto continúa el anterior coloquio en los términos siguientes:

—Siempre es una satisfaccion para mí, dice Cárlos, recibir la mano de un hombre de bien.

—Gracias, señorito. No dudo que teniéndome usted en tan ventajoso concepto, querrá honrarme con el título de depositario de la confianza de usted.

—Si tuviera algo que confiar, creo que no podria dar semejante nombramiento á persona mas digna de él.

El conde atraviesa con otra jóven el salon, mientras el médico pulsa al enfermo, y este que ni remotamente sospecha la intencion del facultativo, añade lleno de candor.

—El pulso, en mi concepto, no puede manifestar otra cosa mas que el natural estado de la circulacion de la sangre.

—O su alteracion, respondió el médico con ironía.

El conde pasa solo como antes.

—Otra vez, señor médico!

—Es mi costumbre, ya se lo dije á usted,

—Vamos y qué encuentra usted de nuevo?

—Me parece que no tardaré en descubrir cierta cosa...

—Veamos pues, veamos si dá usted pronto con esa cierta cosa.

El conde atraviesa el salon con su novia, El condesito suspira al verla, y el médico, que permanecia pulsando al enfermo, esclama con alegría:

—Albricias!

—Qué es eso, señor médico?

—Tic... tac... tic... tac... Ya está descubierta la cierta cosa.

—Qué diablos es esto, señor mio? dijo Cárlos con gravedad retirando bruscamente el brazo. No parece sino que hayamos venido aquí para dar el espectáculo del pulso. Se acabará esta farsa?

—Voy á dejarle á usted solo para que concluya la primera parte.

—En la segunda borre usted mi papel.

—No soy el autor. Ay amigo mio! la naturaleza, madre universal de cuanto existe en este globo de miserias, mira con ojos de compasion el arte de los hombres, cuyos es-

fuerzos quedan ilusorios cuando se empeña aquella en descubrir los mas ocultos arcanos. Dice usted que no tiene nada en este mundo que confiar. Así reusa usted los consoladores oficios de una acendrada amistad? Ha concebido usted una pasion vehemente, calla y sufre, y sacrifica usted su vida á una consideracion... á un sentimiento de honradez! Absorto estoy! Su interior de usted ha correspondido plenamente á mis deseos. Reciba usted la promesa de un hombre honrado. Si necesita usted la mediacion de la amistad, todos mis esfuerzos quedan consagrados á la voluntad de usted. Si juzga usted indispensable el secreto, soy hombre de honor.

Hizo el médico un respetuoso saludo y se ausentó.

Cárlos amaba apasionadamente á la que iba á ser esposa de su adorado padre. Cárlos era un buen hijo y preferia la felicidad de su padre á la suya propia... y todo esto acababa de ser descubierto.

—Dios mio! decia el desventurado jóven Qué es lo que me sucede? Una simple pal-

pitacion puede haber descubierto mis afanes?... puede haber vencido todos los esfuerzos del amor filial? Demasiado cierto es !..... Todo lo sabe... pero no importa... callará.... callará... lo ha prometido. Ah padre mio!... mi querido padre! Grande es mi sacrificio... tal vez no podré sobrevivirle... pero antepondria yo la felicidad de mi buen padre á un egoismo punible? Jamás. Estos principios no caben en mi corazon, en donde han sembrado tus desvelos las semillas de la virtud. Obedezcamos las leyes del deber... abandonemos este pais... muramos si conviene antes que pagar con ingratitud los beneficios paternales.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

I.

Mucho estrañó el conde que el facultativo se hubiese marchado sin despedirse de él, ni siquiera darle parte del resultado de sus investigaciones. Receló si se habria resentido de alguna espresion de su hijo, y mandó que al momento salieran varios criados en su busca en distintas direcciones.

—Mira tú qué gracia! decia á su hijo, irse

de buenas á primeras sin decirme una sola palabra del estado de tu salud!

—Pero qué espera usted de su ciencia? repuso Cárlos. Charlatanerías y nada mas. A la verdad, desde que han empezado las visitas de ese buen señor, se me antoja que estoy verdaderamente enfermo.

—Con que confiesas al fin tu enfermedad?

—Conozco, padre mio, que la mudanza de aires me seria muy conveniente. Este pais me perjudica mucho.

—Y desearias partir?

—Sí señor.

—Cuándo?

—Hoy mismo.

—Convengo, dijo enternecido el conde; pero partirás conmigo.

—Se burla usted? esclamó Cárlos.

—No, hijo mio. Partirás conmigo y con mi futura esposa. Considera qué seria de mí sin tu compañía. La vida me seria insoportable.

—Desea usted pues que me quede? añadió sumamente conmovido el condesito.

—Yo deseo..... deseo..... lo deseo todo y nada. Por tu salud, deseo que partas; pero por la mia, fuera mejor que te quedases, la tuya es mas preciosa, continuó enjugándose una lágrima que se deslizaba por su megilla, con que... parte... parte...

—Así no, no consintiendo usted de buena voluntad, no debo...

—Tú eres el único dueño de tus acciones, ya lo sabes..... Mas bien que padre, he sido siempre tu amigo... Haz lo que gustes, pues me consuela la idea de que no podrás vivir largo tiempo sin tu primer amigo, ni este puede encontrar en tu ausencia quien se interese por su felicidad.

—Olvida usted una tercera persona, padre mio.

—Mi novia, es verdad, contestó el conde recobrando su habitual alegría, y frotándose las manos segun costumbre, añadió: Dios mio! solo hablando contigo puedo olvidarla. No sabes todavía cómo esta amable criatura ha cautivado mi corazon. No te lo he dicho? Creo que mi mejor recomendacion para con ella es la de ser tu padre. Se interesa tanto

por tí... Te mira con tan cordial afecto!.. No parece sino que me trate mas como padre que como amante. Esto me da á conocer la nobleza de su alma.

Estas espresiones aumentaban la turbacion y angustias que el enamorado condesito padecia. Oía elogios del objeto de su amor!.. estos elogios salian de la boca de su rival... y á pesar de todo, lejos de ser este rival aborrecido... era un padre generoso que merecia por todos conceptos la ternura filial.

—Oh sí, esclamó Cárlos ahogando su dolor... Usted será enteramente feliz con ella, padre mio.

—Enteramente no, si tú faltas, replicó el conde con bondad. Ni sin tí es caso de pensar en mi casamiento; pues una de las condiciones es no llevarle á efecto ínterin no recobres tu antigua jovialidad.

—Padre mio, un tercero no debe perturbar la felicidad de usted.

—Un tercero! esclamó el conde con sorpresa. Un tercero! Bien sabes, ingrato, que en la dicha de esta casa y de mi corazon no eres el tercero. Un tercero!.. Aquí, añadió con es-

presion poniéndose la mano en el pecho, has ocupado siempre un lugar privilegiado. Apesar de todo, haz lo que quieras..... parte..... quédate..... tu voluntad es la mia.

—Osaré besar esta bondadosa mano en mi despedida? dijo Cárlos asiendo la mano de su padre y llenándola de besos y de lágrimas.

—Cómo? eselamó tambien llorando su padre, ahora ya?.. Y á dónde pretendes dirigirte?

—A París. Ya sabe usted que todo estaba preparado... que solo se ha suspendido mi viaje para ver si el nuevo doctor alcanzaba mi curacion.

—Ya que estás resuelto..... Cabalmente tengo en París algunos asuntos pendientes, y será del caso darte algunas instrucciones... No querrás detenerte siquiera un par de horas?..

—Si usted lo exige... está bien.

Cárlos besó cariñosamente la mano de su padre y se retiró á su aposento, á llorar su desgracia. Hacia demasiado tiempo que estaba comprimiendo su dolor... Necesitaba estar solo para dar espansion á su amargura. Lo

terrible del sacrificio que hacia, solo pueden concebirlo los que hayan amado con frenesí: pues el amor de Cárlos era un delirio contra el cual luchaba acerbamente el amor filial. Este venció por fin: pero no sin destrozar el tierno corazon de su víctima.

Por otro lado el padre estaba muy lejos de sospechar la pasion de su hijo, y no veia en su enfermedad sino el único obstáculo que se oponia á su dicha. Qué ganaba con la próroga del viaje de su hijo? Dos horas pasan luego y estas debia emplearlas escribiendo las instrucciones prometidas...

En esto anunció un criado la próxima llegada del facultativo. El buen señor aprovechó los momentos para instruir á unos conocidos suyos, del papel que debian egecutar en el proyecto que habia concebido, conforme se verá en el curso de esta leyenda.

II.

—Perdone usted señor conde, dijo al entrar en el salon el facultativo. Perdone usted si no le he traido antes noticias del estado de salud del condesito. El caso es bastante árduo, y exige mucho tino y madurez.

—Agradézcole á usted sus buenos oficios, respondió el conde, pero ya son inútiles.

—Cómo así?

—Como que mi hijo está para partir.

—Desgraciado! esclamó el médico con misterio.

—Desgraciado? Por qué desgraciado? pre-

guntó con ansiedad el conde. Una mudanza de clima, añadió, no puede serle favorable?

—Si así lo cree, dijo el médico tomando un polvo... buen viaje!.. Limpióse con la mano el chaleco donde habia caido un poco de rapé, y añadió con voz afligida: En todas partes hay sepultureros.

—Sepultureros! esclamó sobresaltado el conde. Está usted en su juicio?.. Con que en vez de curarle me le cuenta usted ya en el cementerio?

—Es tan crítico el estado de su hijo de usted!..

—Con que conoce usted ya su enfermedad?

—Sí señor.

—Y la cree usted incurable?

—Hablando en general... no señor; pero ciertas circunstancias estraordinarias, la hacen de dificil curacion.

—Por el amor de Dios, esplíqueme usted este enigma! Cómo se llama el mal de mi hijo?

—Amor.

—Amor?

—Sí señor... el condesito ama; y su pasion, lejos de ser una mera galantería, es una pasion vehemente... un fuego inestinguible. Seguramente es su primer amor, segun la profunda herida que acaba de hacer en su alma inocente.

—Pobre hijo mio! Y por qué no quiere nombrar el objeto de su pasion?

—Ah! señor... desgraciadamente le conozco y... hé aquí las circunstancias estraordinarias de su dolencia que la hacen incurable. Considere usted mi situacion, señor conde, usted me honra con su confianza, y con la satisfaccion imponderable de elegirme médico de su hijo de usted. En este interesante jóven veo una generosa criatura, que en el terrible estado en que se halla, ostenta el mas eminente egemplo de virtud y de heroismo. Estas prendas encantadoras me hacen desear con ahinco su amistad: busco ocasiones de probarle la veracidad de mis sentimientos... sus dolencias me afligen... tengo tal vez en mis manos el remedio... y la sola idea de labrar su felicidad me estremece... y no me atrevo...

—Qué diantre de contradicciones son esas?

—Es que usted no sabe á quién ama su hijo de usted.

—Y usted lo sabe?

—Lo sé por mi desgracia.

—Por su desgracia?

—Y cuando usted lo sepa...

—Por Dios, sáqueme usted de ansiedad.

—Mucho le pesará á usted saberlo.

—Por qué razon?

—Porque su hijo de usted ama...

—A quién?

—Su hijo de usted ama... á la que dentro de tres dias debe ser mi esposa.

—Qué dice usted! Dios mio! murieron todas mis esperanzas.

El conde se deja caer sobre un sofá. El médico toma un polvo, y despues de un rato de silencio, se aproxima al conde y le dice:

—Señor conde?.. Se digna usted oir una palabra de consuelo?

—Consuelo!.. consuelo!.. despues de haberme dado un golpe tan atroz.

—Quizás...

—Qué quizás ni qué gaitas!.. Quizás mi hijo se está muriendo... quizás voy yo á seguirle al sepulcro... quizás será usted la causa de todos estos infortunios... quizás... Tiene usted otro quizás que añadir?

—Quizás mis esfuerzos podrán salvarle. Sosiéguese usted, señor conde, y no nos acaloremos en un asunto que exige mucha tranquilidad. Ya sabe usted el interés que me tomo en favor del condesito... y cuánto desearia darle pruebas de una verdadera amistad.

—Sí... amistad!.. amistad!.. Solo en donde reina la república existen almas generosas que saben sacrificar hasta su vida en obsequio de sus amigos... pero aquí... dónde están esos héroes?

—Verdad es que desgraciadamente abundan los egoistas; pero no por eso deja de haber corazones sensibles que abrigan esos sentimientos de fraternidad que usted recomienda.

—Ah mi querido amigo! dijo el conde levantándose del sofá, y luego frotándose las manos, añadió: Dígame usted con franqueza, es usted aficionado á la vida campestre?

—Con estremo.

—Y no tiene usted ninguna posesion en el campo?

—Ninguna.

—Yo tengo varias... La de la parte de Aranjuez es deliciosa. Nada deja que apetecer. Allí encontrará usted cuanto Dios crió.

—Será un gusto vivir en ella?

—Figúrese usted!.. No!.. pues y la biblioteca? Allí los autores mas clásicos en medicina... en... y luego aquel jardin de plantas exóticas...

—Vea usted ahí un tesoro para un médico! dijo el facultativo sonriéndose.

—Ya se ve que lo fuera, añadió el conde con gravedad... y... la verdad... maldita la falta que á mí me haria... pero... lo que es así... ah!.. entre paréntesis, no creo que sea usted mucho mas jóven que yo...

—Llevo ya mis cuarenta y cinco á cuestas.

—Y la novia?

—Diez y seis.

—Cáspita! pues es notable la diferencia. Y no teme usted que luego... Es hermosa?

—Como un ángel.

—Y está usted muy enamorado de ella.

—A los cuarenta y cinco años es difícil enamorarse.

—Oh! eso es mucha verdad. Apuradamente el matrimonio origina tantas penalidades!.. Luego... una niña de diez y seis años... por mucho que usted merezca... dentro de quince años nadie le quitará á usted sus sesenta debajo del peluquin... ella tendrá treinta y uno... Hay mozalvetes atrevidos, que se dedican á pertubar la paz de los matrimonios, y lo peor de todo es que suelen conseguirlo á costa de los pobres maridos... y... Además un médico necesita mucha tranquilidad... y si empiezan á llover chiquillos propios y acaso agenos... Qué dice usted?

—Yo no digo nada... pero... en efecto conozco que el matrimonio trae consigo algunas impertinencias que...

—Toma si las trae! No... lo que es para vivir con sosiego, mi casa de campo. Para usted como de molde. La desea usted?

—Y en pago de ella?

—En pago de ella... no sé si me atreva á decirlo.

—No es preciso que usted lo diga, pues hace rato que lo he penetrado.

El médico saca con mucha cachaza la caja del tabaco, la abre, toma un polvo, la cierra, se limpia la pechera, y vuelve á guardar la caja en la faltriquera de su frac. Hace tres estornudos seguidos á los cuales dice el conde tres veces *Dios le asista á usted*, y tres veces contestó gracias el facultativo. Luego saca este un rico pañuelo de seda, se suena con mucha prosopopeya, y esclama:

—Con que mi novia... por un jardin de plantas exóticas? Forme usted mejor concepto de mí, señor conde. No cedo yo mi novia por un vil interés; pero por el entrañable afecto que usted y su hijo me merecen, estoy resuelto á hacer este sacrificio, siempre que dependa de mí solo.

—Pues de quién mas puede depender.

—De la interesada.

—No sé si me atreva... Perdone usted si soy algo imprudente. Se trata de la salvacion de un hijo. No me permitiria usted hablar con ella?

—Como usted guste, y si logra usted con-

vencerla, renuncio á mis derechos. Justamente vive en esta calle, número 5, cuarto principal. Es hija de don Claudio Mendoza.

—Le conozco de vista. Deme usted mil abrazos.

El conde abraza estrechamente al facultativo, y frotándose de alegría las manos esclamó al marcharse:

—La casa de campo es de usted. *Nolens volens* debe usted acceder á mis deseos... y... aun es escasa la recompensa.

III.

—Al freir será el reir, decia el facultativo contemplando cuán alegre se retiraba el señor conde. Pobre señor! añadia, siento que se moleste inútilmente, pero es indispensable. Conviene mucho para no cometer una imprudencia, que nos trace él mismo la senda que debemos seguir para salir de zarzas y matorrales sin que nadie quede ofendido. Don Claudio está bien enterado de mi proyecto, su hija tiene talento, son mis amigos y me harán quedar airoso.

Estaba distraido el médico en estas refle-

xiones, cuando una voz llena de dulzura vino á interrumpirlas. Era el acento encantador de una jóven muy linda, vestida con elegante sencillez. El lector habrá seguramente adivinado que esta peregrina beldad era la novia del señor conde, la causa de los acerbos padecimientos de su hijo.

—Señor médico, dijo con la mas candorosa ansiedad esta interesante niña, cómo se halla el condesito? Hágame usted una esplicacion detallada del estado de su salud.

—Su salud, señorita, respondió tristemente el facultativo, me da muy mala espina..... puede compararse á aquellas tiernas florecillas que ostenta el cándido pecho de una bella dama, pues aunque moran en el santuario de la hermosura, donde mas se manifiestan las palpitaciones de la vida, destrúyense insensiblemente y quedan al fin marchitas sin tomar la menor parte en aquellas deliciosas respiraciones.

—La descripcion es verdaderamente poética, replicó la novia.

—Tambien tiene algo de poético la enfermedad; pero la medicina hará su efecto. Este

amable é interesante jóven vive..... pero..... ¡cómo vive! con una fiebre que le devora! Observe usted su color amarillo... sus ojos lánguidos.....

—Por Dios, dijo la novia interrumpiendo al facultativo, no martirece usted mi corazon sensible. Harto lo veo, y no atino á concebir la razon de sus acerbos males.

—El condesito nutre una pasion tan violenta como virtuosa.

—Una pasion! Quién es el objeto de ella?

—Eso es lo que falta averiguar, y como en materias de amor, ven mas los ojos de una niña que el médico mas lince, ayúdeme usted, señorita, á salvar una vida tan interesante.

Al decir el facultativo, *ayúdeme usted, señorita*, la cogió de la mano, como en ademan de súplica. Esta accion en aquel momento en que aquella inocente jóven se hallaba totalmente distraida por el interés que tenia para ella el asunto de que se trataba, parecióle tan natural, que lejos de retirar su mano, asió con la otra cariñosamente la cadena de oro del reló del médico y jugueteando con ella como si el facultativo fuese un antiguo ami-

go de toda su confianza le dijo con voz tierna y llena de candor.

—Pero... por qué calla? Qué muger no se tendría por dichosa de merecer su mano?

—La que creyese faltar con ello á las leyes de la gratitud, respondió con gravedad el médico, y en este caso se halla la jóven en cuestion.

—Es un dolor!

—Ya se ve que es un dolor! su mano está ya apalabrada, añadió el facultativo, que mientras tenia asida con su mano derecha la de aquella jóven, habia llevado disimuladamente la izquierda para pulsarla.

—Apalabrada! esclamó la novia sumergida en profunda meditacion.

—Sí señora, dijo el médico, y luego añadió con resolucion: y esta interesante jóven es... usted.

—Yo!!!.. Dios mio!.. Y quién lo ha dicho?

—El mismo.

—No es posible.

—Y usted le corresponde.

—Señor médico!.. Y tambien lo ha dicho él?....

—No... Eso me lo dice... su pulso de usted, que es un testigo infalible.

—Qué osadia! esclamó la novia, retirando su mano con precipitacion.

Reinan algunos instantes de silencio, durante los cuales el médico saca su caja y toma pausadamente un polvo segun su costumbre.

La novia que se habia separado de él algunos pasos, se le aproxima de nuevo y dice con acento de turbacion.

—Toda vez que nada puede ocultarse á la penetracion de usted, es preciso que considere que las leyes de la virtud exigen el secreto.

—La virtud y el disimulo, respondió el médico, difícilmente pueden hermanarse. Amando al hijo, añadió en tono grave, tiene usted valor para engañar al padre, y cree obrar debidamente por que lo sacrifica todo á una delicadeza reprensible! Dónde está esa virtud tan decantada? Considere usted las consecuencias fatales de semejante modo de obrar. No lo dude usted, incauta niña, el remordimiento será un dia el galardon que ob-

tendrá la obstinacion de usted con la cual hace tres infelices.

—Qué dice usted!.. respondió asustada la enamorada jóven. Un viaje tal vez... el tiempo... los recuerdos del deber... Qué cruel es usted!.. usted sí que es quien hace aquí tres infelices. Yo ingrata hácia un hombre que mísera huerfanita, me prefiere á mil damas dignas de su elevada clase? que, bienhechor generoso, me prodiga contínuamente nuevos motivos de agradecimiento?.. Jamás.

—Dígame usted, amable jóven, replicó el médico con dulzura, y esa beneficencia que con mano generosa derrama sobre las virtudes de usted el señor conde, no quedaria mejor recompensada si enamorada esposa de su hijo dedicaba usted sus afanes y desvelos á darle una vejez tranquila y feliz, que entregándole un corazon que tiene ya otro dueño, y que miraria siempre con odio á su desgraciado usurpador? Qué responde usted?

—Usted me estremece, dijo la novia conmovida.

—El conde se acerca, qué resuelve usted?

—Dios mio!.. No puedo permanecer aquí... Debo ocultar mi agitacion.

Y al decir esto huyó precipitadamente.

IV.

—¡Cáscaras! esclama el conde al presentarse, observando la fuga de su pupila. No parece sino que á mi novia se le ha pegado la enfermedad de mi hijo. Veo que está triste, y que lejos de venir á recibirme con el agrado que siempre me manifiesta, trata de evadir mi presencia. Qué significa esto?

—Esto significa, respondió el médico maliciosamente, que todo el mundo está enfermo en esta casa. De los susodichos está ya la enfermedad conocida y solo falta que se ponga usted en cura. Vamos, qué ha adelantado usted en el consabido asunto?

—Nada, contestó desesperado el conde. Su novia de usted es una hiena con aparencias de ángel.

—Graeias por ambos epitetos, dijo el médico, y despues de un rato de silencio, lanzando un suspiro añadió: ¡Ay señor conde!... en qué situacion tan triste me encuentro!... estoy desesperado!..

—Qué es lo que ha sucedido? esclamó el conde asustado.

—Una mala inteligencia, dijo el facultativo haciendo rayas en el suelo con la punta del baston, hace á veces cometer los mas crasos desatinos. Su hijo de usted no está enamorado de quien yo me figuraba.

—Cómo que no? dijo el conde asombrado.

—Pues entonces quién es la que le tiene ciego de amor?

—Su novia de usted, contestó el médico con rapidez.

—Eh?.... Qué ha dicho usted?.... preguntó lleno de sorpresa el conde.

—Que el condesito, dijo el facultativo, prononciando cada palabra con marcada claridad, se muere por la novia de usted.

—Es posible? dijo el conde; y despues de un breve silencio, añadió con espresion: bien está!.. que se muera!.. yo no renuncio á mi novia!.. estoy resuelto á casarme.

—Yo tambien, esclamó el médico remedando el tono del conde. Nada importa la muerte de un enamorado.

Despues de un largo silencio, durante el cual se muestra el conde sumergido en las mas profundas reflexiones, dice al facultativo, con voz estremadamente conmovida.

—Pero es cierto lo que acaba usted de decir?

—De que nada importa la muerte de un enamorado? dijo el médico... Oh! no... eso no ha sido mas que hablar por hablar. Quién seria tan cruel que mirase con indiferencia la muerte de un jóven tan amable?.... Semejante tiranía no es propia de corazones republicanos.

—Bruto hizo matar á sus propios hijos.

—Bruto fué un bruto.

—No es esa la cuestion. Lo que yo preguntaba, y lo que deseo saber es si es cierto que mi hijo está enamorado de mi novia.

—Esa es su enfermedad.

—Y no podria haber aquí otra mala inteligencia?

—No señor.

—Y no le parece á usted que el tiempo y la ausencia pueden ayudarle?..

—A un pordiosero se le dice «¡Dios te ayude hermano!» ya ve usted cuánto mas preciosa es la proteccion de Dios, que esa que quiere usted dispensar á su hijo del tiempo y de la ausencia. Pero ya que usted da por inalterable su plan de matrimonio, hablemos tambien algo del mio, señor conde. Sepa usted que no dejan de mortificarme aquellas reflexiones que usted me hizo no hace mucho tiempo sobre la diferencia de edades, y los peligros que corre en estos tiempos el hombre entrado ya en años que se casa con una niña agraciada y bella!.... Casi, casi estoy por renunciar á mi casamiento!.. Es tan duro eso de entrar en la ganadería..... Qué me aconseja usted?

—Déjeme usted en paz, contestó bruscamente el conde. Vive Dios que no estoy para chanzas. Haga usted lo que usted guste; pero por lo que á mí toca...

—Usted no debe atormentarse por nada ni por nadie en este mundo. Eso de sacrificarse por los demás, y mucho menos por sus hijos, se estilaba allá en los tiempos de los sueños dorados, en los paises donde habia república; pero en estos tiempos de positivismo y desmoralizacion, dónde existen tales héroes?

Al oir estas palabras encendiose de entusiasmo el rostro del conde y con vehemente espresion, difícil de describrir, esclamó:

—Aquí hay uno.

—Viva el amor paternal! gritó con alegria el facultativo, y ambos interlocutores se abrazaron.

—Mucho confiaba yo en la generosidad de ese corazon! Dijo conmovido de placer el médico.

—Válgame Dios! repuso el conde. Me creia tan feliz!.. Y quién tendrá valor para dar esta noticia á la novia?

—Usted.

—Y si se porta como la otra?

—Pierda usted cuidado sobre eso, respondió el médico sonriéndose. Acuérdese usted

que cuando se trataba de mi novia era una mala inteligencia quien dirigia nuestros pasos, pero ahora es todo realidad, y en este caso, sin querer ofender á usted, me parece que entre un novio jovencito y..... un papá, no puede ser dudosa la eleccion.

—Y si mi hijo, conociendo el sacrificio que voy á hacer...

—Su hijo de usted es un jóven verdaderamente capaz de sacrificarlo todo al amor filial: pero tiene talento y conocerá fácilmente que no por eso pierde usted á la amable condesita. Se hará cargo que si como esposa hubiera sido el consuelo de usted, lo será ahora como hija, teniendo la doble satisfaccion de verse ayudada por un tierno esposo en los cuidados que á usted le prodigue, y acaso mas adelante los frutos de este hermoso lazo cooperarán tambien á proporcionar á usted una vejez tranquila y deliciosa. Permítame usted ir en busca de la interesada.

V.

El conde se quedó solo, entregado á inmensas reflexiones, mientras el facultativo entró en las habitaciones interiores en busca de la novia.

—Estos sábios son el diablo!.. decia el conde. Ha sabido reducirme á un estremo que me deja absorto. Lo que son las cosas! Para el nacimiento de mi hijo me fué indispensable una esposa y para evitar su muerte debo renunciar á otra!... Esto es doloroso.

En este momento se presentó la novia mas hermosa que nunca porque el rubor habia en-

cendido el carmin de sus virginales megillas.

—Con que lo sabe usted todo? esclamó inocentemente. Crea usted que sin la intervencion del señor doctor, todo quedaria aun oculto.

—Ya lo sé, respondio el conde. Usted me es sumamente grata... pero debo suplicar á usted que no haga mas acerba esta desunion.

—Yo creo que no le será á usted acerba esta desunion, despues de lo que le ha descubierto el señor médico acerca de los sentimientos de mi alma. Cómo podria usted dar fé á una promesa que dictó solo la gratitud? Ni como recibiera usted ahora con agrado la mano de la que sabe usted que tiene otro objeto en su corazon?

—Dios mio! esclamó asombrado el conde, qué es lo que oigo?

En esto aparecieron el médico y el condesito.

—Padre mio; dijo Cárlos, me ha dicho el señor médico que usted me llama.

—Cuándo partes? preguntó el conde con enojo.

—Solo espero la bendicion de usted, respondió el hijo suspirando.

—Pues que sea pronto... lo oyes?.. muy pronto... repitió con visible alteracion el conde, y añadió con amargura: pero llévate contigo... á tu esposa.

Y señaló á la novia.

Luego enjugándose los ojos continuó:

—Ya no podemos vivir juntos!.. Partid felices... ya teneis mi bendicion. En la dicha ó en la adversidad hallareis siempre abiertos los brazos de un padre.

El médico toma el pulso con ambas manos á los dos jóvenes y esclama:

—Tic... tac... tic... tac... tan iguales como si no hubiese mas que uno. Sea el parabien. Y al decir esto juntó las manos de los jóvenes.

—Al fin vivo!.... esclamó el enamorado Cárlos arrojándose á los piés de su amada y besándola con entusiasmo la mano.

—Sí, Cárlos, contestó llorando de alegria la inocente jóven. Sí, vivís... y para mí.

—Y para mí tambien, añadió el conde, repuesto ya de su primera impresion. Señor médico, ya no se habla mas de viaje. Las bo-

das han de celebrarse con toda solemnidad. El hijo de un conde republicano se casa con la honrada hija de un artista. Esto es sublime.

—Mas sublimes son los egemplos de virtud, que he admirado en pocas horas, dijo enternecido el facultativo.

—La virtud, hijos mios, es la verdadera nobleza dijo el conde. Yo bendigo con toda mi alma vuestra union. Y luego frotándose jovialmente las manos añadió: El médico no se separa ya de nosotros... le he regalado mi casa de campo con el jardin de plantas exóticas, y vamos á ser felices viviendo juntos en republicana fraternidad; y vosotros, hijos de mi alma, me vais á proporcionar un ejército de republicanitos.

FIN.

EL DIA DE S. ISIDRO.

POR

Juan Martinez Villergas.

EL DIA DE SAN ISIDRO.

CANCION

dedicada á mi amigo el inimitable artista D. Francisco de Borja Tapia (1).

A San Isidro vamos,
niña del alma,
que allí nos llama el eco
de las campanas.
Anda morena
ven á eclipsar las flores
de la pradera.

—

—Mi madre estólida
es tan ridícula,
como benéfica
siempre fuí yo.

(1) El mismo señor don Francisco de Borja Tapia se ha encargado de poner esta cancion en música.

Con cuyo obstáculo,
señor don Próspero,
siento muchísimo
decir que no.

—

—¡Cuánto la vieja sierpe
me mortifica!
¿Para qué habrá venenos
en la botica?
Ya viene el coche;
vámonos de bureo
hasta la noche.

—

—¡Oh suerte pícara!
con este escándalo
mi madre cócora
me reñirá.
Pero aunque estúpida
brame de cólera,
señor don Próspero,
vamos allá.

—

Ea, mi bien, marchemos:
no haya dolores;
y el nectar apuremos

de los amores.
Ven alma mia
ya estamos de camino
—¡Arre, pulía!

—

Vamos á la pradera
de San Isidro
¿Oyes con qué alborozo
cantan los grillos?
—No siento nada.
—Pues aprieta, cochero.
—¡Arre, zagala!

—

Mientras reza en San Andrés
doña Rita zalamera,
con amoroso interés
don Próspero y doña Inés
caminan á la pradera.

Llegó al galan el momento
que hace tiempo deseaba;
dejadle, si está contento,
que con su dulce tormento

vaya pelando la pava.

Platiquen á troche y moche
pues no hay que esperar mas males
que al cabo no van de noche
y hay ventanas en el coche
y son claros los cristales.

Y aunque camina pausado
el viejo coche simon,
no hay que temer un pecado;
pues va siempre circundado
de una inmensa procesion.

Cada cual arde en deseo
de competir en la lid,
que este es dia á lo que veo
de jarana y de jaleo
para el pueblo de Madrid.

Parece todo un serrallo:
unos en caballos hallo,
muchos en coche arman cisco
y otros van en el caballo
que llaman de san Francisco.

A la misma aristocracia
tan estraña algarabía
cae segun vemos en gracia:
este es el único dia
que reina la democracia.

Agrúpanse en la revista
sin saber cuándo ni cómo
la beata y la modista,
el general y el artista,
el marqués y el mayordomo.

No hay rencores ni cangüelo
ni presuncion ni etiqueta;
allí alternan sin recelo
la blonda y el terciopelo
la levita y la chaqueta.

Ni hay gente fina ni basta
(libertad á toda luz),
todo con primor contrasta;
el que lo tiene lo gasta
y el que no, se hace una cruz.

Pero todos van gozando

y á nadie el pesar embarga,
á uno se le ve bailando,
á otro corriendo ó brincando,
y otro se tiende á la larga.

Yo, si tengo de ser franco,
puedo jurar que me alegro
viendo, al bajar el barranco,
á una manola lo blanco
y á una enlutada lo negro.

Porque con tal desenfado
á todo la fiesta obliga;
y si á cazar va en vedado,
el menos afortunado
llega á prenderse en la liga.

No falta labriego astuto
que cuida sus intereses
pagando al santo un tributo
y recoger suele el fruto
al año menos tres meses.

Que esta de Adan es la herencia,
y conozco, y no me pasmo,

de estos dias la influencia,
porque sé por esperiencia
lo que puede el entusiasmo.

Yo de mirar me confundo
tanta gresca y tanto baile.
¡Oh que placer sin segundo!
¿Y habrá mortal en el mundo
que quiera meterse fraile?

No! De ninguna manera
por vida de San Ginés,
yo aplaudiré hasta que muera
que vayan á la pradera
don Próspero y doña Inés.

—

Ya que en la pradera estamos
Inés mia por fortuna
dame ese brazo y corramos
las tiendas una por una.
—¿Qué venden? —Mil maravillas
—¡Campanillas!!!
—Aprisita y no haya flema;
vamos mas pronto que un rayo,

que me abrasa, que me quema
el ardiente sol de mayo.
—¿Qué gritan aquellos chicos?
—¡Abanicos! !!
Todos marchan agrupados,
todo es bulla. —¡Los molletes!!
—¡Qué confusion! —¡Los torrados!!
—¡Qué guirigay! —¡Ramilletes!!
—Vamonos que estoy en brasas
—¡Ricas pasas!!
A la sombra de una tienda
que mis ilusiones fragua,
ven á apurar la merienda.
—¡La aguadora! ¡quién quiere agua!!
¿Quiere usté agua? —No señora.
—¡La aguadora !!

—

Recostados á la sombra
se miran poco despues
del campo en la verde alfombra
don Próspero y doña Inés.

El hambre los acribilla
y consumen sin apuros

don Próspero la tortilla,
doña Inés los huevos duros.

No en balde su sed exalta
la menestra y el alióli,
que en tales casos no falta
el frasquito de rosoli.

Los amantes se dan vaya
y apuran en dulces quejas
el perfecto amor y andaya,
la rica leche de viejas;

Licores frecuentemente
compuestos en tal funcion
con agua, con aguardiente,
con azúcar y almidon.

Cuyo admirable despojo
si se bebe con esceso,
al que antes era mas flojo
le suele poner mas tieso.

El juicio entonces vacila,
llueven botellas y frascos,

la merienda se aniquila,
las cazuelas se hacen cascos.

Y á esplayarse en la pradera
va don Próspero despues
unido á su compañera
la señora doña Inés.

Allí bailan muy corrientes
agenos de adusta saña
mil retoños diferentes
de la provincia de España.
¡Viva la caña!

Vale mas un andaluz
si entona tiernos cantares,
que todas las pantomimas
de la gente de futraque.

—¿Qué dice usté? ¡buena es esa!
no hay nada malo en España,
tio Ramon, basta de caña,
venga jota aragonesa.

Los señoritos de acá

que nos llaman gente idiota,
no saben tan bien la K
como nosotros la jota.

Pero ¡calla! en nuestro corro
hay un gallego, no es nada,
á ver si se esplica el zorro,
que cante la gallegada.

—

Lo que priva en el mundo
es un gallegu
con unos calzonaizos
que meta miedu.
Siga la broma
y el que tenga merienda
que se la cuma.

—

El ruido se hace escesivo,
siguen bailes y canciones,
los gritos y los pregones,
las músicas del Tio Vivo.

—

Y huyendo impávido

de aquel estrépito,
que cansa el tímpano
por todo un mes,
De amor frenético,
las cuestas rápido
sube don Próspero
con doña Inés.

—

Entre aquellos tejares
con su muchacha
don Próspero fogoso
entra y se agacha.
¿Dónde irá el loco?
ustedes no lo saben
ni yo tampoco.

ORIGEN DEL CARNAVAL.

POR

Wenceslao Ayguals de Izco.

ORÍGEN DEL CARNAVAL.

Repicando castañuelas,
redoblando el atabal
se nos viene con las risas
el travieso Carnaval.

Confesemos que es una singularísima cosa el Carnaval. No hay formalidad posible en cuanto él aparece. No hay gravedad que no vacile, ni prudencia que no titubée. Grandes y pequeños, hombres y mugeres, imbéciles y sábios, varones de reflexion y mozal-

betes evaporados, todos se interesan con mas ó menos ardor en su efímero tránsito; nadie se le muestra completamente abyecto. El Carnaval es un periodo de disipacion y de locura: atesora placeres para todas las edades, diversiones para todos los gustos, distracciones para todas las clases. Las máscaras, los bailes, los festines, son los primeros elementos que satisfacen en estos dias toda suerte de exigencias.

La vida del hombre es un donoso mosáico, pero compuesto de piedras falsas: toda ella es una farsa ridícula que mientras haya hombres seguirá representándose en este pícaro mundo. Ahí, sin ir mas lejos, tiene usted gentes que durante once meses y medio del año, cifran toda su atencion y conato en parecer prudentes, discretos, reservados, sensatos y juiciosos en fin; que se martirizan acaso para ostentar un esterior que jamás pueda dejar concebir de ellos ni una idea de atolondramiento, de ligereza ó estravagancia. Cuando hablamos, cuando hablais vosotros mismos, lectores amados, sin que sea esto un agravio, cuando hablo yo..... cuan-

do hablan todos, en una palabra, procuramos hacerlo con moderacion, con toda la reflexion posible para que no se nos tenga por tontos ó por escapados de alguna casa de Orates; pero hete aquí que llega el mes de febrero repartiendo á todo bicho viviente mascarillas y dominós y..... patatrás ¡Dios nos tenga de su santa mano! todos los andamios de las bellas apariencias esteriores de prudencia y circunspeccion se desploman.

Bien conozco que la gravedad de la vida reclama algun intermedio de desahogo. Es una necesidad confesada y atendida en todos tiempos y por todos los siglos. Un corto periodo de locura alarga la existencia del hombre: todos los pueblos han reconocido esta verdad. Los antiguos judíos tenian su *goral,* los persas y los babilonios sus *saceas*, los griegos sus *kronias*, los romanos, mas ardientes en todo, tenian no solo sus *saturnales* como los griegos, sino tambien sus *bacanales* y *lupercales*. Los judíos modernos tienen su *purim*, los musulmanes su *beyram*, los ingleses su *christ-mas* y los demás pueblos el *carnaval;* pero observad bien, mis amados

lectores, que la esencia de todas estas fiestas antiguas y modernas ha sido siempre la mesa, el baile, las máscaras, las diversiones, la risa.

Celebrais el Carnaval en gracia de Dios; pero ¿sabeis bien lo que es el Carnaval? El Carnaval es una licencia para que toda persona decente pueda correr como un loco por esas calles de Dios con un rabo mas largo que el de Luzbel, y un pedazo de carton en la cara, haciendo el oso delante de todo el mundo.

Los primeros sacerdotes cristianos se desgañitaban declamando contra las bacanales; pero las locuras de aquella época habian echado demasiado hondas raices en las costumbres para que las gentes renunciasen á ellas. Los catecúmenos no tenian inconveniente en someterse al bautismo y adoptar la nueva ley, con la condicion de que no se les privasen aquellas diversiones favoritas. El hombre era inseparable del neófita, y el neófita apasionado de aquellos placeres, á los cuales queria hacerle renunciar el bautismo. En esta lucha entre el ente positivo y el ente de

razon, no siempre se llevaba el último la victoria. Se apetecia el bautismo sin renunciar á las máscaras. Tertuliano se queja de esto amargamente; pero hubo que ceder á la fuerza de la costumbre y transigir. Así es, que la institucion del ayuno preparatorio á la fiesta de la resurreccion, ó la pascua cristiana, imponiendo una dura penitencia de cuarenta dias de austeras privaciones, dió motivo á que antes de entrar en esta rigorosa cuarentena, permitiese el cristianismo todas las locuras del Carnaval. Pero no solo eran permitidas en esta época. Los ministros de la religion eran los que mas se aprovechaban de semejante tolerancia para solazarse en cambio de sus privaciones, y llevaron el delirio hasta el estremo de disfrazarse en muchas circunstancias solemnes y hasta en las pompas fúnebres y entierros. Si no me creeis, consultar podeis los estatutos sinodales que Hinemar, arzobispo de Reims, dió en 853 á su iglesia. Este prelado prohibió á los religiosos de su diócesis el emborracharse (perdóneseme la espresion) la víspera del dia de los difuntos, de lo que pue-

de lógicamente deducirse que aquellos santos varones tenian la costumbre de coger un lobo como un templo en aquel dia. Prohibióles, como digo, comer, beber, cantar y bailar la danza del oso. El Carnaval, jamás autorizado y siempre tolerado por la Iglesia, se celebraba en las comunidades religiosas. Hace ya algunos siglos que el último domingo de Carnaval se celebraba en Roma una fiesta á la que asistia el papa á caballo, rodeado de todos los cardenales. Las gentes, á pié los pobres, y los ricos á caballo (esta es costumbre de todas las épocas) iban en procesion al monte Testacio, donde se hacia un sacrificio solemne. Empezábase la funcion por inmolar un oso. Era el símbolo del diablo tentador de nuestra carne. Mataban en seguida unos becerrillos, que decian significaban el orgullo de nuestros placeres. Que el diablo fuese representado por un oso, fácilmente se concibe, su fealdad podia justificar la comparacion; pero que los inocentes becerritos fuesen el símbolo de la voluptuosidad y el orgullo, es difícil de concebir.

En el siglo XV tenian tambien los car-

denales la costumbre de disfrazarse y pasearse por las calles de Roma en carrozas triunfales, con la cara tiznada, precedidos de trompetas y clarines; y como se disfrazaban en las iglesias, lo prohibió en 1456 el concilio de Soissons; y por último, el concilio de Toledo prohibió en 1565, que los eclesiásticos se disfrazasen; pero como los frailes de España han sido siempre alegres y aficionados á la zambra y gresca, fueron los únicos que continuaron en ciertas solemnidades, disfrazándose y bailando en el coro.

En algunos paises se ven durante el moderno Carnaval, particularmente en Italia, disfraces alegóricos que no dejan de tener mérito, ocurrencias felicísimas que divierten sin ofender á la sana moral; pero en esta bendita España, no obstante de que el Carnaval dura el año entero, porque todo el mundo anda disfrazado, con máscara de hombres de bien los unos, de patriotas los otros, de liberales estos, de constitucionales aquellos, estando muy lejos de ser lo que aparentan; en España, digo, se reducen las felices ocur-

rencias de los aficionados, á hacer el oso por las calles, á vestirse de esteras y revolcarse por el lodo, á pasearse por el sol con paraguas rotos, á ponerse cucuruchos en la cabeza, á beber en un orinal (con perdon sea dicho), y decir cuatro picardías al lucero del alba.

UN BAILE DE MASCARAS.

POR

Wenceslao Ayguals de Izco.

V.

En un salon magnífico espacioso,
la española elegancia
á la belleza y juventud unida
en sociedad amena y escogida
contemplé cierta noche,
y me hizo suma gracia
ver tutearse los que arrastran coche,
con los que lleva á pié la democracia.
¡Loor eterno á la igualdad preciosa
que en estas sociedades se disfruta
en medio de la paz y la alegría!...
¿Quién merecido elogio no tributa
al inventor de aquesta algarabía,

en que sin etiqueta
alternan el bonete y el turbante,
el sayal, la basquiña, el zagalejo,
el fraque, la levita y la chaqueta?
Allí nadie se esconde
porque entre en el salon un escelencia,
ora sea marqués ó duque, ó conde,
que todos son iguales.....
La santa independencia
fijó en aquel local su hermoso imperio.
y en aflojando alguien los veinte reales
puede bailar muy estirado y sério
hasta que den las seis de la mañana
con la papisa Juana.
Pero no es de asombrar que esto suceda
donde cubierta de oro
purpúrea grana y rozagante seda,
no mengua su decoro
bailando mano á mano,
en amistosa escena
con algun horchatero valenciano
la reina del inglés Ana Bolena.
Ni de Lucrecia Borgia el régio sólio
pierde su hermoso brillo
porque baila con ella un monaguillo.

II.

Y no hay duda, vive el cielo,
que en las máscaras se vive
con libertad, sin recelo,
y allí es donde se concibe
que es la igualdad un consuelo.

No le es fácil á mi verso
hacer la bella pintura
de la sublime hermosura
de aquel pequeño universo,
de aquel mundo en miniatura.

Sin ser torre de Babél
es sociedad poliglota,
donde acuden de tropel
de la antigüedad remota
héroes que ciñen laurel.

Allí vereis á Neron
prodigar muy bonachon
amabilidad borrega,

y bailar un rigodon
con una pobre pasiega.

Allí á Robespier vereis
que fué de la Francia el bú,
y acaso no estrañareis
que cene en el ambigú
con el buen Luis diez y seis,

Y el obispo Fenelon
está haciendo cabriolas,
y el grande Napoleon
obsequiando á dos manolas
con perdices y jamon.

Allá un mozo de café
conquistaba ya una turca;
pero á lo mejor se fué
para bailar la mazurca
con el abate L' Epé.

La fraternidad es tal,
y no miento en lo que os hablo,
que allí observareis al diablo
obsequiar á una vestal,

que es la muger de D. Pablo.

El marido se amostaza,
y en vez de tener cachaza,
de celos arroja pestes,
con su casco y su coraza....
que le vistieron de Orestes!!!

A escitacion del marido
en desafío reñido
volaron á la palestra;
pero de ella salió herido
el hijo de Clitemnestra.

Y son los tiempos tan malos
que abundan estos regalos,
y se ve constantemente
que siempre lleva el paciente
además de cuernos, palos.

FIN DEL TOMO TERCERO.

EL CANCIONERO DEL PUEBLO,

COLECCION

de novelas, cuentos y canciones originales en prosa y verso.

Escrita y dedicada al pueblo español

POR

D. Wenceslao Ayguals de Izco y D. Juan Martinez Villergas.

TOMO IV.

MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1843.

Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco.

Es propiedad de Don Wenceslao Ayguals de Izco.

EL SECRETO Á VOCES.

POR

Juan Martinez Villergas.

PARTE PRIMERA.

I.

Quince años de casados llevaban D. Nicolás Pirlampa y doña Timotea Jadraque y aun no se habian determinado á revelarse mútuamente un secreto de mucha importancia que á los dos remordia la conciencia; pero, lo que sucede en tales casos, cada uno tiene sus amigos íntimos á quienes todo se confia, cayendo como se suele decir en un pozo los secretos que en ellos se depositan. Y como los amigos suelen tener otros amigos y estos otros amigos, resulta que el secreto que se confia á uno solo, da la vuelta á un centenar de personas á pesar de que todas ellas se van

encargando el sigilo con particular cuidado.

Un dia estaba doña Timotea sola cuando llegó una vecinita muy linda llamada Jesusa que vivia sola y con un capital muy decente; tendria como 16 á 17 años poco mas ó menos. Era de la estatura de doña Timotea y habia alguna semejanza entre las dos, prescindiendo de las arrugas y otras dotes qne anunciaban la edad madura de la mas vieja. Las dos tenian ojos grandes y azules, la cara mas bien redonda que larga, pelo negro, color blanco como la nieve, cejas arqueadas, nariz delgada y una boca como un piñon. Eran las dos muy amigas y acontecia en ellas lo que hemos dicho antes del secreto á voces, que se revelaban todas sus cosas, y como nada puede haber callado, y entre mugeres menos, todo el pueblo de Madrid sabia los secretos de las dos amígas, los de la una por boca de la otra y los de la otra por boca de la una.

—Buenas tardes, doña Timotea, dijo entrando la jóven Jesusa.

—Felices, vecina y amiga mia.

—Cómo ha pasado usted la noche y lo que va del dia?

—Perfectamente ; y usted ?

—Para servir á usted, un poquillo indispuesta ; estos nervios, estos nervios..... pero sigo bien. Todo sea por Dios.

—Vaya me alegro.

—Y el Sr. D. Nicolas ?

—Tan campante.

Así pasaron las vecinas algunas horas preguntando y respondiendo, y hablando de cosas indiferentes, como del mal temporal, de las modas, de noticias políticas, hasta venir á parar en sus personas que no eran tan indiferentes : al menos la mas jóven no le parece tal al hijo de mi padre.

—Crea usted, vecina, que no he tenido una amiga que me inspire mas confianza que usted, dijo doña Timotea en tono adulador á la jóven.

—Pues á mí me sucede lo mismo, y por lo tanto quisiera comunicar á usted el secreto de mi vida.

—Eso mismo iba á proponer á usted, yo tambien tengo secretos importantes que revelarla. Escusado será recomendarnos mútuamente la prudencia.

—Haga usted cuenta que lo que me diga cae en un pozo.

La jóven bebia mucha agua.

—Y lo que usted me diga á mí, hágase cuenta que cae en una bodega.

La vieja bebia mucho vino.

—Vaya, pues empiece usted, dijo doña Jesusa.

—No, no; primero usted, contestó doña Timotea.

Las dos rabiaban por oir y por hablar primero, y por eso era la súplica algo incierta. Parecia que querian decir: yo quisiera hablar pero tengo deseos de saber: ó bien, yo quisiera saber, pero estoy rabiando por hablar. Por fin, la mas vieja como mayor en edad usó de la palabra en estos ó parecidos términos:

—Válgame la que no pecó, señorita, qué cosas tan terribles tengo que comunicarla (y se la puso la cara como un tomate). Ha de saber usted que yo me casé el año 1828. Válgame la que no pecó!

—Prosiga usted.

—Yo recibí buena educacion; mis pa-

dres no me dejaban salir sola ni á misa. Válgame la que no pecó!

—Eso no tiene nada de particular; prosiga usted.

—Yo me crié mimada y regalona, mis padres no sabian qué hacerse conmigo, y así es que no por alabarme, pero era envidiada de todas las jóvenes hermosas de mi tiempo. Tuve gran cosecha de amantes, pero como mi padre tenia tan mal genio ninguno se determinaba á pedirle mi mano abiertamente, y él creia que ningun hombre me hablaba porque yo tenia aversion al matrimonio.

—Vea usted qué tontería tan grande. Dónde hay una muger que aborrezca al matrimonio, cuando en nosotras se puede llamar mas bien el patrimonio?

—Válgame la que no pecó! Yo no daba qué decir, nunca me sorprendieron en mis amoríos pero todos los dias recibia carta de algun galan, y rara era la noche que no me levantaba á la ventana á tener un ratito de conversacion. Al cumplir los 20 años me salió un amante muy buen mozo y fino á quien amé y amaré toda mi vida.

—Aquel amante vive y promete usted amarle eternamente? Eso para una muger casada no deja de ser un poco reprensible.

—Nada tiene de reprensible, hija mia, porque aquel amante era mi marido actual. Me escribió, le escribí; me amó, le correspondí; me dió pelo, pelo le dí, y los dos hicimos el juramento solemne de amarnos hasta la tumba fria, en una noche mas fria que las tumbas. No se me olvida el constipado que cogí la noche del juramento; pero vamos al caso; mi amante deseoso de llamarme suya se decidió, previa mi aprobacion, á declarar á mi padre su atrevido pensamiento. Válgame la que no pecó! Tú que tal digiste! Cogió mi padre un garrote y quiso romper la cabeza al pobre Nicolás, porque todo el empeño de mi padre era meterme monja.

—Cosas de los antiguos.

—Oh, los antiguos tenian unas cosas!.....

—Y los modernos otras!

—Válgame la que no pecó! Pues el caso es, que quiso pegar á Nicolás, y este viendo malo el negocio desapareció de la noche á la mañana, dejándome abandonada en mi des-

consuelo. Imposible será dar una idea de lo que yo padecí, de lo que lloré viendo perdida la esperanza de un patrimonio, digo de un matrimonio, que iba á hacer mi felicidad. Lo tomé tan á pechos que caí en cama mortal. Los médicos decian que tenia catarro pulmonal, gastro-enteritis y qué sé yo cuantas cosas. Unos aseguraban que yo necesitaba baños para curarme; otros decian que sanguijuelas, algunos sostenian que lo que yo necesitaba era dieta. Todo lo contrario de lo que yo queria, porque lo que necesitaba justamente era matrimonio, matrimonio y mas matrimonio.

—Usted padecia entonces la misma enfermedad que yo tengo ahora, dijo doña Jesusa. Algunos médicos me han dicho que debo tomar aires.

—No los crea usted, señora. Hay aires de aires: unos aires son buenos y otros muy malos. Si viera usted qué mal suelen probar algunos aires! Los aires me perdieron á mí; válgame la que no pecó!

—Hola! con qne fué usted á tomar los aires?

—Sí señora, prevaleció el voto de mi

médico de cabezera que estaba empeñado en que yo debia tomar aires y salí de mi casa abandonando á mis padres por primera vez. Me enviaron á un pueblo donde tenian conocimientos, y allí viví cerca de un año.

—Un año para tomar aires!

—Segun sean los aires, señora. Yo llegué al pueblo donde no sentí alivio ninguno, comia bien, salia todos los dias á paseo á tomar los aires; pero nada, no eran aquellos aires los que me habian de engordar á mí. Una noche llegó al pueblo una partida de tropa que se marchó en seguida que sacaron raciones y bagages. Yo estaba solita en casa porque los demás de la casa habian salido á sus afanes, llegó un soldado preguntando por el amo de casa para sacarle la parte que le correspondia de las raciones exigidas al pueblo, y yo triste de mí, le respondí que estaba sola; el soldado cerró la puerta, y por mas que grité... Válgame la que no pecó!

—Pícaro libertino, soldado habia de ser para ser bueno, dijo la jóven Jesusa. Y vamos, qué resultó?

—Me quedé sola con el soldado, á oscuras..... en fin el soldado se fué, los de la casa volvieron, pero yo no me atrevia á decir nada. Lo cierto es que me sentí algo mas aliviada; empécé á engordar, pero ¡cómo! á los pocos meses ya no me venia la ropa y tuve que deshacer los pliegues á todos mis vestidos. Decia la gente; ven ustedes qué gruesa se pone la Timotea? Ya se ve, los aires; no eran malos aires. Quedáronse escandalizados cuando á poco tiempo de advertir que yo habia estado en buenos aires sin ir á América, tuve una niña... Válgame la que no pecó!

—Qué dice usted!

—Lo que usted oye, hija mia. Encargáronse en el pueblo de criarla y yo me vine á Madrid sin haber vuelto á saber de mi querida hija.

—Ese será un remordimiento que despedace su corazon seguramente.

—No es solo esa mi culpa, amiga mia.

—Todavía las hay mayores?

—Mis padres nada llegaron á saber: yo viví con ellos todavía seis años, al cabo de los cuales me quedé huérfana, miserable, sin

patrimonio y sin matrimonio. Entonces por casualidad encontré á mi Nicolás en la calle; en cuanto nos vimos se renovaron nuestros amores que los años no habian logrado entibiar. Me habló de matrimonio y yo que vaticinaba un porvenir desgraciado, ví el cielo abierto al escuchar tan santa palabra. En fin nos casamos y puedo decir que he amado y sido fiel á mi Nicolás hasta la presente, pero él nada sabe porque nada le he dicho de lo que me sucedió cuando fuí á tomar aires, y este es un remordimiento que me ha de llevar al sepulcro. Este es mi secreto que solo he revelado á usted, y que espero no llegará á descubrirse jamás.

—Crea usted que como si nadie lo supiera.

—Así lo espero.

—Ahora voy á participar á usted mis secretos.

—Los sabré con mucho gusto.

—Pues señora yo afortunadamente tengo algunos bienes con los cuales voy pasando sin depender de nadie; pero no es solo esto lo que constituye la felicidad de una muger.

Sabe usted muy bien que lo que nosotras necesitamos no es solamente patrimonio sino matrimonio.

—Efectivamente.

—Yo amo á un jóven que usted conoce; el sobrino de D. Ruperto.

—A Sebastianito?

—Pues... á Sebastianito; pero hay algunos inconvenientes para que yo logre lo que deseo. En primer lugar el no saber si él me quiere.

—Que no es flojo inconveniente.

—Y en segundo lugar mi nacimiento; sabe usted que los hombres son muy escrupulosos en esta parte, y que cuando se casan no van á cierra ojos, porque cuando un hombre va de buena fé como D. Nicolás, ya ve usted lo que suele sucederle. Yo tengo dinero, he comprado infinidad de bienes nacionales, pero qué importa todo esto si yo no puedo presentar un testimonio que alegue mi limpieza de sangre!

—Pues cómo es eso?

—Me he criado en un pueblo con unos señores que siempre me llamaron hija y yo creí

que eran efectivamente mis padres, hasta que la señora al morir me declaró la verdad. Hace un año que murió su marido y me declaró heredera de todos sus bienes, dejándome una carta escrita que conservo cerrada.

—Y por qué no la ha abierto usted?

—Porque el caballero que me la dió, me encargó que no la abriera hasta cumplir los 16 años, y yo he prometido cumplir la voluntad de quien tan bien se portó conmigo.

—Eso es muy justo: y falta mucho tiempo?

—Pasado mañana podré abrir la carta que, segun aquel hombre me dijo al morir, debe aclarar todas mis dudas.

—Y quién tiene paciencia para aguardar dos dias? Yo soy amiga de usted; prometo respetar el secreto: qué inconveniente tiene usted en que leamos la carta?

—Dice usted muy bien; voy por ella.

—Sí, traigala usted, sabremos lo que dice.

Cuando acababa de salir doña Jesusa, entró Sebastian saludando cortesmente á doña Timotea.

II.

Era Sebastian un mozo barbilampiño, coloradito y chupado de carrillos, cara que anunciaba vino y mas tarde seria vinagre; ojos redondos y tallados como los de las moscas, boca entre hundida y terraplenada; tenia la nariz chata, con la punta encarnada, y en la frente una vena abultada de color de lápiz: las orejas muy grandes y caidas, de modo que á poco esfuerzo podia volar con ellas, pudiendo asegurarse que si no le servian de paraguas le servian de sombrillas y si se quiere de antojeras: el pelo rubio y rizado á tenaza, lustroso con grasa de oso, aunque él decia que

era grasa natural; la barba tenia un hoyo largo y delgado como el canal de Manzanares; de suerte que parecia la nariz partida de un perro de presa. El cuello prolongado con sendas cicatrices de todos colores y el corbatin tan alto que no dejaba ver mas que cuatro parches, dos cantáridas y un sedal. Iba muy bien puesto, con frac de moda, pantalon ajustado y pechos postizos como las doncellas. Era hombre prodigioso en la elocuencia: hablaba poco y malo, y era mucho mejor lo que decia que lo que callaba: cuando hablaba parecia que silbaba, y gracias que merced á la educacion que habia recibido era tan timorato que aunque tenia vergüenzas no tenia desvergüenzas, ni comia sopas por no echar ajos, ni jugaba á la lotería por no echar ternos, ni cazaba con escopeta por no echar tacos. Era tan amante de la esclavitud que aunque no tenia reloj llevaba cadena; pero tenia inclinacion (aunque no era jorobado) por las mugeres: solo que no se atrevia á requebrar y mucho menos á manifestar su amor á las muchachas, porque aunque era un mozo sandio, que es fruta de melonar, tenia gran aversion

á las calabazas. Tal era pues, el embeleco, digo el embeleso de la jóven Jesusa, digna por cierto de mejor gusto; pero era suya la eleccion y muchas pruebas tenemos del mal uso que hacen algunas gentes del derecho electoral. No en balde dice Dumas que si los carneros tuvieran derecho de votar habian de elegir al carnicero. Pero aquí no se trata de Dumas sino de Sebastian que nada tiene que ver con Dumas, ni con Victor Hugo, ni con Eugenio Sue, porque decia nuestro pobre jóven que no le gustaba la literatura francesa, y es el caso que tampoco le gustaba la española, y esto lo decia sin saber lo que era literatura. Tal es el retrato físico y moral del jóven predilecto de Jesusa, que como hemos dicho entró en casa de doña Timotea saludando cortesmente.

—A los piés de usted.

—Beso á usted la mano, Sebastianito.

—¿Cómo está usted?

—Ya lo puede usted ver: ¿y usted?

—A la disposicion de usted.

Hablaron largo rato y no encontrando qué decirse de nuevo, tomó el mozo la guitarra

que estaba en un rincon y se puso á tocar.

—Mire usted que falta el sesto, dijo doña Timotea.

—¿El sesto? preguntó Sebastian; tanto mejor; mis padres me han dicho siempre qae tuviera cuidado con el sesto.

—Vaya, pues cante usted algo de bueno.

—Con mucho gusto señora. Y se puso á cantar.

Dentro del pecho
siento un ardor
que martiriza
mi corazon.

—Muy bien; tiene usted mucho estilo.

—Favor que usted hace, señora.

Tú que no sabes
lo que es amor
dime qué es esto
que siento yo.

—Escelente voz; ¿es de aficion?

—No señora; no tengo mas que 30 reales de música.

—¿Cómo 30 reales?

—Justos: tuve maestro un mes, me costó 30 reales, con que 30 reales de música tengo.

Y continuó su cancion.

Dentro del pecho
siento un ardor
que martiriza
mi corazon.

—No salga usted de ahí, que no se perderá, dijo doña Timotea.

—¿Quiere usted oir una cancion mia?

—Con mucho gusto. ¡Jesus! ¡una cancion de usted! sí señor, sí señor. Y Sebastian volvió á cantar.

Tú que no sabes
lo que es amor
dime que es esto
que siento yo.

—¿Y es esa la cancion? ¡Si hace mil años que la sé yo!

—Perdone usted, señora, estaba distraido allá voy con la mia; y entonó la siguiente cancion en son de mochuelo.

Es mi destino nefando,
niña hechicera;
y siempre estoy cavilando
en tu cara placentera
que mis favores rehusa

¡Ay Jesusa!
no me digas que no hay mus
¡Ay Jesus!
me va á dar un patatus.

—¡Qué cancion tan tierna!

—Sí señora.

—Tan sentimental.

—Mucho que sí.

—Tan original.

—Oigala usted bien.

Es tanto lo que te quiero
niña del alma
que te robára el dinero
como me robas la calma.
En tu amor gasto mi musa
¡Ay Jesusa;
no me digas que no hay mus
¡Ay Jesus!
me va á dar un patatus.

—Está usted enamorado? preguntó doña Timotea.

—Mucho que sí.

—Ya se conoce por la cancion.

—Oígala usted bien.

Tu cuerpo me hace tilin,

me da consuelo,
tu rostro de serafin
y tus ojitos de cielo
están diciendo pantusa
¡Ay Jesusa!
no me digas que no hay mus
¡Ay Jesus!
me va á dar un patatus.

—¿Es muy larga esa cancion?

—Falta la última estrofa

—Cante usted, cante usted.

Esos tus cabellos rojos,
luz de mi tierra,
y esos hechiceros ojos
dan en España mas guerra
que el batallon de la blusa
¡Ay Jesusa!
no me digas que no hay mus.
¡Ay Jesus!
me va á dar un patatus.

—¿Qué la ha parecido á usted?

—Admirable, dijo doña Timotea, vaya, vaya, no sabia yo que usted era poeta.

—No es estraño, señora, porque en mi vida he sabido hacer un verso.

—¿Con que no son los versos de usted?

—No señora, ni la música tampoco.

—¿Ni la música ni los versos? ¿pues no dice usted que es suya la cancion?

—Y lo repito.

—Pues no le comprendo á usted como hay Dios.

—Quiero decir que es mia, porque parece que la han hecho para mi.

—¡Aaaah!

—¿Eeceh?

—Es decir que usted siente todo lo que dice la cancion? Me alegro saberlo; porque en este caso tengo que revelarle un secreto.

—¡Un secreto!

—Con la condicion de que no se lo ha de decir usted á nadie.

—Pierda usted cuidado.

—Ha de saber usted para su satisfaccion, que es correspondido de la persona á quien ama.

—Qué dice usted?

—¡Chist! no se lo diga usted á nadie.

—Pierda usted cuidado.

—Yo le hago á usted esta confianza, por-

que conozco su discrecion y sé de positivo que no me comprometerá; pero no es todo oro lo que reluce, amigo Sebastian, no cante usted victoria tan pronto: fáltame decirle lo mas importante del secreto, para que pueda apreciar en su justo valor esa pasion que tanto le halaga.

Sebastian esperimentó una metamórfosis horrible; tenia el corazon lacerado por el punzon del amor y por el aguijon de la desconfianza; frunció las cejas desprovistas de pelo; infláronse sus carrillos, palideció la punta de su nariz y en ademan de súplica levantó los ojos al cielo descubriendo unos cuantos parches mas de que estaba sembrada su garganta.

—Ya sabe usted continuó doña Timotea, que para un caballero de sus circunstancias no conviene hacer una calaverada, sensible para toda la familia, que aunque poco fanática con su elevada gerarquía, oculta en su silencio grandes y poderosos diplomas.

El jóven encogió el pescuezo, y bajo el formidable corbatin se escondieron todos los par-

ches que decoraban la mas aristocrática de las gargantas.

—Segun eso, dijo con aire sentimental Sebastianito; esa perla oriental á quien adoro no es digna de mi amor?

—Todavia no se lo puedo decir. Ella es bastante rica, pero ignora su nacimiento.

—¿Qué dice usted? Una muger perdida, acaso una inclusera!! Y de los ojos de Sebastian brotaron dos chorros de agua como dos caños de la Cibeles. En ese caso desisto de mi plan; no quiero hablar á esa jóven, no quiero verla porque su contacto mancillaria el brillo de mi elevada cuna.

—¿Con que ni siquiera se tomará usted el trabajo de averiguar su orígen?

—No quiero hablarla, no quiero verla, desde este momento la detesto, la odio y espero que usted sabrá guardar tambien este secreto: no diga usted que la aborrezco ni que la quiero.

—Pierda usted cuidado.

Cuando llegaban aquí, sonó la campanilla de la puerta y poco despues entraron en la sala don Nicolás, marido de doña Timotea

y la jóven Jesusa amiga de esta y enamorada de Sebastianito, trayendo en la mano la carta cuyo contenido iba á confiar á doña Timotea.

—¡Hola vecinita! dijo la vieja, tome usted asiento, y la puso una silla al lado de Sebastian.

Sebastianito que por un lado sentia el pecho volcanizado, destrozado y aguijoneado por el amor, tenia una invencible repugnancia de estar al lado de aquella jóven cuyo nacimiento se ignoraba; y no sabiendo cómo apartarse de la jóven Jesusa, tomó el pretesto de decir á don Nicolás.

—Tengo que hablar con usted, señor don Nicolás.

—¿Conmigo? cuando usted guste.

Retiráronse los dos hombres y quedaron las dos mugeres, unos y otros con el objeto de comunicarse sus secretos que bien pronto habian de hacerse públicos.

III.

Dejemos á Sebastian, el pundonoroso doncello, entrar en las habitaciones interiores con su amigo don Nicolás, huyendo de la hechicera doncella cuyo crímen consiste en la oscuridad del nacimiento. Escandalosa preocupacion de la envejecida sociedad en que vivimos. ¿Qué significa esa palabra *nacimiento* en la imaginacion de los fanáticos apóstoles del privilegio y del favoritismo? Una carta de recomendacion ó un edicto infamante. La condicion de plebeyo es una espresa condenacion pronunciada por esos rancios vástagos de un tronco empergaminado; así como un bur-

ro con sangre azul seria objeto de reverencia y respeto para ellos. Y no es esto lo mas lamentable: el vicio no está circunscrito á esa porcion de hidalgos preocupados, amantes sistemáticos de la desigualdad que no se desdeñan de humillar la cerviz á otros personages de superior categoría, con tal de tener lacayos á quien mandar y oprimir: el vicio está en la organizacion social cuyo edificio á fuerza de composturas presenta el conjunto mas variado y pintoresco imaginable. En una parte una columna gótica; en otra una cornisa de la edad media, un arco de arquitectura moderna y una bóveda cuyos remiendos han desfigurado la construccion y no da ninguna idea de su orígen. Asi, por egemplo, mientras se ha visto proclamado el principio de la soberanía nacional, haciendo desaparecer el monstruoso derecho divino de los reyes; el gobierno inaugurado por el voto popular que es por decirlo así la columna de arquitectura moderna, ha sostenido sobre sí el peso de viejos y desmoronados escombros que ni sirven ni se pueden aprovechar en la reedificacion del edificio social. Parece increible que

á la altura del siglo y bajo un sistema de gobierno con pespuntes de democrático, existan todavía las fórmulas repugnantes de los pasados siglos relativamente á la llamada limpieza de sangre, y con escándalo vemos que para seguir una carrera científica en los cuerpos facultativos, no solo es la limpieza de sangre una recomendacion eficaz, sino una circunstancia indispensable. Y es mas de estrañar esta aberracion humana en un tiempo en que los diarios de avisos infestan sus columnas con anuncios de egecutorias de nobleza; de modo que el hombre mas plebeyo, usando de esta palabra en la significacion que la dan los pergamineros, el hombre mas plebeyo, repito, que sin el auxilio de la ciencia ni de otra virtud laudable adquiere dinero, por el juego ó por el robo, porque al dinero nunca se le piden cuentas de su nacimiento, con dos, tres ó cuatro mil reales puede comprar un papel por medio del cual logra inocular en sus venas la sangre de los Gonzalos ó de los Laras, de los Guevaras ó de los Girones. Todas las personas que figuran en esta novela, menos una, participan de los errores

añejos de conceder mas al lustre de la cuna que al brillo de la ciencia y de la virtud; y esta *una*, esta persona despreocupada, no tanto lo era por conviccion como por egoismo, y aquí viene bien una fábula que es la siguiente:

Estaban mirando una estátua mágnifica una cigueña y un perro dogo: ¿qué te parece? dijo el perro.—Admirable, contestó la cigueña, solo que la nariz es demasiado pequeña. —Eso no es defecto replicó el dogo escondiendo la cara; lo que prueba que el egoismo es generalmente la base de las creencias, y que muchos variarian como varian muchos de opinion, cuando las opiniones no están en armonía con los intereses particulares. Hay escepciones; conozco hombres generosos que sacrificarian cuanto poseen al bien público: Danton, el célebre revolucionario francés, fanatizado por sus convicciones llegó á decir: «¿qué me importa mi reputacion? que la Francia sea libre aunque mi nombre sea maldito» ¡pero para un Danton hay veinte Napoleones que halaguen á las pasiones y procuren hacerse un nombre revestido del

prestigio popular, no para hacer la felicidad de su pueblo, sino para esplotar la popularidad en provecho suyo. ¡Cuántos conozco yo que maldicen los coches porque no le tienen ellos! He dicho todo esto para dar una idea exacta de la despreocupacion de la jóven Jesusa, entusiasta de los principios de igualdad y fraternidad tan cacareados como mal comprendidos en estos últimos tiempos. Ella estaba al nivel de los demócratas reformadores; porque condenar sus ideas era condenar su existencia, su orígen dudoso; era acusar su delito á los ojos de los que creen la condicion humilde del hombre un vicio hereditario como el pecado de Adan. Con lo dicho basta para que podamos considerar á las dos mugeres la una enfrente de la otra con sus afecciones, sus confianzas, sus repugnancias y sus flaquezas.

Jesusa cuando vió despedirse á Sebastian, mozo de algun atractivo para sus pueriles antojos, se quedó colorada como la grana, menos del pesar que de la vergüenza de verse desairada delante de una muger á quien habia hecho partícipe de su debilidad. Doña Ti-

motea por otra parte, sentia, como Sebastian cierta vanidad que no la permitia ya familiarizarse con la jóven cuyo nacimiento era bastante problemático. No pasó desapercibida en Jesusa esta repentina transformacion de la señora de la casa, aunque atribuyó la causa á alguna incomodidad ó desavenencia doméstica. Así lo primero que trató de averiguar fué el orígen de tan estraña mutacion.

—¿Está usted mala, vecina? Dijo Jesusa con aire de contemplacion.

—No, no tengo nada, contestó doña Timotea, avergonzada de haberse familiarizado tanto con la jóven plebeya, y mas que todo, de haberla comunicado sus secretos, por cuya razon no creia político ni decoroso romper abiertamente las relaciones de amistad.

—Me parece que la encuentro á usted algo séria conmigo.

—No, hija mia; estoy con un humor de perros sin saber por qué.

Deseaba doña Timotea hacer conocer á la vecina por su frialdad el empacho que la causaba, y por otra parte queria saber el conte-

nido de la carta, de la cual pendia la resolucion que pensaba adoptar. Si la jóven era hija de buenos padres, en el sentido de sus opiniones, quizá podria disimularla las circunstancias de su desgraciado nacimiento; pero si por sus venas circulaba sangre plebeya, entonces no podria conservar una amistad nociva para su condicion y linage. ¿Quién sabe? decia la vieja; tal vez pudiera resultar esta jóven hija de un verdugo, y entonces me moriria de sentimiento pensando en mi degradacion habiéndola dispensado mi amistad, y sobre todo habiéndola manifestado mis flaquezas con una culpable ingenuidad. No, no quiero que me lea la carta: no quiero pasar por la humillacion y la vergüenza de haberme prostituido con una amistad tan baja y despreciable; al menos, no abriendo la carta me resta el consuelo de la duda; pero ¿y si esta jóven fuera por el contrario hija de algun príncipe, de alguna señora de campanillas á quien pudo suceder un trabajo yendo á tomar aires como yo? Es preciso ver la carta.

—Sentiria incomodar á usted, dijo Jesusa; si á usted la parece bien podemos suspender

la lectura de la carta para otro dia.

—No hija mia, no, contestó mas afable doña Timotea animada por el deseo de saber y trémula por la desconfianza, abramos esa carta á ver lo que contiene.

En el momento de abrir la carta sintieron fuertes gritos adentro entre don Nicolás y Sebastianito, de cuyas voces pudo sacar en limpio doña Timotea, que estaba en antecedentes, que el jóven habia revelado sus secretos á don Nicolás, el cual trataba de salir á toda costa á echar de su casa á la vecina Jesusa, como indigna de pisar sus umbrales. Dióse, pues, alguna prisa doña Timotea á leer la carta, y su turbacion crecia por momentos á medida que avanzaba en la lectura. La carta que doña Timotea leia para sí, estaba concebida en estos términos:

«Soy un padre desgraciado: tengo un hijo á quien no he conocido, porque me le robaron de niño, y á él pertenece mi fortuna: este jóven se llama Sebastian, el cual si pareciese por casualidad antes del término señalado para abrir esta carta, entrará en posesion de todos mis bienes; pero si él ha

muerte ó vive condenado á ignorar el nombre de su padre, estos bienes es mi voluntad que entres á heredarlos tú, jóven apreciable, que eres tan desgraciada como mi hijo. Voy á hablarte de tu nacimiento, por si la casualidad hace que rodando el mundo conozcas á tus padres. Allá por los años 29 ó 30 vino una jóven madrileña, llamada Timotea á tomar baños á este lugar.....

Al llegar aquí, doña Timotea dió un grito doloroso. se levantó con los brazos abiertos para abrazar á su hija; pero lo impidió la repentina presencia de don Nicolás que en compañía de Sebastian salia vomitando pestes contra la jóven vecina.

—Señorita, váyase usted de mi casa.

—Caballero! qué dice usted!

—Váyase usted. jóven plebeya!!

—No! no por Dios! gritaba doña Timotea sin atreverse á decir mas; porque ¿cómo se resolveria á decir á don Nicolás que ella era la madre de Jesusa? Y por otra parte, cómo consentir que su hija fuera lanzada violentamente de la casa como una muger despreciable, y sobre todo. sin estrecharla cariñosamente en

sus brazos? sin decirla: ¡Yo, yo soy tu madre!!!....

—Esta muger saldrá de mi casa, gritaba don Nicolás.

—No, no saldrá contestaba doña Timotea.

—Sí saldrá! váyase usted de aquí.

—Señores; dijo Jesusa: yo no sé si en algo he faltado á ustedes: me parece que no pueden tener ninguna queja de mi comportamiento.

Sebastian deseaba que la jóven desapareciera de la casa; pero era tan impresionable el pobre mozo que al oir la voz dulce, angelical, de Jesusa, se le ablandó el corazon, se le encandilaron los ojos, empezaron á temblarle las piernas y venciendo el amor á todas las repugnancias aristocráticas, desertó del partido de don Nicolás y se constituyó en defensor de la jóven que le embargaba las potencias intelectuales y corporales.

—Cómo? Sebastian! tú tambien la defiendes?

—Sí, la defiendo, contestó el jóven incauto con entereza; la defiendo, hasta que la vea desgraciada, porque entre caballeros que here-

dan sangre de color de cielo nunca deben ser violadas...

—Qué es eso de violadas? preguntó don Nicolás.

—Las leyes de caballería, contestó el jóven incauto. Sí; yo defiendo á esta jóven, siendo el primero que conspiré contra ella.

Al oir esto Jesusa se sintió dominada por el amor y el pesar, y cayó desmayada en los brazos de Sebastian, que al recibir á la jóven que tanto le agradaba sintió tambien que la cabeza se le andaba al rededor. Tomó el dedo corazon de Jesusa para apretársele y como por electricidad cayó desmayado tambien. Don Nicolás, advirtiendo la desgracia y por lo mucho que amaba á Sebastian, en cuanto le vió tendido en el suelo le fué á coger el dedo del corazon para apretársele; pero no bien hubo tomado el dedo en su mano cuando sintió que se le doblaban las piernas y cayó tambien desmayado al lado de los otros dos. Doña Timotea, viendo en tal peligro á su marido voló á su socorro, le tomó el dedo del corazon, pero no bien le hubo cogido cuando sintió una angustia, una debilidad que la mataba y sin

poder dar una voz á la criada, cayó tambien desmayada al lado de los tres cuerpos inanimados. De modo que todos quedaron tendidos, víctimas de un mal comunicado por el contacto, como el efecto producido por la máquina eléctrica en una cadena de hombres agarrados de las manos. Solo que estos se agarraban del dedo del corazon que es el dedo del medio.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

I.

Concurria mucho á la casa de don Nicolás un jóven periodista amigo íntimo de Campoamor, Diana, Ribot y otros escritores, el cual periodista, que se llamaba don Lorenzo Retazos, tenia furor por aprovechar todas las escenas cómicas y no cómicas que veia para llenar su periódico. Era amigo tambien de Sebastianito y tenia sus confianzas con él, que eran otros tantos secretos á voces. Este jóven periodista, alto, delgado, con el pelo negro, largo y retorcido bigote, buenos ojos y bastante gracia natural, entró en casa de don Ni-

colás en el momento de estar desmayados los cuatro personages que ya conoce el lector.

—¡Cielos! esclamó la criada entrando en la sala.

—¡Traiga usted vinagre, un poco de vinagre! dijo el periodista á la muchacha, y luego que se quedó solo añadió ¡qué buen asunto para un artículo de fondo!

Tendió en derredor de sí una mirada escudriñadora y viendo en el suelo una carta, la tomó y se la metió en el bolsillo; todo con el objeto de ver si en la carta habia alguna noticia para insertarla en su periódico. Despues acudió á favorecer á los que inmóviles permanecian en el suelo y tuvo la fortuna de ignorar los medios que suelen emplearse para hacer volver en sí á los accidentados, porque si les hubiera cogido el dedo del corazon, el contagio era seguro.

Lo primero que procuró fué socorrer á la jóven que era la que le interesaba mas, y á no haber venido la criada tan pronto con el vinagre, Dios sabe á dónde hubiera ido á parar el periodista con sus auxilios filantrópicos. Por fin vino la doncella y aplicó el vina-

gre á las narices de los desmayados que fueron poco á poco volviendo en sí, gracias á tan eficaz remedio. El primero que se levantó fué Sebastian que reconociendo á su amigo Retazos.

—¿Dónde estoy? dijo ¿quién está conmigo? ¡Ah! ¿eres tú, Lorenzo?

—Sí, amigo mio, yo soy, que vengo á acompañarte en el sentimiento.

—No, si todo ello no ha sido nada; ya estoy mejor.

—Ya, tú estás mejor; pero tu padre no.

—¡Cómo! ¿mi padre está malo?

—Y tan malo que..... no quisiera decírtelo..... pero.

—Acaba... ¿qué ha sucedido? ¿ha muerto mi padre? ¡Dios mio! ¡qué desgraciado soy!

Y Sebastian echó á llorar al saber la funesta nueva que su amigo le llevaba. Retazos procuró consolarle y creyendo de alguna importancia lo que tenia que decirle no quiso hablar delante de la criada que seguia prodigando vinagre á don Nicolás, á doña Timotea y á Jesusa.

—Oyes, dijo, tengo que darte una noticia cruel.

—¡Oh! ¿es la muerte de mi padre?

—No, no: es un secreto.

—¿Un secreto?

—Sí: escúchame aparte.

—Podemos entrar en este cuarto, contestó Sebastian, que era el que tenia mas confianza en la casa.

—Como tú quieras, dijo Retazos, y entró en el cuarto inmediato con Sebastian que iba atolondrado por el terror que le causaba la incertidumbre del secreto.

Don Lorenzo Retazos, que como llevamos dicho era un jóven bien parecido y despejado, estaba enamorado de Jesusa y á pesar de sus desvelos amorosos no habia logrado correspondencia alguna. No sabia si atribuir esta frialdad de la jóven á estar ya encaprichada por alguno mas afortunado que él ó si no habria petado su gallarda presencia á la doncella, que no siempre el amor se fija en la belleza, y gustos hay que requieren palos segun dice el refran. Lo cierto es que ella no le hacia caso y trataba de consultar con su amigo Sebastian, el partido que debia tomar en situacion tan angustiosa.

—¿Qué secreto es ese? habla, habla pronto por Dios, dijo Sebastian.

Retazos sospechaba que Sebastian, á pesar de sus lacras y cantáridas, era el escogido por la jóven Jesusa y trató de sacar todo el partido posible de la noticia que iba á darle, á fin de hacerle desistir de sus pretensiones, si es que tenia algunas respecto á la muchacha.

—Ante todas cosas, has de saber, dijo con mucho misterio Retazos, has de saber que estoy enamorado.

—¿Qué tiene eso que ver con mi padre?

—Tiene que ver contigo; porque para que lo sepas, estoy enamorado de esa jóven que está desmayada en la sala.

—¿De Jesusa?

—Sí, de Jesusa.

—Pues yo tambien.

—¡Cómo! ¿tú tambien? ¡qué buena materia para un folletin! Pero has podido tú pensar nunca en esa jóven...

—La verdad, contestó rápidamente Sebastian, yo la he amado hace mucho tiempo y tanto como la amé he llegado á aborrecerla; pero ahora que el aguijon de los celos me

traspasa el pecho, siento renacer en mi corazon una llama volcánica que me devora.

—¿Qué dices? ¿con que mi declaracion será causa de que te decidas con mas ahinco á festejar á esa señorita?

—Sin duda.

—¡Ja, ja, ja! esclamó el periodista ¿sabes que esta es linda materia para un artículo?

—Sea buena ó mala.... estoy por decidirme... pero háblame de mi padre.

—Voy á hablarte ahora de eso, para que desistas de tus locas pretensiones.

—¡Ah! ya lo comprendo, ¡estoy de luto tal vez! ¡ha muerto mi padre!!!

—Tú padre hace ya muchos años que murió.

—¿Cómo que murió mi padre?

—Como murió mi abuelo.

—Vaya, ya veo que todo ha sido una broma, dijo riendo Sebastian; yo pensé que me hablabas de veras.

—No hay mas veras que lo que te digo, y si no lo quieres creer ya te desengañarás cuando llegues á casa. ¿Sabes tú de quien eres hijo?

—Anda vete al infierno con tus chanzas, volvió á decir Sebastian, arrepentido de haber gastado tanta conversacion con el periodista.

Retazos se incomodó entonces; lanzó una mirada aterradora sobre el jóven incauto Sebastian y cogiéndole por el cuello, cosa que supo muy mal al paciente, dijo con voz de trueno.

—Tú eres el que te irás al cuerno; porque de hoy mas las puertas de la sociedad están cerradas para tí.

—Hombre, dijo el jóven incauto, veo que te fomalizas ¿quiéres acabar de una vez de decirme lo que me has de decir?

—Para eso es preciso que me respondas categóricamente á las preguntas que te haga. Dime, ¿quién crees tú que es tu padre?

—Hombre, mi padre..... tú le conoces tan bien como yo... en fin no es cuenta mia si mi madre tuvo algun...

Iba Sebastian á decir un disparate cuando fué interrumpido por el fogoso periodista que conociendo la necedad de su amigo contestó súbitamente.

—No, la señora á quien has conocido por madre, siempre fué una muger virtuosa, no es eso lo que te quiero decir. Desgraciadamente la noticia que te dí al principio es cierta: el caballero en cuya casa te he conocido siempre, está espirando.

—¡Mi padre espirando!

—Repito que no es tu padre.

—¿Pues quién es mi padre y quién es el que está espirando? ¡Acaba de una vez y no me vuelvas el juicio!

—El que está espirando es don Cenon Chapalangarra.

—¡Mi padre! ¡mi padre espirando!!!

—Repito de nuevo que no es tu padre; vaya que no he visto asunto como este para un artículo satírico.

—Pues qué ¿querrás sostener que don Cenon Chapalangarra no es mi padre?.... pero yo me voy de aquí; dices que mi padre está espirando, y yo no puedo permanecer en esta casa mas tiempo.

Sebastian estaba con efecto impaciente por la noticia y se dispuso á partir, pero el periodista que tenia mal genio y buenos

puños, volvió á echar sus dedos de hierro sobre el dolorido cuello de su amigo que no pudo menos de dar un grito de rabia.

—No te irás le dijo, sin que sepas el resto.

—Pero, hombre, acaba pronto por favor.

—Don Cenon Chapalangarra está en la agonía, continuó Retazos, víctima de un cólico ocasionado por una comilona que ha tenido en casa de unos amigos.

—¡Ay padre mio!! esclamó llorando Sebastian.

—Repito que no es tu padre, dijo Retazos otra vez enfurecido; porque para que lo entiendas ha confesado don Cenon en la última hora que no eres hijo suyo.

—¿Qué dices, hombre?

—Lo que ha dicho don Cenon, que no eres hijo suyo; que segun noticias naciste en un pueblo de Aragon, donde fuiste arrancado del seno de tu familia siendo niño, por una muger la cual te abondonó, y á no haber sido por don Cenon, que te recogió por caridad, habrias sucumbido seguramente á la miseria. Don Cenon añade que ha hecho lo posible por

averiguar quiénes fueron tus padres, y todas las diligencias que ha practicado han sido infructuosas.

—¿Con que segun eso no soy hijo de mi padre? preguntó con cierta candidez el jóven incauto.

—Sí, hombre, sí; eres hijo de tu padre, pero tu padre no es don Cenon Chapalangarra, contestó el periodista. Y puesto que se ha descubierto tu orígen, hasta cierto punto repugnante para una señorita de las circunstancias de doña Jesusa, ya ves que de ninguna manera puedes aspirar á su mano.

—¿De ninguna manera? Ahora mas que nunca.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes: esa señorita no tiene mejores antecedentes que yo.

Y Sebastian contó á su amigo todo lo que sabia de Jesusa, dejándole átonito con la estraña coincidencia del nacimiento de los dos amantes. Retazos echó mano al bolsillo para sacar la carta que habia recogido del suelo, á fin de ver si por ella podia averiguar alguna cosa que tuviera conexion con el asunto,

cuando se oyeron fuera grandes voces entre don Nicolás, doña Timotea y Jesusa.

—¡Que se vaya de mi casa! decia don Nicolás.

—¡No se irá! contestaba doña Timotea.

—¡Yo me iré! decia Jesusa, pero quiero que me devuelvan la carta.

—¿Qué carta es esa? preguntó don Nicolás furioso.

—Doña Timotea estaba mas muerta que viva buscando la carta, que si caia en poder de don Nicolás podia comprometerla, porque en ella se revelaba el secreto que habia tenido oculto tantos años.

—¿Dónde está la carta? preguntó Jesusa.

—Aquí, aquí está la carta, contestó entrando en la sala don Lorenzo Retazos.

—¡Ah démela usted por Dios! dijo Jesusa.

—¡Démela usted á mi! añadió doña Timotea.

—¡A mí es á quien la ha de dar usted! esclamó don Nicolás. Ya veo que aquí hay gato encerrado; deme usted esa carta.

El periodista que no sabia á quién obede-

cer, estuvo reflexionando algun tiempo sobre el partido que debia tomar y guardándose la carta que tanto escitaba el interés de todos dijo:

—Pues señor, no se la doy á ninguno, y á fin de que todos la tengan impresa, la insertaré en mi periódico.

—¡No, no por Dios señor de Retazos! dijo doña Timotea con los ojos arrasados en lágrimas.

—Sí señor, insértela usted en su periódico, contestó don Nicolás viendo la tenaz oposicion de su muger.

Sebastianito que estaba en brasas por la cruel noticia que acababa de comunicarle su amigo, sentia vivos deseos de irse á casa y no queria separarse de Jesusa, porque á ser cierta la noticia no tenia otro remedio que dar pábulo á los amoríos de esta jóven y precipitar su matrimonio.

—¡Oh! deme usted esa carta por Dios, dijo Jesusa.

—Condesciendo, contestó el periodista; pero tenemos que hablar los dos.

—Sí, sí, vayan ustedes con Dios, dijo

amostazado don Nicolás y empujándolos hácia la escalera.

Doña Timotea estaba padeciendo horriblemente; veia apartarse á su hija sin poder abrazarla, sin el consuelo de poderla declarar que era su madre. Don Nicolás dió un portazo luego que los huéspedes hubieron salido y Sebastian bajó la escalera, llorando de ver á Jesusa meterse en el cuarto de enfrente sola con el periodista, que estrañando los bruscos modales de don Nicolás, dijo con indignacion.

—¿Habrase visto un tio mas bárbaro que este? le he de poner un párrafo en mi periódico que levante ronchas.

II.

Figúrese el lector (que aunque no sea papa ni pollo no por eso dejará de ser pío) cómo estaria el corazon de Jesusa al verse bruscamente insultada por el fanático don Nicolás. Avergonzada estaba la buena criatura delante del jóven periodista, que afanoso por captarse la voluntad de la muchacha vomitaba pestes contra el viejo desatento.

—No se desazone usted hija mia, decia Retazos con amabilidad, que una puerta se cierra y ciento se abren.

—Ya ve usted que no puedo menos de sen-

tir lo que me ha pasado, máxime cuando no he dado motivos para recibir tan inesperado ultraje.

—Y á usted qué le importa? todo eso no merece la pena. Usted se estará en su casa y Dios en la de todos. En fin, aquí tiene usted su carta que tanto parece que la interesa.

—Sí por cierto, es un secreto de mi vida.

En esto estaban cuando oyeron llamar á la puerta y fuertes voces en la escalera. Abrió la criada y apareció doña Timotea, que sin decir una palabra se apoderó de la carta arrebatándola de las manos del periodista, que se quedó como quien ve visiones. Detrás de doña Timotea habia entrado su esposo con el fin de escuchar la conversacion, y detrás de D. Nicolás iba Sebastianito que habia permanecido agazapado en la escalera no sabiendo qué hacer, si ir á casa á llorar la desgracia que le habian anunciado, ó volver á hablar á Jesusa, de quien no queria separarse un momento, como que era el único consuelo que le quedaba en el mundo.

—Que no lo sepa mi marido, que no lo huela Sebastian! dijo doña Timotea dejándo-

se caer sobre una silla suspirando.

—Que yo no lo huela? esclamó Sebastian.

—Que no lo sepa yo? murmuró don Nicolás.

El periodista se quedó atónito al oir las palabras de la señora mayor que tanto interés manifestaba en recoger la carta. Y mas atónita y aun sobresaltada quedó la jóven Jesusa, que sin saber el secreto que se encerraba en aquel papel, no dejaba de conocer que allí habia alguna noticia de importancia.

—Pero qué es esto, señora, qué dice esa carta, preguntó la jóven Jesusa.

—Esta carta!!!.... esta carta!!!....

Al oir hacer tales esclamaciones Jesusa y el periodista se prepararon á oir grandes novedades. Don Nicolás y Sebastianito aguzaron el oido en el pasillo, y ni los de fuera ni los de dentro respiraban por no perder una sílaba de la misteriosa revelacion que iba á hacer doña Timotea. Esta señora estaba tan agitada que apenas podia pronunciar, porque tenia trabada la lengua. Despues de

decir con mil aspavientos por dos veces ¡esta carta!! ¡esta carta!! tragó un cubo de saliva que atesoraba su pulida boca, y dijo:

—Esta carta dice mucho!!

—Quedamos enterados, contestó el periodista.

—Pero ¿qué dice? preguntó con impaciencia Jesusa.

Doña Timotea sentia una comezon de deseos de abrazar á la jóven que no podia dominarse; lloraba á lágrima viva, que nadie llora á lágrima muerta: levantóse por fin, tendió sus brazos colosales al cuello de Jesusa, y dando un grito agudo esclamó en su enagenacion maternal.

—Hija de mis entrañas!!!

—Madre de mi alma, todo lo oomprendo!! contestó Jesusa llorando.

—Cómo que hija y madre? dijo entrando don Nicolás en la sala mas celoso que un portugués.

Doña Timotea y Jesusa con los ojos llenos de agua no veian á nadie, y como hasta los sollozos y suspiros las impedian oir, no conocieron la voz de don Nicolás, y creyendo

que el que hablaba era el periodista, contestó la mas jóven:

—Sí, mi madre! ¿qué le importa á usted?

—Cómo que no me importa? esclamó don Nicolás que estaba bramando como un leon.

—Con que á mí no me importa?... Por vida de san mas acá y san mas allá, que son santos que van y vienen!...

Doña Timotea conoció entonces la voz de su marido y volvió á dejarse caer sobre la silla; no diré tanto como desmayada, pero poco menos. Jesusa, Sebastian y don Nicolás permanecieron tambien mudos espectadores por entonces: el único que habló fué el periodista, y este solo usó de la palabra para decir:

—Qué buen asunto para un artículo de fondo!

—Pero por Dios, muger, dijo don Nicolás ¿me quieres esplicar lo que significa todo esto? ¿qué demonios hay en esa carta?

—Aquí..... nada, contestó cortada doña Timotea.

—Nada?... yo digo que mucho y tú lo has dicho tambien, replicó don Nicolás.

—Nada.... volvió á decir la muger.... es una carta que.... pues.... es una carta.

—Ya lo veo, sí... pero ¿qué dice esa carta?

—No te interesa el saberlo.

—Una cosa es que no me guste y otra que me interese.... ya lo entiendo, estoy deshonrado, no me queda otro remedio que tirarme en el canal de cabeza.

—No por Dios, dijo doña Timotea procurando calmar á su esposo; no te tires, no hagas una calaverada, Nicolás.

—Pues si no me dices lo que contiene esa carta, no me tiraré de cabeza en el canal; pero por lo menos.... sí.... por lo menos me tiraré de piés, dijo enjugándose los ojos el marido celoso.

—Ni de piés tampoco, repuso la muger: lo mismo te ahogarias de piés que de cabeza.

—De verás? si me tiro de piés ó de cabeza me ahogaré?

—Sí, dijo la muger.

—Pues entonces ya no me tiro, contestó el marido, pero me volveré loco y me tendrán que encerrar en una casa de orates.

—No hagas tal, dijo la muger, que en esas casas curan á los enfermos á palos.

—De verás?

—Sí, Nicolás de mi corazon, si.

—Pues entonces tampoco pienso perder el juicio; pero cogeré un garrote y te romperé las costillas.

—No hagas eso, dijo la muger, porque te quedarás viudo y....

—Tanto mejor, contestó el marido.

—No por cierto, dijo la muger, porque si se averigua la causa de mi muerte, tomará cartas la justicia y te ahorcarán.

—Me ahorcarán de verás?

—O te darán garrote.

—Me darán garrote vil?

—Lo mismo que te lo digo.

—Pues entonces ya no te pego, contestó algo mas sereno don Nicolás; pero á lo menos, á lo menos.... que sepa yo lo que dice esa carta.

—Esta carta, dijo doña Timotea, esta carta es relativa al nacimiento de un jóven que se llama Sebastian como nuestro amigo.

—Qué dice usted? preguntó Sebastian.

—Es cierto? dijo con curiosidad el periodista.

—Lo que ustedes oyen.

—Ya veo que no me engañabas, contestó Sebastian dirigiendo la palabra á su amigo Retazos, pero ya que para convencerme de la identidad no necesito otro dato, dígame usted, señora, el nombre del que firma esa carta.

—Esta carta está firmada por un Antolin Cepeda, y al oir este nombre dió un grito la jóven Jesusa.

—Cepeda? preguntó Sebastian.

—Sí, Cepeda, dijo doña Timotea, le conocí mucho, y por cierto que como era hombre de estatura colosal le llamaban en el pueblo Cepedon.

—Pues entonces, contestó el periodista, á este jóven, que es un tercio de hombre, le tendremos que llamar Cepedita.

—Pero por qué habeis dicho aquello de hija y madre? preguntó don Nicolás que no comprendia una palabra de lo que estaba oyendo.

Doña Timotea hizo una seña á Jesusa en-

cargándola que tuviera discrecion, y volviéndose á su marido dijo:

—Ha sido para manifestarla mi contento.

—Por qué?

—Porque se casa.

—Con quién?

—Con Cepedita.... digo, con Sebastian, y como á Sebastian le miramos nosotros como si fuera hijo....

—Ya entiendo, contestó don Nicolás muy tranquilo.

Nicolás y Jesusa se quedaron parados al oir la estraña salida de doña Timotea. El periodista fué el que terció el morro y dijo:

—Con que se casa Cepedita, eh?

—Sí señor, contestó doña Timotea.... pero esto es un secreto.

—A voces, esclamó el periodista.

—No se lo diga usted á nadie, dijo la muger.

—A todo el mundo, respondió quemado Retazos.

—No por Dios, no se lo diga usted á nadie.

—Que no se lo diga á nadie, eh? dijo Re-

tazos tomando el sombrero y se despidió gritando como un loco ¡gran noticia! ¡Cepedita se casa! lo pondré en mi periódico, en pasquines.... en todas las esquinas, hasta en los asientos del prado! ¡Gran noticia!... ¡Cepedita se casa! y dió un portazo que estremeció las paredes y dejó como petrificados á don Nicolás, Jesusa, doña Timotea y Sebastian, alias Cepedita.

III.

Sebastian, ó lo que es lo mismo Cepedita, ó por otro nombre el jóven incauto, no se ofendió de las palabras de doña Timotea; porque viéndose el infeliz sin padre, espuesto á ser arrojado de la que antes habia creido su casa por los mismos que en otro tiempo le respetaban, vió el cielo abierto al considerar que podia enlazar su suerte con la de Jesusa, jóven hermosa y rica, que como dicen los andaluces, tanto vale lo juno como lo jotro. Si él hubiera sabido el contenido de la carta, acaso no se hubiera contentado con la

mano de la hija de doña Timotea, porque entonces no necesitaba casarse con ella para ser dueño de sus bienes, y si hemos de ser francos, el jóven incauto mas bien solicitaba los intereses que la muger. Pero Sebastian ignoraba su posicion y queria mejorar su suerte á todo trance, á caiga el que caiga, venga por donde viniere y salga el sol por Antequera. Por eso cuando oyó decir que se casaria con Jesusa respiró con aire de satisfaccion, y hubo un instante en que se olvidó de sus preocupaciones y hasta del difunto á quien habia creido su padre.

Don Nicolás con las manos atrás y la frente inclinada, estaba en pié, meditabundo, sin decir una palabra en pro ni en contra del casamiento, porque otras consideraciones embargaban á la sazon su pensamiento. Despues de algunos minutos de sepulcral silencio, levantó los ojos que habia tenido clavados en el suelo, y fijándolos en Sebastian le dijo con gravedad y misterio.

—Tenemos que hablar los dos.

—Cuando usted guste, contestó el jóven incauto.

Y este y el otro, y el otro y este, salieron de la sala de Jesusa en direccion de la habitacion de enfrente, que era la de don Nicolás. Al cerrar la puerta se quedó este buen hombre como estupefacto, creyendo haber vuelto á oir aquello de ¡hija mia! ¡madre de mis entrañas! y estuvo tentado por volver á llamar con el objeto de averiguar el misterio. Pero reflexionándolo bien siguió la marcha hácia su casa, porque conoció que nada podria averiguar de aquel secreto que tantas cosquillas le hacia en el honor.

Don Nicolás y Cepedita entraron en la habitacion de enfrente, tomaron asiento en el sofá del gabinete, apoyó cada cual el codo sobre el respaldo y la cabeza sobre la mano, y así permanecieron un cuarto de hora sin decir oste ni moste.

Rompió el silencio el jóven incauto para decir solamente:

—Qué me queria usted decir?

—Mucho y nada, contestó don Nicolás cada vez mas melancólico.

—Pues una de dos, repuso Sebastian, si es mucho no puede dejar de ser algo, y si

nada, no puede ser mucho. Esplíquese usted don Nicolás: ¿qué quiere usted decir con eso?

—Que no te cases, dijo secamente el viejo de las preocupaciones.

—Que no me case? hay algun inconveniente?

—Sí que le hay, y muy grande.

—Sepamos cuál es.

—Esa jóven es una muchacha de nacimiento oscuro.

—No importa: ya usted ve lo que me pasa á mí, que hace poco me creia un hidalgo de primera tenaza, y en este momento no sé la sangre que circula por mis venas.

—Es verdad, dijo don Nicolás, pero tú te casas con esa muger por el dinero.

—No hay tal cosa, me caso con ella porque es jóven y hermosa, porque me gusta, me encanta, me enamora, me fascina; y aun estuviera Sebastian hacinando verbos si no le hubiera interrumpido don Nicolás diciendo:

—Pero esa jóven no tiene un cuarto.

—Qué dice usted? esclamó el jóven incauto descolorido con semejante noticia.

—Lo dicho dicho, esa jóven no tiene un cuarto.

—Pues si todos dicen que es tan rica!

—Dentro de poco será muy pobre.

—Esplique usted ese enigma.

Don Nicolás observó la mortal palidez del jóven incauto al saber que Jesusa era pobre ó estaba muy cerca de serlo, y dijo para sí: esto va bien, á poco que yo insista desiste Sebastian. Luego volviéndose á el jóven incauto le dijo en voz baja:

—Te voy á revelar un gran secreto.

—Hable usted, hable usted! contestó impaciente Sebastian.

—Pero no se lo digas á nadie.

—A nadie.

—Pues escucha, prosiguió don Nicolás bajando mas la voz; yo soy un conspirador...

—Un conspirador!!!

—Chissss!!! habla bajo que las paredes oyen. Yo soy un conspirador que estoy en trabajos de mucha importancia, y cuyos resultados sumirán á Jesusa y otros mil en la miseria.

—Pues de qué se trata?

—De la devolucion de bienes nacionales.

—Con que segun eso, Jesusa es poseedora de bienes nacionales?

—Sí, amigo mio, y por lo tanto se va ahora á quedar sin el santo y la limosna: con que ya ves que no debes tratar de semejante casamiento, que no te conviene ni por los intereses de la novia ni por su linage sospechoso.

Sebastian habia sido siempre un acérrimo enemigo de los compradores de bienes nacionales, pero se constituyó en defensor suyo tan pronto como conoció que el adherirse á este partido de intereses creados por la revolucion era el único medio de hacerse propietario. Así son todos los hombres; cambian de color siempre que el interés les halaga, y no como quieren suponer algunos perjuros que llaman á su apostasía conversion laudable, nacida de una profunda conviccion y fruto de un exámen prolijo de las cosas. Sebastian se hizo ya revolucionario aunque no quiso manifestarse ostensiblemente enemigo de don Nicolás, y solo se atrevió á decir á medias palabras.

—Todo eso está muy bien, pero yo dudo mucho que se vuelvan los bienes vendidos.

—Tú lo verás, al freir será el reir, contestó con cierta seguridad don Nicolás.

—Y respecto del otro particular, continuó Sebastian Cepeda, ya ve usted que no porque la jóven sea oscura ha de ser mal nacida; porque ¡cuántos lances ocurren en este mundo! Usted mismo ¿no habrá tenido algun tropiezo? ¿y quién sabe si algun hijo de usted andará por esos lugares, agobiado tambien por las preocupaciones humanas, que no le dispensarán el menor favor creyéndole un ente despreciable por la oscuridad de su nacimiento?

—¡Ay!! esclamó don Nicolás y no tuvo aliento para mas.

—¿Qué es eso, amigo mio? ¿se pone usted malo?

—No.

—Pero ¿qué siente usted?

—Nada y mucho.

—Repito lo de antes señor don Nicolás ó lo primero ó lo segundo; el nada y el mucho son dos cosas que braman de verse juntas.

—Me has destrozado el alma, Sebastian, dijo tristemente el viejo.

—¿Con lo que he dicho? ¿con que tal vez no he andado desacertado al suponer que usted fuera capaz de tener sus hijos rodando por el mundo?

—¡Ay hijo mio, no lo sé!

—Pues entonces lo sabré yo.

—Escúchame que te voy á confiar un secreto de la mayor trascendencia.

—Hable usted.

—Pero no se lo digas á nadie.

—A nadie.

—Yo he sido un insensato, dijo don Nicolás; te contaré en pocas palabras una historia que me desgarra el corazon. Yo me he horripilado al oir á mi muger decir hija mia, porque todos los hombres somos intolerantes y no nos acordamos jamás de nuestros deslices. ¡Ah! Yo no creo en mi muger una vergonzosa debilidad; pero si ella fuera criminal ¿qué derechos tendria yo para reprenderla? Yo la he amado hace muchos años; por ella senté plaza cuando sus padres me rechazaron; yo llevaba grabado en el corazon el

nombre de Timotea cuando andaba por esos caminos, y sin embargo del amor que la tenia, se me presentó una ocasion funesta de pecar y cometí una infidelidad que juzgaba imposible.

—Eso es atroz señor don Nicolás.

—Sí, Sebastian, muy atroz, pero lo cierto es que soy culpable. Una noche que iba yo con mi regimiento á marchas forzadas ¡santo Dios, qué recuerdo tan dulce y tan amargo! entramos en un pueblo á pedir raciones, yo me metí en una casa donde habia una jóven sola y...

—¿Qué sucedió?

—Nada y mucho.

—Dale con mucho y nada, todo á un tiempo.

—Figúrate tú lo que sucederia... en fin salí de allí y como en seguida tuvo que marchar el regimiento no he podido volver á saber de aquella jóven desgraciada.

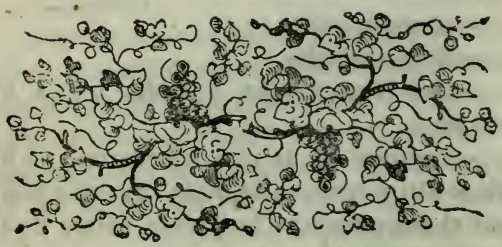
—¿Y cómo se llama aquel pueblo?

—Se llama Molina de Aragon. Esto que te digo me sucedió, y en tantos años como llevo de casado no he tenido valor para con-

fiárselo á mi esposa. A tí solo, Sebastian te cabe el orgullo de saber este secreto, y si te lo he revelado ha sido en la inteligencia de que no se lo dirás á nadie.

—Como si hubiera caido en un pozo, dijo el jóven incauto.

Pocos momentos despues estaba Sebastian en conferencia con la jóven Jesusa.



IV.

—Estoy asombrado! dijo Sebastian entrando en casa de Jesusa.

—De qué? preguntó la jóven.

—Estoy aturdido.

—Pero de qué?

—Estoy horrorizado.

Y Sebastian paseaba arriba y abajo por la sala, mientras que las mugeres, mas asombradas, mas aturdidas y mas horrorizadas que el jóven incauto, se miraban sin acertar á decir una palabra.

—Qué, será usted capaz de dejarme mal? dijo doña Timotea.

—Con quién habla usted? preguntó Sebastian Cepeda.

—Con usted, contestó la muger de don Nicolás: yo he dicho antes, que usted seria el esposo de mi hija.... ¿qué digo? de mi amiga Jesusa.

—Y yo estoy muy conforme con esa boda si á esta señorita la parece bien. Hoy me he vuelto lo de arriba abajo; ya no soy quien era: han desaparecido para siempre en mí las preocupaciones rancias que abrigaba y soy todo de mi señorita doña Jesusa. Pero si usted no lo toma á mal quisiera que habláramos un rato á solas.

Jesusa habia hablado ya con su madre y tambien habia leido la carta, por lo cual deseaba contraer matrimonio con el jóven incauto, como heredero legítimo de los bienes que ella estaba disfrutando. Pensaba informarle del contenido de la carta despues del casamiento, cuando ya Sebastian no pudiera jugarla una mala partida, y así decidió gustosa tener una conferencia amistosa con el novio, prévio el permiso de doña Timotea.

Sebastian y Jesusa pasaron al gabinete.

—Y bien, dijo Jesusa: ¿qué tiene usted que decirme?

—Es cosa muy formal, contestó Cepedita. Yo sé que hoy es usted rica y puede ser pobre muy pronto.

—Qué dice usted? esclamó Jesusa sobresaltada, creyendo que Sebastian estaba en el secreto de la carta: ¿sabe usted bien lo que dice?

—Vaya si lo sé, respondió Sebastian; como que todo depende de mí.

Sebastian se referia á los proyectos de don Nicolás sobre la devolucion de bienes, cosa que ignoraba enteramente Jesusa, por lo cual al oir á Sebastian hablar en los términos en que lo hizo se persuadió mas y mas de que estaba ya en los permenores de su vida.

—Con que todo lo sabe usted? preguntó Jesusa con acento melancólico y como implorando la compasion del jóven incauto.

—Sí señora, todo lo sé, y por fortuna triunfaremos de nuestros enemigos. He conocido sus intenciones; he descubierto sus intrigas diabólicas, y desde hoy, renunciando á mis ilusiones aristocráticas, me alisto

voluntariamente en las filas del pueblo.

—Con que desde hoy se hace usted liberal? ¡Cuánto me alegro!

—Sí señora, me he convencido de mi error; me avergüenzo de haber sido jamás enemigo de los compradores de bienes nacionales. Por fortuna conocemos las tramas de los absolutistas y no triunfarán; yo se lo aseguro á usted, no triunfarán.

Jesusa quedó mas perpleja aun al oir estas palabras que no comprendia: conoció por ellas que Sebastian no estaba tan informado del contenido de la carta como habia pensado; pero no sabia á dónde iba á parar el jóven incauto con sus protestas de liberalismo y sus anatemas á los absolutistas.

—Quiere usted esplicarme, le dijo, qué significa todo eso?

—Es un secreto amiga mia, es un secreto que voy á revelar á usted con la condicion de que no lo ha de decir á nadie.

—Hable usted dijo Jesusa, hable usted, que cosa que á mí se me confie, como si cayera en un pozo.

—Pues en ese caso, hablaré sin ninguna

reserva. Sepa usted, señorita, que hay quien conspira contra usted.

—Contra mí?

—Así como suena.

—Y quién puede conspirar contra mí?

—Don Nicolás, señorita, su vecino don Nicolás.

—Está usted seguro?

—Lo sé de su propia boca.

—Y qué es lo que medita contra mí ese buen hombre?

—Ahí es nada; medita arruinarla á usted, sumirla en la miseria; ¡ qué infamia!

—Pero por qué medios? ¿ qué daño le he hecho yo?

—No tiene otro motivo que sus preocupaciones. Siempre ha sido enemigo de la libertad, y por consiguiente de la igualdad; está á matar con usted porque como sabe su nacimiento....

—Qué, sabe mi nacimiento?

—Sí señora, y yo tambien.

Usted tambien? y ¿ quién se lo ha dicho á ustedes? Esto ha sido un secreto á voces.

—Lo cierto es lo que la digo á usted, y

lo verdadero es que conspira porque se le devuelvan al clero los bienes no vendidos y los vendidos, en cuyo caso quedaria usted por puertas; pero yo tengo medios de inutilizar sus trabajos, y lo repito, triunfaremos. Los bienes vendidos no se devolverán, porque esta sola medida haria una revolucion que tiemblan los serviles. Pero no será porque don Nicolás no ponga los medios para ello.

—Quién lo habia de esperar de don Nicolás, dijo Jesusa haciéndose cruces.

—Y si supiera usted su vida, mucho menos.

—Su vida? ¿qué, tiene algo de misteriosa su vida?

—Es atroz, señora, es atroz la vida de don Nicolás: segun él me ha confesado hoy sus locuras de cuando era jóven, no será estraño que tenga por ese mundo una docena de hijos.

—Es posible! y luego se escandalizaria si supiera que su muger....

—Qué.... doña Timotea tambien ha sido muger de mala conducta?

—Ah! por Dios no revele usted á nadie este secreto que le voy á confiar, dijo Jesusa; he cometido una imprudencia, pero no se lo diré á nadie mas.

—Hable usted amiga mia, hable usted lo que quiera que todo quedará sepultado aquí en el corazon, y Sebastian se dió un golpe tan tremendo en el pecho que sonó como si hubiera pegado con un mazo en la tripa de una tinaja.

—Pues amigo mio, dijo Jesusa, ha de saber usted que doña Timotea es mi madre.

—Me deja usted atónito.

—Sí señor; yo soy su hija, lo hemos descubierto en la carta que todos nos disputábamos.

—Y cómo se esplica este negocio? ¿cómo ha podido guardarse hasta hoy este secreto sin llegar á oidos de don Nicolás?

—Esto yo se lo esplicaré á usted mas despacio, contestó Jesusa; por ahora, bástele á usted saber que doña Timotea es mi madre. ¿Y qué es lo que don Nicolás le ha contado á usted de bueno?

—Me ha contado una historia espantosa.

—No la puedo yo saber?

—Sí señora; un amigo ó una amiga no mas no importa que lo sepan.

Efectivamente, cuando el hombre tiene un secreto nunca le falta un buen amigo á quien confiárselo, haciéndose la cuenta de que porque uno lo sepa no se divulgará; pero esto está mal calculado, porque como dige al principio de este cuento, un amigo se lo cuenta á otro amigo, este otro amigo se lo dice á otro amigo, y por una série infinita de amigos llega el secreto á saberse en todas partes. Sebastian confiando en la discrecion de Jesusa, habló en estos términos.

—Don Nicolás amó á doña Timotea desde muy jóven.

—Ya lo sé.

—Los padres de doña Timotea despidieron á Sebastian con cajas destempladas, y él aburrido hizo la calaverada de sentar plaza de soldado.

—Tambien lo sé.

—Don Nicolás fué soldado, y siendo soldado pasó una vez por Molina de Aragon.

—Por Molina de Aragon? ¿y qué? cuén-

temelo usted, dijo Jesusa, que desde que oyó el nombre de este pueblo tomó un interés mas vivo en la historia de don Nicolás. Sebastian Cepeda, ó lo que es lo mismo Cepedita, continuó:

—Pasó por Molina de Aragon con su regimiento á eso de anochecido, y la tropa no paró en el pueblo sino el tiempo necesario para pedir raciones.

—Y qué? acabe usted pronto, que me interesa demasiado esa curiosa relacion.

—Entró don Nicolás en una casa y encontró á una jóven sola; cerró la puerta y....

Jesusa dió un grito esclamando:

—Dios mio qué casualidad! y sin oir mas palabras corrió como una loca hácia donde estaba su madre.

Sebastian, estupefacto al oir la esclamacion de Jesusa, quedóse al pronto inmóvil; pero luego decidió seguir á su novia y salió del gabinete á tiempo que llamaban á la puerta.

—El caso es que ha salido la criada, dijo Jesusa, si hiciera usted el favor de abrir se lo agradeceria mucho, señor Cepedita.

Salió Sebastian á abrir la puerta, porque ya de nada se desdeñaba desde que pensaba contraer matrimonio con una compradora de bienes nacionales.

—Quién? preguntó Sebastian.

—Abra usted, contestó una voz que él conocia demasiado.

Era el jóven periodista, que entró hecho un tarambana y dijo:

—Aun estás por aquí con la desgracia que ha habido en tu casa?

—Sí, amigo mio, porque aquí tambien pasan cosas sobrenaturales, contestó el jóven incauto.

—Pues qué es lo que pasa?

Sebastian no queria revelar el secreto, pero creyendo que no por contárselo á Retazos se divulgaria demasiado, le refirió cuanto sabia de doña Timotea.

—Con que es madre de Jesusa? preguntó el periodista.

—Lo que oyes? contestó Sebastianito.

—Jesus! replicó el primero; ¡qué buena materia para un folletin! ¿pero no vas hoy á tu casa?

—Sí, sí, dijo Sebastion; voy de dos brincos á mi casa y luego vuelvo.

Tan pronto como Cepedita salió para irse á su casa, entró Retazos en la de Nicolás á contarle todo lo que sabia.

V.

Pacífico y sosegado estaba don Nicolás empotrado en una butaca de á treinta y seis, medio dormitando, cuando llegó don Lorenzo Retazos, jóven atroz, que por ver á otro sin un ojo hubiera sido capaz de quedarse ciego.

—Que sea enhorabuena, señor don Nicolás, dijo entrando con el sombrero puesto, cosa que le sabia muy mal al viejo de los ribetes aristocráticos.

—Enhorabuena? ¿de qué? preguntó con curiosidad.

—Es usted hombre feliz.

—No concibo..... pero sí..... ya caigo..... no podia menos de ser así. Se trata de la devolucion de bienes?

—Todo lo contrario; creo que los bienes no se devolverán porque hay alguna fundada resistencia de parte de los compradores, muchos de los cuales pertenecen á lo que se llama el partido de la situacion. Ahora, si se trata de otros bienes...

—Qué otros bienes pueden ser esos?

—Toma, Geroma..... Hay muchas clases de bienes que se pueden devolver, y son todos aquellos que se perdieron algun dia y cuando menos se piensa se rescatan.

—Eso me huele á pulla, amigo mio, y yo no estoy para chanzas cuando se trata de cosas muy formales.

—Quién le ha dicho á usted que yo no hablo con formalidad?

—Dejémonos de cuentos y vamos á lo que nos importa. Cree usted con fundamento que los bienes vendidos no se devolverán?

—Y tanto como lo creo, y apostaré doble contra sencillo.

—Pues crea usted que lo siento.

—Y por qué?

—Porque si no se devuelven ahora se devolverán mas tarde, cuando nuestro amigo Sebastian sea víctima de una medida que reclaman imperiosamente la justicia y la religion.

—Pues qué pito toca Sebastian en estas cuestiones?

—Ay! amigo, dijo don Nicolás frunciendo las cejas, Sebastianito se nos ha echado á perder, y lo siento verdaderamente, porque le aprecio como se merece; pero ya se ve, engreido con las riquezas que ha soñado poder disfrutar, está hecho un Herodes por esa jóven advenediza, por esa jóven aventurera del otro cuarto principal. Como que segun se me ha esplicado hace un momento, trata de casarse.

—Eso ya lo sabia yo.

—Pues ahí está el mal. Ese jóven incauto se casa con esa perdularia de doña Jesusa por la golosina de sus haciendas, que todo eso no vale nada, porque no goza mas que cuatro fincas de bienes nacionales, y

como esto, tarde ó temprano, ha de volver á los frailes!!

—Está usted en su juicio?

—Ay! amigo, contestó don Nicolás con presuncion, ¡es usted muy jóven!! Yo quisiera que lo que habia de ser despues se hiciera desde luego, sobre la marcha, y de este modo no cometeria Sebastianito la imprudencia de casarse, esponiéndose á verse chasqueado el dia que menos se piensa.

—Con que es decir que usted conspira contra Jesusa?

—Sí señor.

—Con que es decir que usted conspira contra su hija.... es decir, contra la hija de su muger?

—Qué quiere decir eso?

—Esto quiere decir que doña Timotea tiene una hija que es Jesusa, que usted conspira contra Jesusa y que por consiguiente conspira usted contra la hija de su muger, que equivale á conspirar contra su propia hija.

—Vive Dios que no lo entiendo!

—Pues yo sí, y en prueba de que lo que

digo es verdad, puede usted consultar la carta que todos nos hemos disputado y ahora está en poder de doña Timotea: allí se aclarará el negocio.

—Es posible! esclamó aterrado don Nicolás. Mi muger tiene una hija! ¿quién se lo ha dicho á usted? Yo no puedo creer semejante infamia.

—Pues debe usted creerlo todo, porque me lo ha dicho Sebastian que está muy bien informado de todo lo que hay en el particular, y yo que le quiero á usted bien, no he vacilado en referirle lo que pasa, á pesar del secreto que se me ha encargado y que yo prometí guardar.

—Sí, no será mal secreto sabiéndolo usted: ¡secreto á voces! contestó cada vez mas angustiado el pobre don Nicolás. Ah! mugeres ¡la mejor es un tigre! y lloraba el buen viejo hilo á hilo como si se le hubiera muerto su padre.

—No se desconsuele usted don Nicolás; es cosa que ya no tiene remedio y no hay mas que conformarse con la voluntad de Dios.

Estas palabras dichas con cierta intencion

de mofa acabaron de irritar á don Nicolás que no hallándose con fuerzas para dar un bofeton á Retazos, se contentó con lanzarle una iracunda mirada y esclamó:

—La voluntad de Dios!..... por vida del otro Dios!!

—Doña Timotea es muger virtuosa, no se puede dudar, continuó Retazos con el mismo tono de burla.

—Ah!¡calle usted! ¡calle usted ó me pierdo! dijo don Nicolás apretando los dientes. Esa no es mi muger, es un demonio. Si yo la viera entrar ahora la ahogaba.

Esto decia don Nicolás cerrando los ojos de desesperacion, cuando sintió que le abrazaban con un entusiasmo poco comun. Abrió los ojos y conoció á su muger que le estrechaba con delirio gritando:

—Albricias Nicolás, todo se ha descubierto.

—Por mi desgracia! contestó don Nicolás, quítate muger infame, de mi presencia!

—Aquí la tienes, mírala, continuó doña Timotea llorando de alegría; aquí está nuestra hija. Cómo no te vuelves loco de contento?

—Lo que habias de preguntar, contestó don Nicolás, cómo no me arrojo al canal de cabeza despues de este fatal descubrimiento.

—Pero si esta jóven....

—Ya lo sé, es tu hija.

—Y tuya tambien.

—Renuncio la parte que me toca.

—Nicolàs, tú estás mal informado, serénate.

—Me serenaré un demonio.

Jesusa, no pudiendo resistir mas tiempo la emocion que esperimentaba, se abrazó á don Nicolás gritando.

—Padre! ¡padre! ¡aquí tiene usted á su hija!

—Déjame en paz, vete con tu madre al nfierno.

Y esto diciendo arrojó con desden á Jesusa de sus brazos, haciéndola recular hasta cerca de la pared. Visto esto por Retazos, que estaba en sus glorias cuando el prógimo se incomodaba, se abalanzó á los brazos de don Nicolás y estrechándole con entusiasmo gritó desaforadamente:

—Aquí estoy yo! ¡quiérame usted á mí!

Don Nicolás forcejeó lo que pudo hasta desprenderse de los brazos del jóven calavera, que le tenia aburrido con tan pesadas chanzas en tan apurada situacion.

—Dejadme todos, esclamó, yo me voy de esta casa donde no os vea mas á ninguno.

—Pero Nicolás, dijo doña Timotea.

—Pero demonio, contestó don Nicolás.

—Oyeme, escúchame un momento, y despues haz lo que quieras de mí.

—Pues bien, habla, habla esfinge de Satanás, háblame por última vez, porque hoy es el último dia de mi vida.

—Te acuerdas de cuando sentaste plaza?

—Ojalá no hubiera salido del servicio, ya seria teniente, capitan, ó coronel.

El periodista, con la mala intencion que le caracterizaba, empezó á cantar:

Cásate y tendrás muger,
y vivirás lindamente;
llegarás á coronel
sin haber sido teniente.

—Mis padres, continuó doña Timotea, viendo el peligroso estado de mi salud, me enviaron á tomar aires á Molina de Aragon.

—Eh? ¿qué dices? A Molina.... á Molina de Aragon?

—Sí; todo lo he sabido por Jesusa á quien se lo refirió Sebastian, el cual lo sabia por tí, todo, todo.

—Pero qué has sabido?

—Que el soldado que entró én mi casa al anochecer...

—Era yo! todo lo comprendo, esclamó entusiasmado don Nicolás; con que segun eso la jóven aquella....

—Era yo!! respondió doña Timotea con alegría; á poco tiempo tuve una hija, tuvimos una hija, y esta hija.....

—Era yo!!! contestó Jesusa.

Imposible nos seria pintar el júbilo de don Nicolás; arrojóse frenético en los brazos de su hija y de su muger, gritando como un loco.

—Hija mia! ¡esposa de mi corazon! ya no conspiraré mas contra los compradores de

bienes nacionales; á lo cual contestó el periodista:

—Qué buena materia para un artículo de fondo!

Estas fueron las últimas palabras que pronunció Retazos en casa de don Nicolás, porque cansado el viejo de tantas chanzas, le despidió de su casa, y desde entonces el jóven periodista profesó un odio inestinguible á don Nicolás, á doña Timotea, á Jesusa y á Cepedita.

Hemos visto la facilidad con que un secreto revelado á un amigo en confianza, llega á hacerse público bien pronto; cosa que si en esta ocasion fué conveniente porque don Nicolás y doña Timotea tuvieron pié para quererse mas con la revelacion de un secreto que hubieran llevado á la tumba, muchas veces puede ser perjudicial, y en esta alternativa yo estoy por el refran «no hay mejor palabra que la que está por decir.»

Ordenóse el casamiento secreto de Jesusa con Cepedita, y se verificó antes de enseñarle la carta donde constaba que el jóven in-

cauto era el legítimo poseedor de los bienes de Jesusa. En esto hubo precaucion; hubo verdadero secreto, porque nadie lo supo mas que los interesados y por eso no se descompuso la boda; pero en cuanto al secreto del casamiento, sucedió lo mismo que habia sucedido con el secreto del nacimiento de Jesusa; lo supo un amigo de confianza y por este se divulgó en todo Madrid, pues apenas llegó á noticia de don Lorenzo Retazos, cuando este hombre de trueno armado de carbon y lápiz, se fué por todas las calles de la córte estendiendo la noticia, de modo que no hubo persona en la poblacion que lo ignorase. En todas las paredes y en todas las esquinas se leyó por algun tiempo, y existe todavía, esta inscripcion:

CEPEDITA SE CASA.

Lo mismo se leía en los bancos del Prado, en los portales y en los periódicos que se alarmaron justamente, no tanto por lo grave, cuanto por lo estraño y misterioso de la noticia. Y por último, en el *Fandango*, pe-

riódico de buen humor, se leia últimamente esta quintilla de mi amigo el fecundo poeta satírico Ayguals de Izco.

A pesar de lo que pasa
en casa de don Cornelio,
es cierto, doña Tomasa,
lo mismo que el evangelio,
que CEPEDITA SE CASA.

FIN.

Los
NEGROS.

PRÓLOGO

DE LA

SOCIEDAD LITERARIA DE MADRID.

IENDO el objeto de El Cancionero del Pueblo propagar ideas que hagan conocer á las inmensas masas del trabajo y de la virtud, lo que son, lo que valen y lo que pueden, ninguna obra mas digna de figurar en sus páginas que el drama de Los Negros. Así lo han conocido los muchos suscritores ilustrados que han solicitado su insercion, y la Socie-

DAD LITERARIA se apresura á complacerles, deseosa de hacer mas variada y amena la lectura del CANCIONERO.

El drama de LOS NEGROS fué una especie de improvisacion para celebrar en el teatro de Valencia la restauracion del código de 1812 á consecuencia de los sucesos de la Granja. Estrenóse en dicha ciudad el 21 de agosto de 1836, y obtuvo un éxito brillantísimo. Copiaremos lo que sobre esta representacion dijo, entre otros muchos elogios, el DIARIO MERCANTIL:

«La funcion teatral estuvo lucidísima, y el drama, aunque no de circunstancias, abundando sin embargo en rasgos de patriotismo, filantropía, amor á la libertad y odio al despotismo, entusiasmó al público, en términos que pidió á gritos se presentase el autor á las tablas. El modesto

poeta no pudo negarse á tan lisongera aclamacion, y recibió los aplausos repetidos á que le hace acreedor su relevante mérito. Tenemos el placer y la vanidad de anunciarle, que lo es el jóven don Wenceslao Ayguals de Izco, natural de Vinaroz.

En 26 de noviembre de 1841 se representaron Los Negros en el teatro de Vinaroz, patria del autor, siendo este alcalde primero y comandante de la Milicia Nacional.

La Tribuna del 3 de diciembre del mismo año publicó la siguiente carta:

«Vinaroz 30 *de noviembre de* 1841.

Señor redactor de la Tribuna.

Muy señor nuestro: Hace tres noches consecutivas que nuestro teatro es el objeto de la admiracion y de los aplausos de un público entusiasmado, compuesto no solo de los habitantes de esta villa, sino de los

forasteros que concurren de todos los pueblos inmediatos á ver la representacion del famoso drama de Los Negros, original de nuestro alcalde primero constitucional D. Wenceslao Ayguals de Izco. No analizaremos las bellezas de esta hermosa composicion, porque además de ser empresa superior á nuestras fuerzas, seria incompatible con los estrechos límites de un periódico. Baste decir que en la primera noche fué obligado el poeta á presentarse en la escena, donde recibió los vítores y aplausos del público. El señor Ayguals trató modestamente de evitar este paso, saludando al público desde la silla de la presidencia que ocupaba; pero esta demostracion de gratitud, lejos de calmar el entusiasmo general, le acrecentó en términos, que tuvo el poeta que acceder al deseo de los espectadores. Apenas pisó las

tablas, resonó por todos los ángulos del edificio una salva de aplausos; llenóse el escenario de dulces; se le arrojaron de los palcos dos coronas de laurel, y como por encanto viéronse revolotear por todas partes multitud de palomas y de pajarillos. Mucho se ha desvelado nuestro digno amigo y paisano en beneficio del pueblo que le dió el ser; pero si no bastaban las pruebas de confianza con que le han favorecido siempre sus conciudadanos, la última demostracion de aprecio que acaban de tributarle, es el galardon mas bello á que puede aspirar el hombre de bien. Este éxito brillante era justo y merecido. La música de los coros, compuesta por don Sebastian Sastre, es digna del drama. Los actores se han escedido á sí mismos en el desempeño. No hemos visto una representacion mas lucida en los tea-

tros principales de España; y como el lujoso aparato teatral nada dejaba que desear, todo ha contribuido á la perfeccion del espectáculo.

Ya en Valencia cuando se estrenó el drama de Los Negros en 21 de agosto de 1836, fué el señor Ayguals llamado á la escena. No podemos menos de complacernos en los triunfos de nuestro paisano; y estimaremos á usted, señor redactor, se sirva insertar estas líneas en su apreciable periódico, y les quedarán agradecidos—*Varios vinarocenses.*»

Don Wenceslao Ayguals de Izco y don Antonio García Gutierrez, en la misma época, aunque en distintos teatros, han sido los dos primeros poetas que han recibido en España el honor de ser llamados á la escena.

Los Negros leyéronse en Madrid ante una reunion de literatos y personas notables en casa del Excelentí-

simo señor don Agustin Argüelles, amigo del autor. El drama fué unánimemente aplaudido, y particularmente el señor Argüelles hizo de él tan elevados elogios, que el autor se creyó obligado á dedicárselo. La dedicatoria fué admitida, y en cambio regaló Argüelles á su amigo Ayguals de Izco un elegante egemplar de la obra Reforma Constitucional, publicada en Londres por aquel eminente orador, quien puso en la primera hoja una nota de su propio puño que honra altamente al autor de Los Negros.

LOS NEGROS,

drama trágico en tres actos,

DEDICADO

AL EXCMO. SR. D. AGUSTIN ARGÜELLES

por

D. Wenceslao Ayguals de Izco.

EX-DIPUTADO A CORTES.

Representado por primera vez en el teatro de Valencia el 21 de agosto de 1836.

PERSONAS.

JUAN. . . . . Rico comerciante ingles.
GUILLERMO. . . Su hermano.
ADA. . .
LILÍ. . .
AYOS. . . } Negros esclavos.
ZAMEO. .
PABLO. . . . . *Blanco*, criado de Juan.
El Vigilante de los esclavos. *Blanco*.
Esclavos negros de ambos sexos.

LA ACCION PASA EN JAMAICA.

Al Excmo. Sr. D. Agustin Arguelles.

ODA.

Oprobio á la falsía
Del vil adulador que inciensos rinde
Ante el solio de infame tiranía,
Y del honor prescinde
Por saciar la ambicion de su alma impía.

De sacra independencia
Siento en mi seno hervir el dulce encanto;
Y mi númen desdeña la elocuencia
Del trovador de Ofanto,
Si es vil lisonja la sublime ciencia.

Ante régios doseles
Póstrese el siervo (del baldon emblema)
A quien fascinen pompas y oropeles
De orgullosa diadema;
Yo amo la libertad, déspotas crueles.

Solo al infame plugo
Besar humilde la sangrienta mano
Que altiva labra su ominoso yugo.
¡Odio eterno al tirano
Que á rey se eleva para ser verdugo!

Palpita en dulce calma
Mi corazon y libertad me inspira:
El amor de los libres es mi palma
Cuando al pulsar la lira
Sueltan mis lábios la espresion del alma.

Cuando sacra justicia
Demando al cielo y la venganza imploro
De sangre que brotó por la codicia,
Por el afan del oro,
Por la infanda ambicion que al hombre vicia.

Cuando férvido encono

Lanzo en contra de vos, liberticidas,
Cuando los fueros del mortal pregono,
Huid, almas corrompidas,
Que un ilustre varon es mi patrono.

Aquel varon sublime
Que solo en Dios soberanía acata,
No en la maldad que á la inocencia oprime;
Ni tiembla en suerte ingrata,
Ni adula á reyes, ni entre siervos gime.

Así lloró á sus solas
En pobre emigracion, mas no cautivo,
Holladas las virtudes españolas;
Y el Támesis, altivo
Le retratára en las soberbias olas.

Tus mas tiernos abriles
Meció Minerva ¡oh sábio! en noble cuna,
Do el gran Pelayo, en años varoniles,
Holló la media luna
Signo de infamia en estandartes viles.

«¿Gente goda vacila
Ante el coloso que la insulta y doma?

(Gritó el caudillo) ¿Triunfará tranquila
La audacia de Mahoma?
Tiembla, Tarif, soy hijo de Favila.»

Dijo, y negras injurias
Lavó, que mancillaban el decoro
Del honor español. Domó las furias
Del orgulloso moro,
Y el grito ¡Libertad! tronó en Asturias.

Con intrépida saña
Lanzáronse cien héroes á la liza.
Tarde lloraron su traidora hazaña,
Los hijos de Witiza:
Triunfó el valor, la independencia, España.

Fama ilustre, remota,
Logró el laurel del adalid ibero,
Y humana sangre entre sus hojas brota,
Que el fulminante acero
Derramára iracundo en la derrota.

Un dia clamó Bruto
¡*Ya es libre Roma*! se aterró natura,
Y ardiente aplauso en popular tributo

Coronó su bravura
De crímen y virtud horrible fruto.

Mas tú á luengas edades
De inmenso porvenir, sacro renombre
Dejarás, á la par de las Deidades,
Patentizando al hombre
Sus fueros, su esplendor, sus Libertades.

De tu *divino* acento
Mana la hiblea miel de la elocuencia
Y sin los actos del terror sangriento
Que aborta la violencia,
Ciñe el laurel tu mágico talento.

Y en la patria asamblea
Al derramar de ilustracion las flores
General entusiasmo señorea,
Tiemblan los opresores,
Cae su imperio y se entroniza Astrea.

En tu pecho blasona
Candorosa virtud. Nunca homicida,
Venganza vil tu corazon encona,
Y España agradecida

Orla tus sienes de inmortal corona.

Mi musa reverente
De sus afanes te dedica el fruto;
Tierna amistad, latiendo dulcemente,
Rinde humilde tributo
Al mérito veraz, siempre indulgente.

Y si tú el desaliño
De mis cantares oyes con aprecio,
Feliz yo que ambiciono tu cariño!
Sepa el crítico necio
Que á tu indulgencia mis anhelos ciño.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un aposento de la casa de Juan, con vistas á un jardin.

ESCENA I.

ADA Y LILÍ, *ocupadas en alguna labor.*

LILI.

Siempre triste y pensativa!
Por qué así te aquejas, Ada?

ADA.

Puede interesarme nada
mientras por desgracia viva?

LILI.

Ni la amistad de Lilí?

Qué mal pagas mi cariño,
cuando yo mis glorias ciño
á que me ames cual yo á tí!

ADA.

Querida mia, perdona,
que aunque aprecio tus desvelos
no hay para mi alma consuelos
cuando al dolor se abandona.
De un esposo amante y tierno
me han arrebatado! Amiga,
cómo quieres que consiga
mitigar un mal eterno?

LILI.

No dés al menos motivo
á tan inútil tormento,
y aleja del pensamiento
ese recuerdo nocivo.

ADA.

Qué es lo que tu afan me pide,
inocente criatura?
A quien me ama con ternura
quieres que mi amor olvide?
Su amor atizó el ardor
que encendió mi amor primero;
si este amor es verdadero

siempre arde el primer amor.
Lejos de las populosas
ciudades y su bullicio,
jamás ocupára el vicio
nuestras horas silenciosas.
Feliz y en plácida calma
al lado del bien que lloro,
gozaba el rico tesoro
de la dulce paz del alma.
Unidos en sacros lazos,
solo con el noble intento
de buscarme el alimento
se alejaba de mis brazos.
Cuando el sol amaneciente
brillaba en el horizonte,
diera la caza en el monte
premio al sudor de su frente.
Mas el destino iracundo,
que de bárbaro hace alarde,
labró una funesta tarde
nuestro padecer profundo.
En una de sus ausencias,
hombres sin piedad ni amor
vencieron con el rigor
mis débiles resistencias.

Cuando mi esposo á la choza
volviera, en qué desconsuelo
se anegára! Este recelo
mi amante pecho destroza.

LILI.

No solo, la suerte impía,
sus iras contra tí acopia,
pues á mí, mi madre propia
me vendió á la tiranía.
A este estremo, la violencia
de su pobreza la indujo.

ADA.

Pero eso al menos produjo
un consuelo á la indigencia,
con que la filial virtud
dulce galardon alcanza.
Mas qué halagüeña esperanza
produce mi esclavitud?
Infelicidad!

LILI.

Qué dices?
Cuando los hados propicios
te rinden mil beneficios,
la suerte tuya maldices?
Exenta del crudo estrago.

que causa el revenque infame
logras que el tirano te ame...
que te trate con halago.....
y aun no estás contenta! Dónde
serás mas feliz que aquí
si al tirano que ansia el sí
tu amor con el sí responde?
Tus virtudes fueran luego
de su crueldad la rienda,
y al fin rasgáras la venda
fatal, que le tiene ciego.
No dudo que tu virtud
imitará con los años,
y así cesarán los daños
de esta horrenda esclavitud.
Amale.

ADA.

Calla, insensata,
si ser mi amiga pretendes.
Calla, cruel, que me ofendes
juzgándome tan ingrata.
Además de la pasion
que he de llevar á la tumba,
oye la voz que retumba
dentro de mi corazon.

Odio eterno al que en desdoro
del alma naturaleza,
solo adora su riqueza
sin otro númen que el oro;
y obcecado en la injusticia
le ley del honor hollando,
con un tráfico nefando
satisface su codicia.
No merece el sacro nombre
de hombre de bien, el vil ente
que por un lucro indecente
huella los fueros del hombre.
Procederes tan insanos
no hallan en mi amor asiento;
antes hago juramento
de odio eterno á los tiranos.

LILI.

Esa heróica virtud
te hace infeliz, Ada mia;
yo no pierdo mi alegría
aunque en dura esclavitud.

ADA.

Niña aun, sin reflexion
ni esperiencia, no es estraño
que no sucumbas al daño

de esta horrible situacion.
¿Qué es nuestra pobre existencia
sembrada de sinsabores,
cuando infames opresores
nos quitan la independencia?
El pintado pajarillo
que vuela de rama en rama,
libre en sus deseos ama
con un afecto sencillo.
Cuando el aura matutina
el horizonte colora,
libre saluda á la aurora,
libre y bullicioso trina,
libre vaga entre las flores....
libre atraviesa los mares....
y sin acerbos pesares
canta libre sus amores.
Mas ay! si en bárbara liga
perece su libertad,
la dulce felicidad
tórnase en dura fatiga,
y solo cesan sus penas
cuando se rinde á la muerte,
que el morir, es grata suerte
para quien vive en cadenas.

LILI.

Qué quieres? Siempre confio
en lo que halaga mi anhelo;
y con tan grato consuelo
canto alegre, bailo y rio.
Y no sabes tú que ahora
nos llegó ya un protector?
El hermano del señor
nuestro destino mejora.
No es posible que le cuadre
la conducta de su hermano,
porque dicen que es humano
como su difunto padre.
Siendo así, no querrá el tal
que esta vida infamatoria
amancille la memoria
de aquel honrado mortal.
De sus lábios fraternales
manan honrosos consejos,
y acaso no está muy lejos
el remedio á nuestros males.

ADA.

Siempre te da por el flanco
de la esperanza, y te engañas
si buscas buenas entrañas

en la estupidez de un blanco.
Los blancos, ay! en profundo
padecer me han sumergido!
Ellos me han desposeido
de cuanto amaba en el mundo.
Los blancos, siempre sedientos
de sangre, siguen tal vez
de un fanatismo soez
los bárbaros sentimientos;
y con sacrílegos lábios
llega su descaro audaz
á invocar un Dios de paz
para fomentar agravios.
Su iracundo despotismo
ni admite leyes ni freno:
no esperes pues nada bueno
de esas furias del abismo.

(*Ada y Lilí se retiran á un estremo del teatro.*)

ESCENA II.

ADA, LILÍ, JUAN Y GUILLERMO.

GUILLERMO.

Por cuanto tu casa encierra,
por cuanto oigo y cuanto he visto,

mas en mi pesar insisto
de haber dejado á Inglaterra.

JUAN.

Si la bilis se te exalta,
puedes volverte corriendo
pues aquí en Jamáica entiendo
que me haces muy poca falta.
Vaya que en dando en un tema
no hay paciencia que te aguante!
Lleva tu gusto adelante,
yo seguiré mi sistema.
Habrá mayor tagarote?
Para quien su deber tuerza
nada tiene tanta fuerza
como el hambre y el azote;
con que predicaste en vano.

GUILLERMO.

Juan, con que no te convenzo?

JUAN.

No, Guillermo.

GUILLERMO.

Me avergüenzo
de tenerte por mi hermano.

JUAN.

Ya que te haces ostensible

como de virtud modelo,
sabe para tu consuelo
que tambien soy yo sensible
y en asuntillos de amor
soy el Adónis mas tierno.

GUILLERMO.

Eres furia del Averno
pues te complace el rigor.

JUAN.

Precisamente ahí tienes
á la africana belleza,
que cautivó mi terneza
á pesar de sus desdenes.
Ay! si su correspondencia
favorable no me cede,
el afan mio no puede
soportar ya mi existencia.
(*á Ada*)
Debo esperar, dueño mio,
una respuesta halagüeña?

ADA.

De mí, señor, no soy dueña,
pues sujeté mi albedrío.
Tengo esposo, y solo en él
deposité mi cariño.

Todas mis delicias ciño
á serle constante y fiel.
Es ya por demás, señor,
que exijais otra respuesta.
Mi resolucion es esta.

(*Vánse Ada y Lilí.*)

ESCENA III.

GUILLERMO Y JUAN.

JUAN.

Así desprecia mi amor!
Cuando mi bondad se humilla
á suplicar á una esclava,
su orgullo audaz menoscaba
mi humillacion! Qué mancilla!
qué baldon á mi altivez!
Si vencerla no consigo
con la dulzura, el castigo
la vencerá de una vez.

GUILLERNO.

He aquí la única elocuencia
con que un déspota argumenta.
Es posible que se sienta

placer donde hay violencia?

JUAN.

Cuando hácia un rosal te inclinas
y una fragante flor tomas,
mas suaves son sus aromas
si venciste las espinas.
Además ella no puede
resistir á su señor,
y así, ceda á mi rigor
si á mi cariño no cede.

ESCENA IV.

LOS MISMOS Y EL VIGILANTE.

VIGILANTE.

Señor?

JUAN.

Qué quieres, amigo?
Vienes á contarme escesos
de algun vagamundo de esos
que desprecian el castigo?

VIGILANTE.

Si podeis prestar audiencia,
un vejete impertinente

me suplica eternamente
le traiga á vuestra presencia.

JUAN.

Qué anhela ese mentecato?
Díle que es mala ocasion.
Lo que quiere el picaron
es poder holgar un rato
mientras los demás trabajan.

GUILLERMO.

Podrás negar á su anhelo
tan inocente consuelo?
Humanidad, cuál te ultrajan?

JUAN.

Que venga,
(*Váse el Vigilante.*)
ya que mi hermano
en contradecir se empeña.

GUILLERMO.

Es que la virtud me enseña
á respetar todo anciano.
Si aquel que á un ser infantil
prodiga infames agravios,
en la opinion de los sábios
es un ente bajo y vil;
el que rinde á la vejez

injusticia infamatoria
es sin réplica la escoria
de la torpe vilantez.

JUAN.

Sentencias de don Quijote!
sábias! estupendas! bellas!
Mas no se saca con ellas
lo que produce el azote.

ESCENA V.

LOS MISMOS, EL VIGILANTE Y AYOS.

AYOS.

Señor: beso humilde el suelo
que pisas.

JUAN.

Levanta al punto
y esponme breve tu asunto.

GUILLERMO.

Buen hombre, habla sin recelo.

JUAN.

De tu ancianidad, colijo
que muy poco habrás costado.

AYOS.

Yo mismo me he presentado.
para abrazar á mi hijo.

GUILLERMO.

Voluntariamente?

AYOS.

Sí;
porque si cumplo el deseo
de abrazar á mi Zameo,
qué mas premio para mí?

GUILLERMO.

Tu resolucion alabo;
pero, amigo, considera
la desdicha que te espera.

AYOS.

Sé lo que sufre un esclavo:
por esta misma razon,
cuando mi hijo está en cadenas,
participando sus penas
quiero aliviar su afliccion.
Cuando yo volé guerrero
contra el negro de Afla armado,
quiso lo adverso del hado
que cayese prisionero.
El enemigo insolente

premió el valor con la afrenta.
Se me puso luego en venta
y me compró vuestra gente.
Apenas este hijo, dino
de mi acendrado amor, supo
la desgracia que me cupo,
voló á ocupar mi destino.
Su amor á una jóven bella
le tenia separado
del lado mio y del lado
de su madre. Infausta estrella!
No bien su amoroso pecho
latió junto al de su esposa,
cuando una mano alevosa
la arrebató de su lecho.
Yo, me dijo, padre tierno,
nada espero en este mundo,
y en la muerte solo fundo
el fin de un dolor interno
que me hace insoportable
una vida que aborrezco.
Si en esta mansion perezco,
qué suerte mas envidiable
puede ansiar un infeliz?
Conserva pues una vida

que á tu consorte querida
tantos consuelos predice.
Sí: vive siglos prolijos,
ya que otros hijos te quedan,
para que felices puedan
bendecir tu amor tus hijos.
Se oyó su proposicion,
y en vano mi resistencia
disputó la prefencia.
El obtuvo la eleccion.
La robustez que en su edad
ostenta la juventud
triunfó, y con su esclavitud
adquirió mi libertad.

GUILLERMO.

Por qué le robas ahora
de su amor filial el fruto?

AYOS.

Porque por dulce tributo
quiero llorar donde el llora.

GUILLERMO.

Y abandonas á tu esposa
y á otros hijos?

AYOS.

Ay!

GUILLERMO.

Qué dices?

AYOS.

Ellos, señor, son felices
en la tumba silenciosa.
Zameo es el solo bien
que en este mundo poseo.
Ven á mis brazos, Zameo,
hijo idolatrado, ven,
y que un solo abrazo tuyo
mitigue mi acerbo afan.

GUILLERMO.

Qué imaginas de esto, Juan?

JUAN.

Sabes lo que de ello arguyo?
que el tiempo acá se nos pasa
sin que de todo este lance
ningun provecho se alcance
pues el trabajo se atrasa.

AYOS.

(*Arrójase á sus piés.*)

Ah! señor, sé compasivo!
Si logro ver mi hijo caro
verás como me reparo.....
no tendrás mejor cautivo.....

La satisfaccion sublime
de este encantador momento,
verás como me da aliento.....
como mis fuerzas derrime.

GUILLERMO.

Déjale coger los frutos
de un paternal regocijo.

JUAN.

Permito que hable con su hijo
mas sean pocos minutos.

AYOS.

(*Besa los piés de Juan.*)

No esperaba de tí en vano
tan justa bondad.

(*Levántase.*)

Qué escucho!
Pocos minutos ya es mucho
para un infeliz anciano.
Cómo el seno me palpita!
Si me ves temblar, señor,
no es que me falte el vigor,
sino que el gozo me agita.
Dónde está? que aun no lo estrecho
en mi corazon amante?
No se malogre el instante:

ven, hijo mio, á mi pecho.

(*Váse con el vigilante.*)

ESCENA VI.

GUILLERMO Y JUAN.

GUILLERMO.

No te conmueve el placer
que deja una buena accion?

JUAN.

Sobre que esta concesion
á tí la ha de agradecer,
porque lo que es por mi gusto
jamás hubiera cedido.

GUILLERMO.

Cómo, hermano, hubieras sido
tan bárbaro? tan injusto?

JUAN.

Cuando en ello está el provecho....

GUILLERMO.

El provecho! Hombre mezquino!
Por tu codicia imagino
que no hallas paz en tu lecho.

JUAN.

Hablaste á tontas y á locas,
querido. Apuradamente
duermo yo perfectamente;
mira tú si te equivocas.

GUILLERMO.

El ay de los infelices
no escita tu humanidad?

JUAN.

Si llevase la piedad
colgando de las narices...

GUILLERMO.

Quién habrá que no se asombre
de esas máximas tan bajas?
La misma piedad que ultrajas
es la delicia del hombre.

JUAN.

No me seas majadero.
Eso está bien en los lábios;
mas los verdaderos sábios
se inclinan solo al dinero.

GUILLERMO.

Solo al dinero! Y lo escucho
sin estremecerme? Qué es
el turbulento interés

sin la santa piedad?

JUAN.

Mucho.

GUILLERMO.

Nada; porque si algo bueno
produce en la tierra el oro
es cuando logra un tesoro
dar alivio al mal ageno.
Quien adquiere con bajeza.....
quien guarda, ó fomenta el vicio,
á un funesto precipicio
se arroja con su riqueza;
y cuando busca el consuelo
que soñó su fantasía,
ve llegar el fatal dia
de un feroz remordimiento.

JUAN.

Quédate con la razon
yo guardaré mi bolsillo;
pero sabe que al chiquillo
le va cansando el sermon.
Por lo que en el mundo advierto
todo lo tiene el que es rico,
con que así, cierra tu pico
que predicas en desierto.

GUILLERMO.

Ya que el interés escita
todo tu afan, dime ahora,
de la esclava encantadora
qué precio se solicita?

JUAN.

A otro perro con el hueso.
No está mala la ocurrencia!
Despues de tanta sentencia
me sale el nene con eso?
Los filósofos del dia
son así: ven mil abismos,
y en provecho de sí mismos
huye la filosofía.
No quieres que el amor ciña
mi sien; y entre tanto veo
que tú cifras el deseo
en echar guante á la niña.

GUILLERMO.

Solo con la voluntad
de hacer bien á los humanos,
pues si la viese en mis manos
la cediera libertad.

JUAN.

Toda su casta ruin

nació para ser esclava.

GUILLERMO.

Dí por qué motivo: acaba.

JUAN.

Por descender de Cain.
Son embusteros.

GUILLERMO.

Es llano
que han de hablar con falsedad
cuando la santa verdad
no la tolera un tirano.
Y tú, que con tal vileza
oprimes al afligido,
sabe que el hombre ha nacido
libre por naturaleza.
Nadie tuvo autoridad
jamás para esclavizarle,
ni un rey puede arrebatarle
su preciosa libertad.
Un soberano en el suelo
viene á ser otro hombre al cabo,
y no puede hacer esclavo
á quien hizo libre el cielo.

JUAN.

Pero esos negros malditos...

GUILLERMO.

Calla, insensato, qué horror!
No busques en su color
disculpa de tus delitos.
Esos negros inocentes
que odia la insana fiereza,
tienen mas honra y nobleza
que otros séres delincuentes,
en cuya faz la blancura
logra hacer ostentacion
y en su torpe corazon
todo es rencor é impostura:
todo engaño y asechanzas:
falsedad é hipocresía,
odio todo y cobardía,
todo en fin, sed de venganzas.

JUAN.

Contra los negros infieles
la religion nos empeña?

GUILLERMO.

Y la religion enseña
á ser déspotas crueles?
Nunca al Ser Eterno plugo
quien arranca ageno lloro,
ni quien por la sed del oro

se erige, cual tú, en verdugo.
El que egerce la opresion,
el despotismo y violencia
contra la santa inocencia,
jamás tuvo religion.

JUAN.

Deja, deja que me ria
de esas tus baladronadas.

(*Váse.*)

GUILLERMO.

Bien, se ve, siempre hermanadas
ignorancia y tirania.

ESCENA VII.

ADA, LILÍ Y GUILLERMO.

ADA.

Señor: el alma me dice
que he hallar en tí clemencia.
Hoy te pide la inocencia
proteccion á esta infelice.
Libértame del martirio
que tu hermano cruel me tiende.

GUILLERMO.

Eres muger, y te ofende
un amoroso delirio?

ADA.

Un delirio no es amor
cuando el torpe frenesí
busca un sacrílego sí
que amancilla el pundonor.
Y el corazon generoso
es en cariños constante.

GUILLERMO.

Lloras á tu ausente amante?

ADA.

Lloro á mi perdido esposo.
Una sola primavera
gocé feliz en los brazos
de mi amor; sus dulces lazos
ha roto la suerte fiera.
Simple cabaña de palmas
que el mar besaba tranquilo,
era el delicioso asilo
que endulzaba nuestras almas.
Allí en pacífica union
y entre apacibles amores,
éramos dos amadores

pero un solo corazon.

LILI.

Yo nací en Congo, y es justo
que esté alegre noche y dia;
pues en Congo la alegría
jamás cede á un ceño adusto.
En nuestro feliz estado
gozoso el pecho inocente
disfruta de lo presente
sin porvenir ni pasado.
Si de una fiera el rugido
nos intimida tal vez,
cesa toda timidez
oyendo un grato sonido.
La música nos avisa
cual flor con fragante aroma,
mil deleites, y se asoma
en los lábios la sonrisa.
Quieres que te enseñe el modo
de vivir siempre contento?

GUILLERMO.

Eso exige gran talento,
niña amable; mas, con todo,
tu buen humor me hace gracia
y de tus hermosos lábios

quiero oir lo que los sábios
no descubren por desgracia.

LILI.

Sé generoso: vigila
y haz bien siempre á los demás,
pues así conservarás
una conciencia tranquila.
Así lograrás la calma
sin la cual no hay alborozo,
pues Numbo dice que el gozo
nace de la paz del alma.

GUILLERMO.

Tu candorosa inocencia
me seduce y enamora.

LILI.

Elogios me das ahora
cuando te pido clemencia?
En tus facciones contemplo
las de tu padre piadoso,
y espero que bondadoso
seguirás su noble egemplo.
El endulzó nuestra suerte
siempre justo y bienhechor;
mas le robó á nuestro amor
la desapiadada muerte.

Por qué en lugar de tu hermano
no has sido tú nuestro dueño?
En tí no veo aquel ceño
con que se anuncia un tirano.
Amigo, todo tu celo
pido en beneficio de Ada.
(Pausa. Guillermo queda pensativo.)

ADA.

(Arrojándose á los brazos de Lilí.)
Lilí, soy muy desgraciada!
Ya no me queda consuelo!

GUILLERMO.

Aunque á tu dolor profundo
el corazon se me parte,
no es posible rescatarte
por todo el oro del mundo.

ADA.

Quien amontona un tesoro
con el padecer ageno
puede con rostro sereno
por mí despreciar el oro?
Ay infeliz!

GUILLERMO.

Tu quebranto
me conmueve de tal modo

que sabré apurarlo todo
á fin de enjugar tu llanto.

ADA.

Alma generosa! Deja
que postrada.....

GUILLERMO.

Qué haces, hija?
No mas tu dolor me aflija.

LILI *á Guillermo.*

El gran Numbo te proteja.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Hermoso jardin y campo á lo lejos.
Un sepulcro á un lado.

ESCENA I.

Multitud de esclavos ocupados en diferentes trabajos.

UN ESCLAVO.

Alejóse el Vigilante
y nos dejó sin testigos.
Bien podeís llegar, amigos,
y aprovechar este instante.
Aquí yace el bienhechor
que fué nuestra dicha y gloria.

Rindamos á su memoria
el homenage de amor.

Póstranse todos los esclavos ante el sepulcro y entonan el siguiente

CORO.

Loor eterno á los manes del justo!
Tiernos himnos de fiel gratitud!
Y el sosiego feliz de la tumba
galardone su heróica virtud.
Sombra del hombre caro,
Cuya beneficencia
Fué nuestro dulce amparo,
Huérfana la inocencia
Ante el sepulcro lóbregro
Te rinde su oblacion.
En vano en sus dolores
El mísero te nombra.
Ya no oyes sus clamores!
Duerme feliz! oh sombra!
Y en morada benéfica
Disfruta el galardon.
Loor eterno á los manes del justo!
Tiernos himnos de fiel gratitud!

Y el sosiego feliz de la tumba
Galardone su heróica virtud.
(*Vuelven á su trabajo.*)

ESCENA II.

LOS MISMOS, GUILLERMO Y PABLO.

GUILLERMO.

Dónde me traes, amigo?
Cuanto se ofrece á mi vista
mi alma sensible contrista.
Quieres que aun sea testigo
de alguna nueva afliccion?

PABLO.

Observad atentamente
este lugar. Qué! no siente
vuestra alma una sensacion?.....

GUILLERMO.

Un sepulcro!

PABLO.

Sí, él encierra
de vuestro padre los restos.

GUILLERMO.

De mi padre? Hados funestos.

por qué robais á la tierra
tanta bondad?

(Se arrodilla.)

Padre mio!
tú á quien el eterno ofrece
el galardon que merece
la virtud, muéstrate pío
con quien tu favor implora.
Alma sublime! Intercede
para que el infeliz quede
exento del mal que llora.
Infunde en el duro pecho
de mi hermano la piedad,
y recobre humanidad
su sacrosanto derecho.

(Se levanta.)

Ya que tributé á los restos
de mi padre, mi deber,
nada me queda que hacer
en estos sitios funestos.

(Acércase á la tumba y la besa.)

Adios, sacrosanta tumba!
Huyamos de este lugar
do el acerbo lamentar
en tristes ecos retumba.

Donde nunca se oye el nombre
de la sagrada justicia!
Donde la torpe codicia
infringe la ley del hombre.
Donde iracunda violencia
derrama inauditos males
despojando á los mortales
de su santa independencia.
Aquí la virtud, ya no es
astro hermoso que ilumina,
pues la pasion que domina
es el sórdido interés.
Un tráfico indecoroso,
comercio de execracion,
rinde impuro galardon
á un criminal codicioso,
á quien ni la infamia arredra,
ni el deshonor amedrenta,
si en la ambicion que alimenta
entre sus talegos medra;
mas... temblad, almas mezquinas
que hollais á la humanidad!
Mónstruos feroces, temblad
ante las iras divinas.
No espereis que la riqueza

os procure estimacion.
Si se adquiere con baldon
jamás da el oro nobleza;
y entre las gentes de honor
lleva mas honra consigo
el cayado de un mendigo
que el cetro de un opresor.

ESCENA III.

GUILLERMO, PABLO, AYOS, EL VIGILANTE Y ZAMEO,

que aparecerán á su tiempo de entre los esclavos.

VIGILANTE.

Busca por ahí á tu hijo
y sea poca la holganza.
(*Se retira.*)

AYOS.

(*Recorre el teatro manifestando agitacion é impaciencia, y despues dice:*)
No puedo mas: la esperanza...
la impaciencia, el regocijo,
han agotado mi aliento.

Zameo!

ZAMEO.

Dios!

(*Se adelanta hácia él.*)

Quién me llama?

AYOS.

Su voz es! Ven á quien te ama.
No retardes un momento
tan grato á mi corazon.

ZAMEO.

Será posible? Qué veo!
Mi padre?

AYOS.

Sí, sí; Zameo,
tu padre.

ZAMEO.

No es ilusion?

AYOS.

No es ilusion, hijo mio,
vuela á consolar tus males
en los brazos paternales.

ZAMEO.

(*Arrojándose en los brazos de su padre.*)
Padre! padre!... El hado impío

quiere colmar los horrores
de mi padecer eterno.
Qué tigre cruel, padre tierno;
te vendió á estos opresores?

AYOS.

La obligacion, y mis penas.
Ya que un año tu virtud
soportó mi esclavitud,
hoy reclamo mis cadenas.

ZAMEO.

Jamás, jamás. Crudo padre,
qué intenciones son las tuyas?
Cómo es dable que destruyas
el consuelo de mi madre?
Que la dejes afligida?

AYOS.

Ella abandonó mi suerte.

ZAMEO.

Lo entiendo; la insana muerte
cortó el hilo de su vida!

AYOS.

Ojalá no fuera cierto.

ZAMEO.

Que así la virtud sucumba!
Mis hermanos?

AYOS.

En la tumba.

ZAMEO.

Qué dlces! todos han muerto?

AYOS.

Todos.

ZAMEO.

Sabes si mi esposa
vive?

AYOS.

Jamás lo supimos.

ZAMEO.

Todos han muerto, y sufrimos
una existencia penosa?

AYOS.

Ya desesperado un dia
imaginaba á mis solas
anonadar en las olas
el dolor que me roia,
cuando un hombre llegar veo
y en su faz reconocí
las facciones del que á tí
te condujo al europeo.
Mi alma toda se conmueve:
riega el llanto mis megillas,

y postrado de rodillas
le suplico que me lleve
do se halláre mi hijo. Entonces
¿quién no accediera á mi ruego,
si mis lágrimas de fuego
conmovieran á los bronces?
Me condujo hácia un navío
en donde mil desdichados
en dura estrechez atados
no dejaban ya vacío.
A la fuerza, sin embargo,
fuí yo un infelice mas;
pero quién sufrió jamás
dolor tan crudo y amargo?
De ardiente fiebre encendida
la sed, nuestro ansioso anhelo
no encontraba mas consuelo
que lágrimas por bebida.
Enfermos y moribundos,
todos ¡ay! allí gemian
y las rocas repetian
los tristes ayes profundos.
Pero yo sufrí estos males
con constancia y regocijo,
pues iba á estrechar á mi hijo.

en los brazos paternales.

(*Se abrazan.*)

ZAMEO.

Descarga, muerte iracunda,
todo el horror de tu ceño,
ya que en el eterno sueño
su bien el infeliz funda.
Padre mio! única joya
de mi amor!

AYOS.

Ay!... sosténme hijo...

ZAMEO.

Qué tienes?

AYOS.

El regocijo
de verte.....

ZAMEO.

Padre, te apoya
sobre mi afligido pecho.

AYOS.

Agradezco tu conato.

ZAMEO.

Siéntate.

(*Ayos se sienta*)

Descansa un rato.

mientras para tu provecho
traigo una leve asistencia.

(*Zameo intenta irse precipitadamente y el Vigilante le detiene.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS Y EL VIGILANTE.

VIGILANTE.

Alto aquí!

ZAMEO.

Ya vuelvo. Corro
en busca de algun socorro.

VIGILANTE.

Pues no es mala la ocurrencia!
Ea! al trabajo: al trabajo.

ZAMEO.

Mira, aquel mísero anciano
le pide. Sé mas humano.

VIGILANTE.

Merece tanto agasajo
el viejo? Al trabajo digo.

ZAMEO.

Alma vil y corrompida
aunque me cueste la vida
sabre.....

VIGILANTE.

(*Amenazando con el azote.*)
Alto, ó el castigo
logrará ponerte á raya.

GUILLERMO.

Jamás, en presencia mia,
Para usar de tiranía
cuando ese anciano desmaya,
has de albergar en tu pecho
las entrañas de un Neron.

VIGILANTE.

Contemplad que sin teson
nada se hace de provecho
con gente de Bercebú
como esos negros malditos.

GUILLERMO.

Mas negros son los delitos
de un malvado como tú.

ESCENA V.

LOS MISMOS Y JUAN.

JUAN.

Oigan! Oigan! Qué algazara!
El momento es oportuno
para holgar!

VIGILANTE.

Pronto: cada uno
á su faena.

AYOS.

(*A Juan.*)

Repara
señor, que yo solo debo
ser tu esclavo. Este inocente,
cuando me compró tu gente,
hizo una accion que repruebo
por injusta. Hace ya un año
que su heróica juventud
gime en esta esclavitud
para consolar mi daño:
mas si en desdichas agenas
pudo padecer hasta ahora,

libértale; pues ya es hora
que lleve yo mis cadenas.

ZAMEO.

Considera que un anciano
no produce utilidad,
y aunque anime voluntad
no está el éxito en su mano.
Fuera un proceder injusto,
un cálculo ruinoso,
por un anciano achacoso
dejar un jóven robusto.

AYOS.

Baste ya! Calla, hijo ingrato.
Soy padre; has de obedecer.

ZAMEO.

Hay veces en que el deber
manda oponerse á un mandato.

AYOS.

No atiendas á sus palabras
y obra, señor, con justicia.

ZAMEO.

Su fortaleza es ficticia,
si cedes, tu daño labras.

JUAN.

Qué debates! Vive Dios

que me dejais asombrado.
Para que no haya altercado
quedais esclavos los dos.

GUILLERMO.

El cielo, hermano, te envia
la mas hermosa ocasion
para que una heróica accion
ensalce tu nombradía.
Concédeles libertad
á entrambos.

JUAN.

Vaya un consejo
saludable! En cuanto al viejo
cosa es de poca entidad.

GUILLERMO.

Compro los dos sobre el acto.
Cuànto pides?

JUAN.

Cien guineas.

GUILLERMO.

Concedidas.

JUAN.

Te chanceas?
Me has dejado estupefacto.

ZAMEO *á Guillermo.*

Con qué placer soy tu esclavo!
mas mi padre...

GUILLERMO.

Mi piedad
le da entera libertad.

AYOS.

Oh gran Numbo! yo te alabo!
(*Arrodillándose á los piés de Guillermo.*)
Señor mi alma agradecida
quisiera el galardon darte;
mas cómo recompensarte
sin mas medios que la vida?
Qué exijes?

GUILLERMO.

Que te levantes;
pues el hombre se amancilla
cuando humilde se arrodilla
delante sus semejantes.
(*Le recibe en sus brazos.*)
Ya estás libre, buen anciano.
Para vivir con decoro
te falta solo un tesoro
que te cederá mi mano.

AYOS.

Qué tesoro?

GUILLERMO.

Tu hijo, digno
del amor que le tributas.
Tú tambien, jóven, disfrutas
libertad.

ZAMEO.

Hombre benigno!

AYOS.

Hijo!

ZAMEO.

Padre mio!
(*Se abrazan con entusiasmo.*)

JUAN.

Ah necio!
si empleas así el caudal,
pronto irás al hospital.

GUILLERMO.

Para mí tiene mas precio
un infeliz pordiosero
con un corazon sensible,
que un rico que haga ostensible
su despotismo grosero.
El mísero honrado, escita
dulce afecto y compasion.
Su afligido corazon

lleno de virtud palpita,
y el dia que menos piensa
halla el debido consuelo,
pues nunca dejará el cielo
al honor sin recompensa.
Pero el déspota cruel
de crímen en crímen vuela,
y se agita y se desvela
en medio de su oropel,
sin que su tesoro inmenso
le produzca bellos frutos,
que son falaces tributos
los de adulador incienso.
Lo repito: la virtud
es mas feliz sin encono,
que el despotismo en su trono
decretando esclavitud.
No es dichoso el hombre rico
si adquirió mal sus riquezas.

JUAN.

Acabarán tus simplezas?

GUILLERMO.

Una gracia te suplico.

JUAN.

Habla, que aunque de ese modo

tu ceguedad me desdora,
ya has visto tú que hasta ahora
te lo he concedido todo.

GUILLERMO.

Anhelo que mi llegada
con mas placer solemnices
dando á tantos infelices
un dia de holgura.

JUAN.

Es nada
la peticion! Cuando llueva
te concederé ese gusto.

GUILLERMO.

Hoy ha de ser; y es muy justo
que me rindas esta prueba
de amistad. Si algun perjuicio
ó gasto se esperimenta
corre todo de mi cuenta.

JUAN.

Pues no introduces mal vicio.

GUILLERMO.

Ha de ser. Reine la holganza
y el júbilo todo el dia,
y animen nuestra alegría
los placeres de la danza.

(*Al vigilante.*)
Dispon que todos acudan
hácia este sitio á bailar.

JUAN.

Pero...

GUILLERMO.

No has de replicar,
mis planes ya no se mudan.

JUAN.

Que vengan, pues, y que danzen.

(*Vase el vigilante.*)

GUILLERMO.

Las muchachas sobre todo.
Feliz yo, si de este modo
logro que un alivio alcancen.
Tú, Zameo, aun no me diste
pruebas de grande contento.
Tienes algun sentimiento?

ZAMEO.

Señor...

GUILLERMO.

Vamos, no estés triste.
Salistes de esclavitud;
qué apeteces?

ZAMEO.

Qué apetezco!
Ah señor! aun no merezco
tanta bondad.

AYOS.

Oh virtud!
cuántos son tus atractivos!
Aunque nos das libertad,
señor, nuestra voluntad
se cifra en ser tus cautivos.

ZAMEO.

Entrambos el mismo anhelo
albergamos.

GUILLERMO.

No le admito.

ZAMEO.

Cómo!

AYOS.

Señor!

GUILLERMO.

Solicito
daros mas bello consuelo.
Quereis un dueño, un señor,
(*Abrazándoles.*)
y á daros en mí me obligo

un compañero, un amigo
que os acoge con amor.

(*Oyese algazara.*)

JUAN.

Qué tal, eh? Mira qué pronto
corre la gente á la broma.
Pero en el trabajo, toma!
todo el mundo se hace el tonto.

ESCENA VI.

Oyese música y aparecen mas esclavos: se reunen y entonan el siguiente

HIMNO.

Hoy que un sol festivo
da aliento y salud,
enjuga tu llanto
triste esclavitud.
Como el iris bello
que tras la tormenta
las sombras ahuyenta
y aleja el horror,
Benéfico el gozo
en pos de las penas

del triste en cadenas
mitiga el dolor.
Hoy que un sol festivo
da aliento y salud,
enjuga tu llanto
triste esclavitud.
Cual del crudo invierno
vence los rigores
cuando entre las flores
aparece abril,
El júbilo lava
de almas doloridas
sangrientas heridas
del azote vil.
Hoy que un sol festivo
da aliento y salud,
enjuga tu llanto
triste esclavitud.
Pompas y placeres
que agitan en vano
al déspota insano
le hacen infeliz.
Y el mísero esclavo
con el alma pura
un dia de holgura

respira feliz.
Hoy que un sol festivo
da aliento y salud,
enjuga tu llanto
triste esclavitud.
Acerba fatiga
de atroz cautiverio,
hoy cede su imperio
al grato placer.
Demos dulces treguas
al dolor del alma,
pues el gozo calma
crudo padecer.
Hoy que un sol festivo
da aliento y salud,
enjuga tu llanto
triste esclavitud.

(*Concluido el himno, habrá baile general. y hasta su conclusion no deberán aparecer Ada y Lilí.*)

ESCENA VII.

LOS MISMOS, ADA Y LILÍ.

LILI.

Amiga, el dolor aleja:

Mira, yo á bailar me pongo.
Si hay algun jóven de Congo
ese ha de ser mi pareja.

GUILLERMO.

(*á Ada.*)

Nunca de tus ojos bellos
ha de tener fin el llanto?
Olvida todo quebranto
y baila alegre con ellos.

ADA.

Mi amargura turbaria
el general alborozo.

GUILLERMO.

(*A Zameo que estará bastante separado de Ada.*)

Y tú, no mezclas tu gozo
con la comun alegría?

ZAMEO.

Si lo mandas en buen hora.

GUILLERMO.

Mandarlo yo! Lo suplico
por mi amor.

ZAMEO.

Ya no replico.

GUILLERMO.

(*Asiéndole de la mano y dirigiéndose Ada.*)

Ven, te daré bailadora.
Amable jóven?

ZAMEO.

Qué veo!!!
Ada!!!

ADA.

Mi esposo!!!
(*Se abrazan.*)

JUAN.

Qué es esto?
Ola! separadles presto.

ZAMEO.

Es mi esposa.

ADA.

Es mi Zameo.

(*El Vigilante arranca de un tiron de los brazos de Zameo á Ada, que cae desmayada en los de Lili.*)

ZAMEO.

Tiranos! hay en el suelo
ley tan vil que os autorice

á robar á un infelice
su esposa fiel? su consuelo?
No lo alzanzareis.

JUAN.

Matadle
si su orgullo no reporta.

ZAMEO.

Nada la vida me importa
sin mi bien.

(*El Vigilante amenaza á Zameo.*)

GUILLERNO.

Eh! respetadle,
no teneis sobre él derecho.

JUAN.

Todos contra él, ó si no
pronto os sabré mostrar yo
el furor que arde en mi pecho.

(*Mientras los esclavos sujetan á Zameo, Juan se apodera de Ada.*)

GUILERMO.

Bárbaro no eres mi hermano.
Quedan rotos nuestros lazos.

ZAMEO.

Oh Dios! mi bien en sus brazos!

GUILLERMO.

Eres un mónstruo! un tirano!
Oh infame arbitrariedad!
Y la justicia divina
su cólera no fulmina?
Déspotas viles, temblad.
La causa de la virtud
progresa de dia en dia,
y al par de la tiranía
cesará la esclavitud.
Aunque el fanatismó vibre
el crudo acero en sus manos
perecerán los tiranos
so el lauro del hombre libre.
Retumbará el santo nombre
de libertad, sí, malvados,
y no se verán hollados
los sacros fueros del hombre.
Se ahogará la iniquidad
en el abismo profundo,
y el eco por todo el mundo
repetirá ¡LIBERTAD!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion cerrada. Una ventana á la izquierda.

ESCENA I.

ADA Y LILÍ.

ADA.

Dónde estoy?

LILI.

En la presencia
de quien tu dolor mitiga.

ADA.

Quién eres?

LILI.

Tu tierna amiga.

ADA.

Cuánto sufre mi inocencia!
Qué sueño, Lilí, qué sueño
labró la imaginacion!
Una fugaz ilusion
me juntó á mi amado dueño!
Yo le ví, de amores lleno:
gozarse en mis brazos fieles;
mas los verdugos crueles
le arrancaron de mi seno.

LILI.

No fué ilusion, Ada mia,
no fué ilusion. Há un instante
que has abrazado á tu amante.

ADA.

Es cierto? Y la tiranía
pudo separar dos almas
que Dios unió? Y este no lanza
los rayos de su venganza?

LILI.

Si ese frenesí no calmas,
vas á perderte.

ADA.

No importa.
Llegad déspotas impíos,

dé fin á los males mios
vuestro furor.

LILI.

Te reporta.
Tu amante vive, y si quieres
salvar su preciosa vida,
contempla, amiga querida,
que es fuerza que te moderes.

ADA.

Dónde está? verle apetezco....
Vamos... Ay! no me acompañas?
Tampoco tienes entrañas!

LILI.

Tu delirio compadezco.
¿No ves las puertas cerradas
como el corazon insano
del opresor inhumano
que nos hace desdichadas?
Disimula tus enojos,
que á no engañarme el oido
ha sonado algun ruido.
En efecto... Los cerrojos...
Alguno llega.

ESCENA II.

ADA, LILÍ, EL VIGILANTE Y AYOS.

ADA.
(*Al Vigilante*)
Perverso!
Dónde está mi esposo amado?
VIGILANTE.
Ese lenguage orgulloso
puede serte muy adverso.
Sabes quién soy?
ADA.
Un verdugo.
VIGILANTE.
Ya me irrita esa altivez.
ADA.
Al despotismo soez
jamás la verdad le plugo.
De mi lenguage te admiras?
Infeliz! alma malvada!
De una muger despechada

aun no conoces las iras.

VIGILANTE.

Desprecio tu desvarío.

(*Vase.*)

ESCENA III.

ADA, LILÍ Y AYOS.

AYOS.

Hija: abrazarte deseo.
Soy el padre de Zameo.

ADA.

Su padre tú! Ay padre mio!
(*Se abrazan.*)
No, ya no es tan horroroso
el esceso de mi mal,
cuando contemplo un mortal
que ama á mi querido esposo.
Pero no le amas cual yo:
tú eres su padre no mas:
yo una esposa, que jamás
otro cariño sintió.
En este mismo momento
me abraso en tan vivo ardor,

que todo el fuego de amor
correr por mis venas siento.
Mas no es un fuego fugaz
el que en mis entrañas prende,
es un volcan que me enciende,
es una pasion voraz
que aun cuando el alma sucumba
por el furor de la muerte,
constante, violenta, fuerte,
aun me abrasará en la tumba.

AYOS.

Ada! hija mia! refrena
tu frenesí. El solo alcanza
malograr nuestra esperanza,
y acrecentarnos la pena.

ADA.

Hay esperanza de unirme
con mi esposo? Oh Dios! qué dices?
Aun podemos ser felices?
Habla..... Sabré reprimirme.

LILI.

No temas; su amiga soy.

ADA.

Cómo evitar tanto daño?
quién nos salvará?

AYOS.

El engaño.
Oye, que á esplicarme voy.
Zameo está amenazado:
su peligro es inminente.

ADA.

Ah! salvémosle.

AYOS.

Detente.

ADA.

Está en peligro mi amado,
y quieres que me detenga?
Volemos ya.

AYOS.

Tu imprudencia
causará que su inocencia
un fin desastroso obtenga.

ADA.

Qué he de hacer?

AYOS.

Al opresor
tu altivo desden le irrita;
ya que tu amor solicita,
finge profesarle amor.
Tu esposo no existiria

si este desdichado anciano
no prometiera al tirano
convencer tu altanería.
A ello me obligué, y confio
que un engaño virtuoso
te volverá á tí un esposo,
y á mi amor el hijo mio.
Al menos con la ficcion
se suspenderá su muerte:
despues nos dará la suerte
los medios de salvacion.
Y una vez que solo así
tiende esperanza la mano,
voy á anunciar al tirano
que al fin ya te convencí.
(*Llaman á la puerta, abren y váse.*)

ESCENA IV.

ADA Y LILÍ

ADA.

Cuando en amores constante
en mil afanes me agito,
me proponen un delito

para salvar á mi amante!

LILI.

No un delito, una ficcion
es lo que exigió el anciano.

ADA.

Pero halagando al tirano
cómo evitaré el baldon?

LILI.

Ya que ese tigre se empeña
contra tu virtud, procura
rendir á su llama impura
una esperanza halagüeña.

ADA.

En mis acerbos tormentos
cómo quieres, dulce amiga,
que mi corazon consiga
ocultar sus sentimientos?
No es posible. Mi opresor
viendo al fin mi resistencia,
querrá lograr con violencia
lo que le niegue el amor.
Muger débil, sin socorro,
sola aquí entre tan vil gente...
ay amiga! es inminente
el fatal riesgo que corro.

Yo bien le fingiera amor
en vez del odio que encubro;
pero si mi afan descubro,
quién defenderá mi honor?
Si al menos para este lance
me procuras un acero
que en el estremo postrero
imponer al vil alcance,
me entregaré á vuestro anhelo;
pues aunque nadie me asista,
no me infundirá su vista
ni turbacion, ni recelo.
Ah! si en el caso apurado
de ver al colmo mi ofensa,
no puedo oponer defensa,
veré mi honor mancillado;
y entre deshonor y muerte
no es dudosa la eleccion.

LILI.

Ada de mi corazon,
bien quisiera complacerte;
pero temo los escesos
de tu justa efervescencia;
pues tal vez de una imprudencia
nacieran tristes sucesos.

ADA.

Y tú eres la que pregonas
tanta amistad? cruel! mientes,
pues en mi infamia consientes,
y á la maldad me abandonas.
Todos me aborrecen!

LILI.

Calla!
que ese lenguage me aflige!
ya que tu amistad lo exige
veré si el acero se halla.
Pero por piedad, amiga,
que no hagas mal uso de él.

ADA.

Abrázame! aun me eres fiel!
Dios en premio te bendiga.

ESCENA V.

JUAN Y ADA.

(*Lilí váse á una señal de Juan.*)

JUAN.

Será verdad, Ada hermosa,
cuanto me anunció aquel viejo?
No dudes que su consejo

te hará una muger dichosa.
Mas antes de que liberte
á Zameo de un abismo,
quiero saber por mí mismo
lo que debo merecerte.
Premiarás de mi pasion
esta inestinguible llama?

ADA.

Para salvar á quien me ama.

JUAN.

Oh poder de la razon!
corresponde, como dices,
al amor que te profeso,
verás tú como con eso
seremos todos felices.
Tu esposo evita su muerte;
mientras tú, con mil caricias,
rodeada de delicias,
logras la mas bella suerte.
Ya es hora que consideres
lo que mejor te conviene.
Aquí una fuente perenne
de goces y de placeres
te consagra mi tesoro.
Resuelve pues con cordura.

ADA.

Cuando no está el alma pura,
no compra dichas el oro.

JUAN.

Aun resistes?

ADA.

Si un instante
te dí halagüeña esperanza,
fué por temer tu venganza
contra mi querido amante.
Pero al discurso soez
en que prorumpen tus lábios,
no pudieran mis agravios
responder sin altivez.
Sé que me espongo. Calculo
lo que ha de sobrevenir;
pero no puedo fingir
un cobarde disimulo.
Feliz de mí, si perezco
fiel siempre á un esposo tierno!
Y tú, furia del averno,
sabe en fin que te aborrezco.

JUAN.

Me aboreces? Ay de tí!
Mi amor convirtióse en ira.

(*Juan, asiendo del brazo á Ada la conduce á la ventana.*)

Tiembla ya!... acércate! Mira!

ADA.

Qué horror!!! Huyamos de aquí.
Asesino! qué pretendes?

JUAN.

Humilla tu altanería,
ó él muere á una señal mia,
si con insultos me ofendes.
Ya lo ves. Un puñal vibra
contra el pecho de tu amante.
Si no me amas, al instante
nadie de morir le libra.
Un signo solo.....

ADA.

(*Postrándose á sus piés.*)
Detente
mónstruo!

JUAN.

Me amas?

ADA.

Ay! sí... sí.

JUAN.

Alza, y reconoce en mí

tu protector. Nuestras llamas
amorosas, dulce bien,
en medio de la alegría
te acordarán algun dia
lo injusto de tu desden.
Voy á salvar á Zameo
para que á su patria vuelva.

ADA.

Primero que se resuelva,
oye, señor, mi deseo.
Para libertar su vida
cedí á tu afanoso anhelo.
No me niegues el consuelo
de la última despedida.
Antes que se aleje y huya
y rompa tan dulces lazos,
vuele una vez á mis brazos
y despues... qué horror! soy tuya.

JUAN.

En prueba de la eficacia
con que procuro tu gusto,
te concede, como es justo,
mi fino afecto esta gracia.
Dentro de muy breve rato
podrásle hablar.

ESCENA VI.

JUAN, ADA, GUILLERMO Y LILÍ.

GUILLERMO.

Hombre aleve!
Cómo tu maldad se atreve
á quebrantar el contrato
que me hace dueño absoluto
del mísero que atormentas?
Es posible que aun no sientas
de tus escesos el fruto?
Respetá mi propiedad,
ó acudo aunque sea al rey
para que caiga la ley
contra tu temeridad.
En dónde hay un tigre, en dónde,
que en crueldades te esceda?

JUAN.

Libre ya Zameo queda,
pues Ada me corresponde.

GUILLERMO.

Falso es.

JUAN.

Quién lo dice?

GUILLERMO.

Yo.

Los tiranos y opresores,
linsonjas de aduladores
obtienen, cariños no.
Jamás el amor halaga
al que en déspota se erige,
que el mísero á quien aflige
con odio el insulto paga.
Quién podrá amar al mortal
que siembra horrores do quiera?
que amenaza con la hoguera
ó exige con el puñal?
Quién humillára á su imperio
dócilmente la cerviz?
Quién pudiera ser feliz
en penoso cautiverio?
La libertad es un don
de la sacra Providencia,
y no hay feliz existencia
donde reina la opresion.
El bárbaro que defiende
la estupidez opresora,

la especie humana desdora,
y á Dios y á su patria ofende.
Solo la ignorancia vil
ó la infame hipocresía
á la feroz tiranía
rinde adulacion servil.
Esos que solo calculan
por un sórdido interés,
y postrados á los piés
del despotismo, le adulan,
y en su obsequio se envilecen,
y á un tirano vil proclaman,
aunque parece que le aman
son los que mas le aborrecen;
pues las almas criminales
no alimentan mas pasion
que una insaciable ambicion
orígen de horribles males.
En vano buscando estás
amores, te lo repito:
cómplices halla el delito,
amigos fieles jamás.

JUAN.

No dije que tu ahijado
es dueño de sus acciones?

Vaya que con tus sermones
eres un ente pesado!

GUILLERMO.

Corramos, no se retarde
el premio de la inocencia;
salvemos una existencia
que en la virtud hace alarde.

(*Vánse Juan y Guillermo.*)

ESCENA VII.

ADA Y LILI.

ADA.

Díme, Lilí, conseguiste
poder llenar nuestro anhelo?
Dame el único consuelo
que á la amistad prometiste.

LILI.

Cierto presagio fatal,
que en tus facciones asoma,
me estremece; pero toma,
(*Le entrega un puñal.*)
si es para evitar un mal.

ADA.

Oh acero consolador!
llega á estos miseros lábios.
(*Besa el puñal.*)
El lavará mis agravios;
él defenderá mi honor!
Y tú, amiga encantadora,
que esta joya me procuras,
tú que de mis desventuras
eres la consoladora,
ven, vuela á mi corazon,
querida: recibe en él,
de mi cariño el mas fiel
un abrazo en galardon.
(*Se abrazan.*)

LILI.

Dulce amistad!

ADA.

Ahora vete.
Adios, querida Lilí....
Vete. Tu presencia aquí
tal vez ya nos compromete.

LILI.

Cuando mi amiga suspira
la debo yo abandonar?

ADA.

Ya va mi esposo á llegar:
no temas pues: te retira.
(*Lilí hace que se va y vuelve.*)
Te vas amiga? Me dejas?

LILI.

Tú lo exiges!

ADA.

Sí.... Sí.... Adios!
lo exige el bien de las dos.
(*Lilí hace otra vez que se va.*)
Sin abrazarme te alejas?
(*Lilí se precipita en los brazos de Ada: permacen abrazadas un breve rato y se separan llorando.*)

ESCENA VIII.

ADA.

(*Oculta el puñal.*)
Ya abandoné á la amistad.
Ada infelice: valor!
Para abandonar amor
hay mayor dificultad.

En vano intentó la suerte
proteger un torpe incendio.
Entre muerte y vilipendio
siempre escogiera la muerte.

ESCENA IX.

(Sale Zameo, Ada lanza un grito y se precipita en sus brazos. Permanecen un largo espacio en el mayor enternecimiento sin poder hablar.)

ADA Y ZAMEO.

ZAMEO.

Ada!

ADA.

Zameo!

ZAMEO.

Mi bien:
me amas mucho?

ADA.

Sí, te adoro;

y tú, alma mia? tesoro
de mi corazon?

ZAMEO.

Tambien.
Aun te hallo fina y constante?

ADA.

Ni hasta mi postrer aliento
quebrantaré el juramento
que hice á mi primer amante.
Amor eterno, juró
mi corazon fino y tierno.

ZAMEO.

Sí, constancia! amor eterno!
lo mismo he jurado yo.
Tras de una horrible viudez
oh Dios! á mi esposa veo
digna aun de su Zameo.

ADA.

Mas ay! por la última vez!

ZAMEO.

Por la última vez! qué horror!

ADA.

Cuánto he sufrido en tu ausen cia!

ZAMEO.

Mas que yo?

ADA.

Con mas violencia
me ha atormentado el dolor.

ZAMEO.

Devorado por mi afan
hasta en la calma del sueño,
en los brazos de otro dueño
miraba mi dulce imán.
Quién ha padecido mas?

ADA.

Tú.

ZAMEO.

Sin medios de venganza,
era mi única esperanza
la muerte de quien jamás
ha dejado el señorío
de un corazon que se inflama
en la mas fogosa llama.
Quién sufrió mas?

ADA.

Tú, bien mio.

ZAMEO.

Y á quién le esperan mas penas,
cuando mi esposa querida,
para libertar mi vida

premia caricias agenas?

ADA.

Si hasta ahora ningun desliz
amancilló mi inocencia,
yo fiel pierda la existencia:
sálvate tú y sé feliz.

ZAMEO.

Qué dices

ADA.

Si no me engañas,
si tu amor es verdadero.....
(*Sacando el puñal.*)
toma, Zameo, este acero,
y clávale en mis entrañas.

ZAMEO.

Qué me propone tu acento!!!

ADA.

Lo que calculó el discurso
como el único recurso
de llenar mi juramento.
Te juré fé conyugal
hasta el fin de mi existencia;
pero contra la violencia
quién me salvará? El puñal.
Tómale, esposo, y le clava

en este corazon, dó arde
tu amor.

ZAMEO.

Yo? jamás.

ADA.

Cobarde!
prefieres que viva esclava
lejos de tí..... en otros brazos....

ZAMEO.

Ah no! no, mi bien, por Dios.
Muramos antes los dos.

ADA.

Los dos! Y los santos lazos
que te unen á un padre anciano?
El no tiene en este suelo
mas que un hijo por consuelo!

ZAMEO.

Suerte atroz! destino insano!

ADA.

Sálvame, si tu pasion
de constante se acredita.
Hiéreme, y de un golpe evita
tu vergüenza y mi baldon.

ZAMEO.

No debo.

ADA.

Hombre indolente!
ya que no me satisfaces,
yo..... yo misma sabré.....

(*Ada quiere matarse y Zameo lo impide.*)

ZAMEO.

Qué haces?
Ay Ada mia! detente.

ADA.

Déjame, ingrato, no me ama
quien abre ante mí un abismo.
Solo falta que tú mismo
me lleves á quien te infama.
Dentro de breves minutos,
el tigre que me persigue
verás ay! como consigue
de su torpeza los frutos.
De mi inocencia perdida
llegarán á tus oidos
los moribundos gemidos;
y entonces.... ni honor, ni vida!

ZAMEO.

Cesa, cesa, esposa.

(*Apoderándose del puñal.*)

Venga

ese acero bienhechor.

ADA.

Hiere.

ZAMEO.

No tengo valor.

ADA.

Que así tu amor se contenga!

ZAMEO.

Vuela á mi pecho de nuevo,
y cólmale de delicias
con tus últimas caricias.

(*Se abrazan.*)

ADA.

Hiere ahora.

ZAMEO.

No me atrevo.

(*Oyese rumor.*)

ADA.

No oyes rumor? El tigre es,
que viene á ostentar la palma
del triunfo. Sufrirá tu alma
tal baldon? Ah! dame pues!
(*Se apodera del puñal y se hiere.*)

ZAMEO.

Qué haces! Oh momento fiero!

(*Zameo la sostiene un rato en sus brazos y la coloca luego en uno de los asientos del foro guardando el puñal.*)

Quién habrá que me consuele?
Herida cruel!

ADA.

No..... no duele.
Adios! Sé feliz!... yo... muero.
(*Muere.*)

ZAMEO.

Ada! Esposa! Ya murió!
Se acabaron mis caricias.
Ay de mí infeliz!

(*Se oye estrépito y Zameo oculta el puñal.*)

VARIAS VOCES.

Albricias!

ESCENA X.

LOS MISMOS, JUAN, GUILLERMO, LILÍ Y AYOS.

GUILLERMO.

La inocencia al fin triunfó.

ZAMEO.

Qué dices!

GUILLERMO.

Jamás el oro
me hizo tan feliz cual hoy.
Por ver libre á tu Ada, doy
gran parte de mi tesoro.

ZAMEO.

Todo es ya inútil, señor:
Dios exige que sucumba.
Ada y Zameo, en la tumba
darán fin á su dolor.

(*Se mata.*)

GUILLERMO.

Infeliz!!!

AYOS.

Hijo mio!!!

(*Se arroja sobre el cadáver y le colma de caricias y de lágrimas.*)

LILI.

Asistencia!
Socorro! La infeliz Ada
muere!..... Está asesinada!

TODOS.

Qué horror!!!

GUILLERMO.

Dios mio: clemencia!

(*Despues de un espantoso silencio, Guillermo se acerca á su hermano y prorumpe en los siguientes versos con toda la vehemencia posible.*)

Ven, mónstruo de execracion,
y contempla tus halagos
en los horrendos estragos
de esa nefanda pasion.....
de ese codicioso anhelo
de acaudalar! Ven, qué tardas?
Cada moneda que guardas
te costará un desconsuelo.
Sí..... sí, malvado, no creas
te haga feliz tu codicia.
La verdadera delicia
la da honor, no las guineas.
Riqueza mal adquirida,
remordimientos procura.
Solo la virtud augura
los encantos de la vida.
Venganza clama esta escena
á los cielos soberanos.
Maldicion á los tiranos!

do quier el eco resuena;
y en remordimientos vanos
te agitará cual mereces,
repitiendo otra y mil veces
maldicion á los tiranos!

FIN.

ERRATAS IMPORTANTES

DEL TOMO TERCERO.

PÁG.	LÍN.	DONDE DICE	DEBE DECIR
136	2	18 años	22 años
143	7 y 8	antepondria	pospondria

377836
LS Ayguals de Izco, Wenceslas and Martinez Vi
A9774c lergas, Juan
El cancionero del pueblo. Vol.3-4.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET